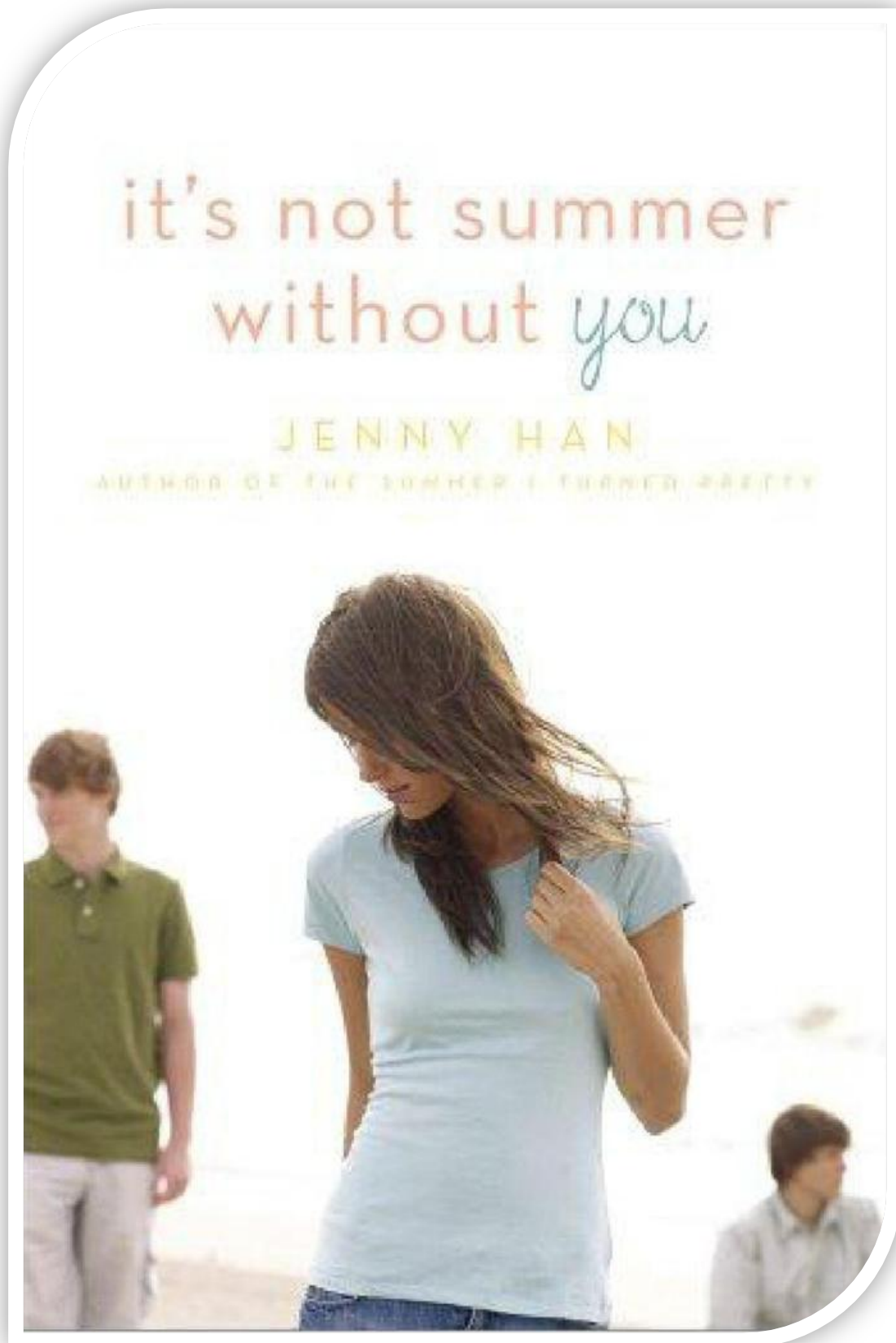


It's Not Summer Without *You*

Jenny Han



[Librosdelcielopersonal.blogspot.com](http://Librosdelcielopersonal.blogspot.com)

# Índice

Sinopsis	03	Capítulo 24	87
Capítulo 1	04	Capítulo 25	92
Capítulo 2	08	Capítulo 26	98
Capítulo 3	11	Capítulo 27	100
Capítulo 4	19	Capítulo 28	102
Capítulo 5	20	Capítulo 29	106
Capítulo 6	28	Capítulo 30	112
Capítulo 7	31	Capítulo 31	115
Capítulo 8	36	Capítulo 32	121
Capítulo 9	39	Capítulo 33	123
Capítulo 10	41	Capítulo 34	129
Capítulo 11	44	Capítulo 35	132
Capítulo 12	45	Capítulo 36	134
Capítulo 13	52	Capítulo 37	142
Capítulo 14	55	Capítulo 38	145
Capítulo 15	60	Capítulo 39	148
Capítulo 16	61	Capítulo 40	150
Capítulo 17	68	Capítulo 41	153
Capítulo 18	73	Capítulo 42	157
Capítulo 19	75	Capítulo 43	161
Capítulo 20	76	<i>Un par de años más tarde...</i>	164
Capítulo 21	80	<i>We' ll Always Have Summer</i>	
Capítulo 22	82		
Capítulo 23	85		

# Sinopsis

¿Puede un verano ser realmente verano sin Cousins Beach?

Belly solía contar los días hasta que el verano llegara, hasta que estaba de regreso en Cousins Beach con Conrad y Jeremiah. Pero no este año. No después de que Susannah se enfermó otra vez y Conrad dejó de importarle. Todo lo que era justo y bueno se ha roto en pedazos, dejando a Belly desear por un verano que nunca llegará.

Sin embargo, cuando Jeremiah llama diciendo que Conrad ha desaparecido, Belly sabe lo que debe hacer para que las cosas estén de nuevo bien. Y eso solo puede ocurrir en la casa de la playa, los tres juntos, de la manera en que las cosas solían ser. Si este verano era real y verdaderamente el último, debía terminar como comenzó— en Cousins Beach.

# Capítulo



## 02 de Julio

**E**ra un caluroso día de verano en Cousins. Estaba tumbada en la piscina con una revista en mi rostro. Mi madre estaba jugando solitario en el pórtico del frente, Susannah estaba dentro moviéndose alrededor de la cocina. Ella probablemente saldrá pronto con un vaso de té helado y un libro que deberé leer. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado surfeando toda la mañana. Hubo una tormenta anoche. Conrad y Jeremiah regresaron a casa primero. Los escuche antes de verlos. Subían las escaleras, vigilando porque Steven había perdido sus shorts después de una ola particularmente feroz. Conrad se acercó a mí, levantó la revista sudada de mi rostro, y sonrió. Dijo, —Tienes palabras en tus mejillas.

Levanté la mirada hacia él. — ¿Qué dicen?

Se puso de cuclillas a mi lado y dijo, —No podría decírtelo. Déjame ver. —Y luego miró mi cara con su manera seria. Se inclinó y me besó, y sus labios estaban fríos y salados por el océano.

Entonces Jeremiah dijo, —Consíganse una habitación, —pero sabía que estaba bromeando.

Me guiñó un ojo mientras se acercaba por detrás, levantó a Conrad, y lo lanzó hacia la piscina.

Jeremiah saltó también dentro, y gritó, — ¡Vamos, Belly!

Por supuesto que yo también salte. El agua se sentía bien. Mejor que bien. Al igual que siempre, Cousins era el único lugar donde quería estar.

— ¿Hola? ¿Escuchaste algo de lo que te dije?

Abrí mis ojos. Taylor estaba chasqueando sus dedos en mi cara. —Lo siento, — dije—. ¿Qué estabas diciendo?

Yo no estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta.

Nada volvería a ser lo mismo. Habían pasado... *¿Cuántos días habían pasado? ¿Cuántos días exactamente?* Dos meses desde que Susannah había muerto y todavía no podía creerlo. No podía obligarme a mí misma a creerlo. Cuando una persona que amas muere, no se siente real. Es como si le hubiera ocurrido a otra persona. La vida de alguien más.

Nunca he sido buena con lo abstracto. ¿Qué significa cuando alguien de verdad y realmente se va?

Algunas veces cierro mis ojos y en mi cabeza, me digo una y otra vez, *Esto no es verdad, esto no es verdad, esto no es real*. Esta no era mi vida. Pero era mi vida; era mi vida ahora. Después.

Estaba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban dentro de la piscina y nosotras las chicas estábamos tumbadas en las toallas playeras, todas alineadas en una hilera. Eran amigas de Marcy, pero el resto, Katie y Evelyn y estas chicas, ellas eran más amigas de Taylor.

Eran más de treinta grados ya, y era poco después de mediodía. Este iba a ser uno de esos días calurosos. Estaba sobre mi estómago, y podía sentir el sudor en mi pequeña espalda.

Comenzaba a sentirme quemada por el sol. Era sólo el segundo día de julio, y ya estaba contando los días hasta que el verano terminara.

—Dije, ¿Qué vas a usar en la fiesta de Justin? —repitió Taylor. Alineó nuestras toallas más cerca, así que era como si estuviéramos en una gran toalla.

—No lo sé, —dije, girando mi cabeza para estar cara-a-cara.

Ella tenía pequeñas gotas de sudor en su nariz. Taylor siempre sudaba primero en su nariz.

Dijo, —Voy a usar ese nuevo vestido de verano que compré con mi mamá en el centro comercial.

Cerré mis ojos nuevamente. Estaba usando lentes de sol, así que ella no podía saber si mis ojos estaban abiertos o no, de cualquier manera. — ¿Cuál es?

—Tú sabes, ese que tiene lunares pequeños, que se amarra alrededor del cuello. Te lo mostré como hace dos días. —Taylor dejó salir un pequeño suspiro de impaciencia.

—Oh, sí, —dije, pero todavía no lo recordaba y sabía lo que Taylor podría decir.

Iba a comenzar a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero repentinamente sentí aluminio frío en la parte de atrás de mi cuello. Me estremecí y ahí estaba Cory Wheeler, inclinado a mi lado con una lata de Coca-Cola en su mano, riendo mientras echaba su cabeza hacia atrás.

Me senté y lo fulminé con la mirada, limpiando mi cuello. Estaba tan harta este día. Sólo quería irme a casa. — ¡Que mierda, Cory!

Él estaba aún riendo, lo cual me ponía más furiosa.

Dije, —Dios, eres tan inmaduro.

—Pero parecías realmente caliente —protestó—. Estaba tratando de enfriarte.

No le respondí, sólo lleve mi mano atrás de mi cuello. Mi mandíbula se sentía de verdad apretada y podía sentir a todas las otras chicas mirando hacia mí. Y luego Cory dejó escapar una sonrisa, —Lo siento. ¿Quieres esta Coca-Cola?

Negué con la cabeza, y él se encogió de hombros y se marchó hacia la piscina. Miré a mi alrededor y vi a Katie y Evelyn haciendo sus caras *¿Cuál-es-tu-problema?*, y me sentí avergonzada. Sé que Cory es como un gran cachorro. Sólo no había sentido común en él. Demasiado tarde, traté de llamar la atención de Cory, pero no miró hacia mí.

En voz baja Taylor dijo, — Era sólo una broma, Belly.

Me recosté sobre mi toalla, esta vez de espaldas. Tomé una respiración profunda y la dejé salir, lentamente. La música del iPod de Marcy me estaba dando un dolor de cabeza. Era demasiado fuerte. Y ahora *estaba* sedienta. Debí de haber tomado la Coca-Cola de Cory.

Taylor se inclinó y empujó mis lentes de sol para así poderme ver a los ojos.

Me miró fijamente, — ¿Estás loca?

—No. Sólo hace demasiado calor aquí. —Limpié el sudor de mi frente con el dorso de mi brazo.

—No estás loca. Cory no puede dejar de ser un idiota cuando esta a tu alrededor. Le gustas.

—No le gusto a Cory, —dije, apartando mi mirada. Pero le gustaba de alguna manera, y lo sabía. Sólo deseaba que de verdad no le gustara.

—Como sea, él está totalmente obsesionado contigo. Todavía creo que deberías darle una oportunidad. Sacar de tu mente a tu-ya-sabes-quien.

Giré mi cabeza lejos y dijo, — ¿Qué te parece te haga una trenza francesa en tu cabello para la fiesta de esta noche? Puedo hacer la parte de frente y tejerla a un lado como la hice la última vez.

—Está bien.

— ¿Qué es lo que vas a usar?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que verte grandiosa porque todo el mundo va a estar ahí, —dijo Taylor.

—Podrías venir temprano y podemos alistarnos juntas.

Justin Ettelbrick ofrecía una gran fiesta de cumpleaños cada julio desde la primera vez que estaba en octavo grado. Para julio, yo estaba ya en la playa de Cousins, y mi casa y la escuela y mis amigos del instituto estaban a kilómetros de distancia. Nunca había sentido que extrañaba algo de aquí, ni incluso cuando Taylor me habló sobre la máquina de algodón de azúcar que sus padres habían rentado un año, o los fuegos artificiales que lanzaban sobre el lago a media noche.

Era el primer verano que debería estar en casa para la fiesta de Justin y era el primer verano que no iba a regresar a Cousins. Y eso lo lamentaba. Eso y más. Yo pensé que pasaría cada verano de mi vida en Cousins. La casa de verano era el único lugar donde quería estar. Era el único lugar donde siempre quería estar.

—Todavía vas a ir, ¿Verdad? —preguntó Taylor.

—Sí. Te dije que iría.

Su nariz se arrugo. —Lo sé, pero... —La voz de Taylor se desvaneció—. Ya no importa.

Sé que Taylor estaba esperando que las cosas regresaran a la normalidad, que fueran como antes.

Pero no podrían ser como antes. Yo nunca podría ser como antes.

Solía creerlo. Solía pensar que si era suficientemente buena, deseándolo suficientemente fuerte, cada cosa podía funcionar en la manera en que yo suponía. Era el destino, como dijo Susannah. Deseé por Conrad en cada cumpleaños, en cada estrella fugaz, en cada pestaña perdida, cada moneda lanzada en una fuente era destinada al único a quien amo. Pensé que podría ser siempre de esa manera.

Taylor quería que me olvidara de Conrad, que lo borraría de mi mente y mi memoria. No paraba de decir cosas como: *“Todo el mundo tiene que superar su primer amor, es un paso a la madurez”* pero Conrad no era sólo mi primer amor. Él era algo más que mi paso a la madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mi memoria, los tres estaban entrelazados, por siempre vinculados. Ahí no podrían estar uno sin el otro.

Si olvidaba a Conrad, si lo desvanecía de mi corazón, pretendiendo que él nunca estuvo allí, sería como hacerle esas mismas cosas a Susannah. Y eso, no podría hacer.

# Capítulo



Solía ser semana escolar la primera de junio, después echábamos las maletas en el auto y nos dirigíamos hacia Cousins. Mi madre iba a Costco el día antes y compraba jarras de jugo de manzana, y cajas económicas de barras de granola, crema solar, y cereales de grano entero. Cuando le pedía mis cereales favoritos, mi madre decía, “Beck tendrá un montón de cereales para que se te caigan los dientes, no te preocupes”. Por supuesto que ella tenía razón. Susannah—Beck para mi madre—amaba el cereal para niños, como a mí. Nosotros comíamos un montón de cereales en la casa de verano. Ni siquiera tenían oportunidad de caducarse. Hubo un verano cuando los chicos comieron cereal para el desayuno, comida, y cena. Mi hermano Steven comía Zucaritas, Jeremiah comía Capitán Crunch, y Conrad comía Corn Pops. Jeremiah y Conrad eran los chicos de Beck, y ellos amaban sus cereales. Yo, yo pruebo lo que sea que tenga azúcar encima.

Había estado yendo a Cousins toda mi vida. Nunca nos saltamos un verano, ninguno. Casi todos mis diecisiete años había estado compitiendo para estar a la par que los chicos, esperando y deseado que algún día tuviera la edad suficiente para ser parte de su grupo. Del grupo de los chicos de verano. Finalmente la tengo, y ahora es demasiado tarde. En la piscina, en la última noche del último verano, dijimos que siempre regresaríamos. Da miedo ver cuando fácil se rompe una promesa. Así como así.

Cuando llegué a casa el último verano, yo esperé. Agosto se convirtió en septiembre, la escuela comenzó y aún esperaba. No era como si Conrad y yo hubiéramos llegado a algún acuerdo. No era como si él fuera mi novio. Todo lo que hicimos fue besarnos. Él iba a ir a la universidad, donde habría un millón de chicas. Chicas sin toque de queda, chicas en sus clases, todas listas y más lindas que yo, todas misteriosas y coquetas de una manera que yo nunca podré ser.

Pensaba en él constantemente—lo que significaba todo aquello, lo que estábamos haciendo el uno al otro. Porque no podíamos volver atrás. Sabía que *yo* no podía. Lo que ocurrió entre nosotros—entre Conrad y yo, entre Jeremiah y yo—lo cambió todo. Y así que cuando agosto y septiembre comenzó y el teléfono aún no sonaba, todo lo que tenía que hacer era pensar nuevamente en la manera en que él me miró la última noche, y sabía que todavía había esperanza. Sabía que no lo había imaginado todo. Que no podría haberlo imaginado.

Según mi madre, Conrad se mudó hacia su dormitorio, tenía un compañero molesto de New Jersey, y Susannah se preocupaba de que él no comía lo suficiente. Mi madre me decía esas cosas casualmente, suavemente, a fin de no herir mi orgullo. Yo



nunca la presioné por más información. La cosa es que yo sabía que él llamaría. Lo *sabía*. Todo lo que tenía que hacer era esperar.

La llamada llegó la segunda semana de septiembre, tres semanas desde la última vez que lo había visto. Estaba comiendo un helado de fresa en la sala, y Steven y yo estábamos peleando por el control remoto. Era un lunes en la noche, nueve en punto, la mejor hora para ver la televisión. El teléfono sonó, y ni Steve, ni yo hicimos un movimiento de agarrarlo. El que se levantará perdería la batalla por la televisión.

Mi madre lo levantó desde su oficina. Ella trajo el teléfono hacia la sala y dijo, —Belly, es para ti. Es Conrad. —Luego me guiñó un ojo.

Todo dentro de mí se alboroto. Podía escuchar el mar en mis oídos. El alboroto se escuchaba hasta mis tímpanos. Audiblemente. Había esperado, ¡Y esta era mi recompensa! Teniendo razón, siendo paciente, nunca me sentí tan bien.

Steven fue quien me hizo salir de mi ensoñación. Frunciendo el ceño, dijo, — ¿Por qué Conrad te llama *a ti*?

Lo ignoré y tomé el teléfono de mi madre. Me alejé de Steven, dejé el control remoto, mi plato con helado. Nada de eso importaba.

Hice a Conrad esperar hasta que estaba en las escaleras, antes no dije nada. Me senté en los escalones y dije, —Hola, —trate de quitar la sonrisa de mi rostro; sabía que él podría escucharlo a través del teléfono.

—Hola, —dijo él—. ¿Qué pasa?

—No mucho.

—Entonces, adivinada qué, —dijo—. Mi compañero de habitación ronca más fuerte que tú.

Él llamó la noche después de esa, y las noches después. Hablamos durante horas. Cuando el teléfono sonaba, y era para mí y no Steven, él estaba confundido al comienzo. — ¿Por qué Conrad sigue llamándote? —exigió.

— ¿Por qué crees? Le gusto. Nos gustamos el uno al otro.

Steven estuvo cerca de amordazarme, —Has perdido la razón —dijo, negando con su cabeza.

— ¿Es tan imposible que le guste a Conrad Fisher? —le pregunté, cruzando mis brazos desafiantemente.

Él ni siquiera tuvo que pensar en responder, —Sí —dijo—. Es tan imposible.

Y honestamente, lo era.

Era como un sueño. Irreal. Después de todo lo que lo añoré, y la nostalgia y de desearlo años y años, tantos veranos enteros, valieron la pena, *él* estaba *llamándome*. A él le gustaba hablar conmigo. Lo hacía reír incluso cuando él no lo quería. Comprendía por lo que él estaba atravesando, porque yo también lo atravesaba. Sólo había unas pocas personas en el mundo que amaban a Susannah en la manera en que nosotros lo hacíamos. Pensé que podría ser suficiente.

Nos convertimos en algo. En algo que nunca ha sido definido exactamente, pero era algo. Era realmente algo.

Un par de veces, él manejó las tres horas y media de la escuela hasta mi casa. Una vez, él paso la noche aquí porque era demasiado tarde y mi madre no quería que él condujera de regreso. Conrad se quedo en la habitación de invitados, y me recosté en mi cama despierta durante horas, pensando que él estaba durmiendo a solo un par de metros, en *mi* casa de todos los lugares.

Si Steven no se hubiera estado alrededor nuestro como un tipo de enfermedad, sé que Conrad hubiera al menos tratado de besarme. Pero con mi hermano alrededor era casi imposible. Conrad y yo estábamos viendo televisión, y Steven estaba sentado entre nosotros. Él hablaba con Conrad sobre cosas que no sabía o no me importaban, como fútbol. Y una vez le pregunté a Conrad si quería un poco de flan, y Steven intervino y dijo, —Suena grandioso para mí —Lo fulminé con la mirada, pero él me sonrió de regreso. Y entonces Conrad tomó mi mano, en frente de Steven, y dijo, —Vámonos. —Así que todos nos fuimos, mi madre también. No podía creer que iba a tener una cita con mi madre y mi hermano en el asiento trasero.

Pero en realidad, todo ocurrió una noche asombrosa en diciembre, que fue totalmente dulce. Conrad y yo regresamos a Cousins, solo nosotros dos. Esa noche perfecta fue tan rara, pero eso fue. Perfecta, quiero decir. Era del tipo de noche en que todo podía ocurrir.

Me alegro que tuviéramos esa noche.

Porque para mayo, todo había terminado.

# Capítulo



**S**alí de la casa de Marcy temprano. Le dije a Taylor que así yo podría descansar para la fiesta de Justin esa noche. En parte era cierto. Quería descansar, pero no me importaba la fiesta. Tan pronto como llegue a casa, me puse mi gran camisa de Cousins, llené una botella de agua con refresco de uva y con hielo picado, y observe la televisión con dolor de cabeza.

La casa estaba pacífica, felizmente en silencio. Sólo los sonidos de la televisión y el aire acondicionado resoplando de vez en cuando. Tenía la casa para mí sola. Steven había conseguido un trabajo en Best Buy. Él estaba ahorrando para una pantalla plana de cincuenta pulgadas, se la llevaría consigo a la universidad en otoño. Mi madre estaba en casa, pero pasaba todo el día encerrada en su oficina, poniéndose al día con su trabajo, dijo ella.

La entendía. Si yo fuera ella, quisiera estar sola también.

Taylor vino alrededor de las seis, armada con su sexy bolsa rosa de Victoria Secret para maquillaje. Ella entró en la sala y me vio recostada en el sofá con mi camisa de Cousins y frunció el ceño.

—Belly, ¿Aún no te has bañado?

—Tomé una ducha esta mañana, —dije, sin levantarme.

—Sí, y estuviste tomando el sol todo el día, —Ella me agarró de los brazos y la deje levantarme para sentarme—. Apresúrate y ve a la ducha.

La seguí escaleras arriba y ella fue a mi dormitorio mientras yo iba al pasillo del baño. Tomé la más rápida ducha de mi vida. La dejé a ella en su propia casa, Taylor era confianzuda y se movía alrededor de mi habitación como si fuera suya.

Cuando salí, Taylor estaba sentada en el piso frente al espejo. Con fuerza, ella maquillaba sus mejillas bronceadas. — ¿Quieres que te maquille, también?

—No gracias —Le dije a ella—. Cierra tus ojos mientras me pongo mi ropa, ¿De acuerdo?

Ella rodó sus ojos y luego los cerró, —Belly, eres una mojígata.

—No me importa si lo soy, —dije, poniéndome mi ropa interior y mi sostén. Luego me puse mi camisa de Cousins otra vez—. Bien, ya puedes mirar.

Taylor abrió ampliamente sus ojos y se aplicó el rímel. —Podría pintar tus uñas, —ofreció—. Tengo tres colores nuevos.

—Nah, no tiene sentido —Levanté mis manos. Mis uñas estaban mordidas hasta la raíz.

Taylor hizo una mueca, —Bien, ¿Que usaras?

—Esto —dije, intentando ocultar mi sonrisa. Señalé hacia mi camisa de Cousins. La uso tantas veces que tenía pequeños orificios alrededor del cuello y era suave como una frazada. Deseé poder usar esto en la fiesta.

—Muy graciosa, —dijo, agachándose de rodillas hacia mi armario. Se levanto y comenzó a revolver todo, empujando las perchas hacia un lado, como si no supiera cada artículo de mi propia ropa de memoria. Por lo general, no me importaba, pero hoy me sentía irritable y molesta por todo.

Le dije a ella, —No te preocupes por eso. Usaré mis shorts de mezclilla rotos y una blusa de tirantes.

—Belly, la gente se viste con lo mejor para las fiestas de Justin. Tú nunca has estado allí, así que no lo sabes, pero no usan un par de shorts viejos, —Taylor sacó mi vestido de verano blanco. La última vez que lo había usado era el verano pasado, en esa fiesta con Cam. Susannah me había dicho que con ese vestido deseaba tomarme una fotografía.

Me levanté y le quite el vestido a Taylor y lo puse de regreso en mi armario, —Está manchado —dije—. Encuentra algo más.

Taylor volvió a sentarse frente al espejo y dijo—Bueno, entonces usa ese vestido negro con pequeñas flores. Hace que tus pechos se vean asombrosos.

—Es incomodo; demasiado apretado, —Le dije a ella.

— ¿Por favor?

Suspirando, lo quité de la pecha y me lo puse. A veces era más fácil darle a Taylor lo que quiere. Habíamos sido amigas, mejores amigas, desde que éramos pequeñas. Habíamos sido mejores amigas tanto tiempo que era más como un hábito, del tipo de cosas en las que realmente yo no tenía voz y voto.

—Ves, te hace ver sexy, —Ella vino y subió el cierre—. Ahora, vamos a hablar de cómo poner nuestro plan en acción.

— ¿Qué plan en acción?

—Creo que tú y Cory Wheeler deberían hacerlo en la fiesta.

—Taylor...

Ella levantó su mano, —Sólo escúchame. Cory es super agradable y él es super lindo. Si trabajara un poco más en su cuerpo y tuviera un poco más de definición, podría ser como un sexy modelo de Abercrombie.

Bufé, —Por favor.

—Bueno, al menos es tan lindo como quien comienza con C-D, —Ella nunca lo llama a él por su nombre nunca más. Ahora él solo era “tu-sabes-quien” o “C-D”

—Taylor, deja de presionarme. No quiero nada con él solo porque tú así lo quieras.

— ¿Puedes al menos intentarlo? —insistió—. Cory podría ser el otro clavo. A él no le importaría.

—Si vuelves a sacar el tema de Cory una vez más, no voy a la fiesta, —Le dije, y lo decía enserio. De hecho, esperaba que ella lo mencionara de nuevo para tener una excusa para no ir.

Sus ojos se abrieron ampliamente, —Está bien, está bien. Lo siento. Mis labios están sellados.

Luego ella agarró su bolsa de maquillaje y se sentó en el borde de mi cama, y me senté a sus pies. Ella sacó el cepillo y seccionó mi cabello. Ella trenzaba apresuradamente, con rápidos y seguros dedos, y cuando terminó, cubrió la trenza sobre la corona de mi cabeza, hacía un lado. Ninguna de nosotras habló mientras ella me peinaba, hasta que dijo, —Me gusta tu cabello así. Te ves como del tipo de Nativa Americana, como una princesa Cherokee o algo así.

Comencé a reír, pero luego me detuve. Taylor me miró de reojo desde el espejo y dijo, —Está bien reír, tú sabes. Está bien que te diviertas.

—Lo sé, —dije, pero no lo hice.

Antes de irnos me detuve en la oficina de mi madre. Ella estaba sentada en su escritorio con carpetas y pilas de papeles. Susannah había hecho a mi madre ejecutora de su testamento, y había un montón de papeles que la envolvía en eso, supongo. Mi madre estaba en el teléfono con el abogado de Susannah mucho tiempo, hablando sobre cómo van las cosas. Ella quería que todo estuviera perfecto, los últimos deseos de Beck.

Susannah había dejado tanto a Steven como a mí algo de dinero para la universidad. Ella también me dejó joyas. Un brazalete de zafiro que no podía imaginarme usándolo. Un collar de diamantes para el día de mi boda—ella me escribió eso específicamente. Con anillos y aretes de opal. Esos eran mis favoritos.

— ¿Mamá?

Ella levantó la mirada hacia mí, — ¿Sí?

— ¿Has cenando? —Sabía que ella no lo había hecho. No ha dejado su oficina desde que llegue a casa.

—No tengo hambre, —dijo—. Si no hay comida en el refrigerador, puedes pedir una pizza si quieres.

—Puedo prepararte un sándwich, —ofrecí. Yo había ido a la tienda a principios de esa semana. Steven y yo hemos estado tomando turnos. Dudo que ella sepa que era el fin de semana de Cuatro de Julio.

—No, todo está bien. Bajaré y me prepararé algo para mí más tarde.

—De acuerdo, —vacilé—. Taylor y yo iremos a una fiesta. Estaré en casa algo tarde.

Una parte de mí esperaba que ella me dijera que me quedara en casa. Una parte de mí quería ofrecerle compañía, para ver si ella quizás quería ver algunas películas clásicas, con algunas palomitas de maíz.

Ella ya estaba de regreso a sus papeles. Masticando su bolígrafo dijo, —Suenan bien. Ten cuidado.

Cerré la puerta detrás de mí.

Taylor me estaba esperando en la cocina, mandando mensajes de texto desde su teléfono, —Apresúrate y vámonos ya.

—Espera, tengo que hacer una última cosa, —Fui hacia el refrigerador y saqué las cosas necesarias para un sándwich de pavo. Queso, mostaza, pan blanco.

—Belly, allí a donde vamos llevarán comida para la fiesta. No comas eso ahora.

—Es para mi mamá.

Hice el sándwich, lo puse en un plato, lo cubrí con una envoltura de plástico, y lo dejé sobre el mostrador, donde ella lo vería.

La fiesta de Justin era todo lo que Taylor dijo que sería. La mitad de nuestra clase estaba allí, y los padres de Justin no estaban a la vista. Lámparas Tiki se alineaban en el patio, y los altavoces estaban prácticamente vibrando por la música tan alta. Las chicas ya estaban bailando.

Había un gran barril y un gran refrigerador rojo. Justin estaba a cargo de la parrilla, volteando los filetes y salchichas. Él tenía un delantal que decía, “*Besa al Chef*”.

—Como si alguien lo fuera a hacer con él —resopló Taylor. Taylor había estado jugando con Justin al comienzo del año, antes de que ella y su novio Davis comenzaran a salir. Ella y Justin salieron un par de veces antes de que él se volviera estudiante de último año.

Olvide ponerme repelente para insectos, y los mosquitos me estaba comiendo de cena. Me mantuve agachándome para rascarme las piernas, y estaba feliz de estarlo haciendo. Me alegraba tener algo que hacer. Tenía miedo de accidentalmente hacer contacto visual con Cory. Él estaba saliendo de la piscina.

Las personas estaban bebiendo cerveza en vasos de plástico rojo. Taylor fue hacia los refrigeradores con bebidas. La mía era una botella de Fuzzy Navel. Era de jarabe y sabía como a químicos. Tomé dos tragos antes de tirarla.

Entonces Taylor vio a Davis sobre la mesa Beer Pong Table<sup>1</sup> y llevó un dedo hacia sus labios y agarró mi mano. Caminamos detrás de él, y Taylor deslizó sus brazos alrededor de su espalda. — ¡Atrapado! —dijo.

Él se dio la vuelta y se besaron como si no acabaran de verse hace apenas un par de horas. Estuve de pie allí por un minuto, aferrándome torpemente a mi bolso, mirando hacia todas partes menos ellos. Su nombre real era Ben Davis, pero todo el mundo lo llama Davis. Davis era realmente lindo; Tenía hoyuelos y ojos verdes como el vidrio. Y él era pequeño, por lo cual primero Taylor dijo que era un enano, pero ahora ya no le importaba mucho. Odiaba estar con ellos en la escuela, ya que estaban

---

<sup>1</sup> Beer Pong Table, juego que consiste en lanzar de un extremo de la mesa corcho latas dentro de los vasos de cerveza colocados al otro extremo.

de la mano todo el tiempo mientras yo estaba sentada detrás como si fuera un niño. Ellos rompen al menos una vez al mes, y solo ha estado saliendo desde abril. Durando una ruptura, él la llamó, llorando, tratando de regresar otra vez, y Taylor lo puso en altavoz. Me sentí culpable por escucharlo pero a la vez envidiosa y asombrada de cuanto a él le importaba ella, lo suficiente para llorar.

—Peter, voy a ir a orinar, —dijo Davis, envolviendo su brazo alrededor de la cintura de Taylor—. ¿Te quedarás aquí y serás mi pareja hasta que regrese?

Ella me miró y negó con su cabeza. —No puedo dejar a Belly.

Le lancé una mirada, —Taylor, no necesito una niñera. Deberías jugar.

— ¿Estás segura?

—Claro, estoy segura.

Me marche antes de que ella pudiera discutir conmigo. Dije hola a Marcy, a Frankie que solía viajar en el autobús conmigo en la secundaria, a Alicia quien fue mi mejor amiga en preescolar, a Simón que estaba en mi anuario. Conocía casi la mayoría de estos chicos mi vida entera y aún sentía nostalgia por Cousins.

Por el rabillo de mi ojo vi a Taylor platicar con Cory, y corrí antes de que ella pudiera llamarme otra vez. Agarré un refresco y me dirigí hacia el trampolín. Allí no había nadie aún, así que pateé mis sandalias y subí. Me recosté correctamente en el medio, cuidadosa de que mi vestido no se levantara. Las estrellas estaban en lo alto, pequeños diamantes brillantes en el cielo. Tomé de mi refresco, eructé un par de veces, miré a mí alrededor para ver si alguien me había escuchado. Pero no, todo el mundo estaba en la casa. Entonces traté de contar las estrellas, era bastante tonto como contar los granos de arena, pero lo hice de todos modos porque era algo que hacer. Me pregunté si sería capaz de escaparme y regresar a casa. Habíamos llegado en mi auto, y Taylor podía conseguir un aventón a casa con Davis. Luego me pregunté si se vería raro si agarró un par de hot dogs para comerlos más tarde.

No había pensado en Susannah en dos horas, por lo menos. Quizás Taylor tenía razón, quizás aquí era donde se suponía debía estar. Si seguía deseando estar en Cousins, seguir mirando hacia atrás, estaría condenándome para siempre.

Mientras pensaba sobre ello, Cory Wheeler se subió al trampolín y se dirigió hacia el centro, donde yo estaba. Él se puso a mi lado y dijo, —Hola, Conklin.

¿Desde cuándo Cory y yo nos llamamos por nuestro apellido? Desde nunca.

Y entonces seguí su conversación y dije, —Hola, Wheeler, —traté de no mirarlo. Traté de concentrarme en contar las estrellas y no en cuan cerca estaba de mí.

Cory se apoyó en un codo y dijo, — ¿Te estás divirtiendo?

—Claro, —mi estómago estaba comenzado a dolerme. Huir de Cory estaba provocándome una úlcera.

— ¿Has visto alguna estrella fugaz?

—No aún.



Cory olía a colonia y cerveza y sudor, y por extraño que parezca, no era una mala combinación. Los grillos sonaban tan fuerte y la fiesta parecía realmente lejana.

— Así que, Conklin.

— ¿Sí?

— ¿Sigues saliendo con ese chico que te llevo al baile? El de la ceja cerrada. Sonreí. No pude evitarlo. — Conrad no tiene la ceja cerrada. Y no. Nosotros, umm, rompimos.

— Genial, — dijo, y la palabra estaba en el aire.

Este era un tipo de momentos donde hay un tenedor en el camino. La noche podría girar en cualquier camino. Si me inclinó solo un poco a mi izquierda, puedo besarlo. Puedo cerrar mis ojos y dejarme perder en Cory Wheeler. Puedo hacer lo correcto para olvidar. Fingir.

Pero a pesar de que Cory era lindo y era agradable, él no era Conrad. Ni siquiera se acerca. Cory es simple, con su corte de cabello militar, todo limpio y todo en la misma dirección. No con Conrad. Conrad puede voltear mi mundo solo con una mirada, una sonrisa.

Cory extendió su mano y tiró de mi brazo juguetonamente — Así que, Conklin... quizás nosotros...

Me senté. Dije la primera cosa que se me ocurrió. — Debo irme, tengo que hacer pis. ¡Nos vemos más tarde, Cory!

Salí del trampolín lo más rápido que pude, encontré mis sandalias y me dirigí hacia la casa. Vi a Taylor por la piscina y me dirigí directo a ella, — Necesito hablar contigo, — siseé.

Agarré su mano y tiré de ella hacia la mesa de bocadillos. — Como, cinco segundos atrás, Cory Wheeler casi me invita a salir.

— ¿Y? ¿Qué le dijiste? — Los ojos de Taylor estaban brillantes, y odié la forma petulante en que ella se veía, como si todo fuera de acuerdo al plan.

— Le dije que tenía que hacer pis.

— ¡Belly! ¡Pon tu trasero de regreso al trampolín y hazlo con él!

— Taylor, ¿Puedes detenerte? Te dije que no estoy interesada en Cory. Te vi hablando con él temprano. ¿Hiciste que él me pidiera salir?

Ella se encogió ligeramente de hombros. — Bueno... él ha estado interesado en ti todo el año y le dije que fuera dulce al pedirte. Sólo le di un *gentil* empujón en la dirección correcta. Ustedes se veían tan lindos en el trampolín juntos.

Negué con la cabeza, — Realmente desearía que no hubieras hecho eso.

— ¡Sólo estaba tratando de distraerte de esas cosas!

— Bueno, no necesito que hagas eso, — dije.

— Sí, lo necesitas.



Nos miramos fijamente la una a la otra por un minuto. Algunos días, días como este, quiero retorcerse el cuello. Era tan mandona todo el tiempo. Estaban tan harta de que Taylor me presionara en esta dirección y aquella otra dirección, vistiéndome como su bebé, menos afortunada que una muñera. Siempre ha sido así entre nosotros.

Pero la cosa era que por fin tuve una excusa real para irme, y me sentí aliviada. Dije, —Creo que voy a irme a casa.

— ¿De qué estás hablando? Acabamos de llegar.

—No estoy de humor para estar aquí, ¿De acuerdo?

Supongo que ella estaba harta de mí también, porque dijo, —Estás empezando a volverte vieja, Belly. Has estado triste por varios meses. No es saludable... Mi mamá cree que tú deberías ver a alguien.

— ¿Qué? ¿Has estado hablando con tu mamá sobre mí? —La fulminé con la mirada—. Dile a tu mamá que guarde su asesoramiento psiquiátrico para Ellen.

Taylor jadeó. —No puedo creer que me hayas dicho eso.

Su gato, Ellen, tenía un desorden afectivo estacional, según la madre de Taylor. Ellos la tuvieron con antidepresivos todo el invierno, y cuando ella estaba de mal humor en primavera, le trajeron a Ellen otro gato. No sirvió de nada. En mi opinión, Ellen no tenía nada.

Tomé una respiración. —Te he escuchado llorar por Ellen durante meses, y luego Susannah muere, ¿Y quieres que vaya y lo haga con Cory y juegue a lanzar tapas en vasos de cerveza y lo olvide? Bueno, lo siento, pero no puedo.

Taylor miró a su alrededor apresuradamente antes de inclinarse y decir, —No actúes como si Susannah es la única cosa por la que estás triste, Belly. Estás triste por Conrad, también, y lo sabes.

No podía creer que ella me dijera eso. Ardió. Ardió porque era verdad. Pero aún era un golpe bajo. Mi padre solía llamar a Taylor indomable. Ella lo era. Pero para bien o para mal, Taylor Jewel era una parte de mí, y yo era una parte de ella.

No del todo vilmente, dije, —No todos podemos ser como tú, Taylor.

—Puedes intentarlo, —sugirió, sonriendo un poco—. Escucha, lamento la cosa con Cory. Solo quiero que seas feliz.

—Lo sé.

Ella puso su brazo alrededor de mí, y la dejé. —Va a ser un asombroso verano, ya lo verás.

—Asombroso, —repetí. No me parecía asombroso. Sólo quería salir adelante. Para mantenerme en movimiento. Si lograba atravesar este verano, el siguiente sería más fácil. Tenía que ser.

Así que me quede un pequeño rato más. Me senté en el pórtico con Davis y Taylor y yo observando a Cory coquetear con una chica de segundo año. Comí un hot dog. Luego me fui a casa.

En casa el sándwich aún estaba en el mostrador, todavía envuelto en el plástico. Lo puse en el refrigerador y me dirigí a las escaleras. La luz de la habitación de mi madre estaba encendida, pero no fui a decirle buenas noches. Fui directamente a mi habitación y me puse de nuevo mi camisa de Cousins y me quité mi sostén, cepillé mis dientes, y lave mi rostro. Luego me puse debajo de los cobertores y me recosté en la cama, sólo pensando. Pensé, *Así que esta es mi vida ahora*. Sin Susannah, sin los chicos.

Habían pasado dos meses. Sobreviví junio. Me dije a mí misma, Puedes hacer esto. Puedo ir a ver películas con Taylor y Davis, puedo nadar en la piscina de Marcy, quizás puedo salir con Cory Wheeler. Si hago estas cosas, podría estar bien. Quizás permitiéndome olvidar haría las cosas más fáciles.

Pero cuando dormí esa noche, soñé con Susannah y la casa de verano, y ni siquiera en mi sueño pudo ser exactamente igual de bien como solía ser. Cuánta razón tenía el sueño. Y no importa lo que hagas o cuan duro lo intentes, no puedes dejar de soñar.

# Capítulo



## *Jeremiah*

**V**er a tu papá llorar realmente se te mete en tu mente. Quizás no para algunas personas. Quizás algunas personas tienen papas geniales que lloran y están en contacto con sus emociones. No mi papá. Él no llora, y él nunca nos animó a llorar tampoco. Pero en el hospital, y luego en la casa funeraria, lloró como un niño perdido.

Mi mamá murió temprano en la mañana. Todo sucedió tan rápido, me tomó un minuto comprenderlo y notar todo lo que realmente estaba ocurriendo. No me golpeó de inmediato. Pero más tarde esa noche, la primera noche sin ella, éramos solo Conrad y yo en la casa. La primera vez que estuvimos solos en días.

La casa estaba tan tranquila. Nuestro papá estaba en la funeraria con Laurel. Los familiares se encontraban en un hotel. Éramos solo Con y yo. Todo el día, la gente había estado entrando y saliendo de la casa, y ahora estábamos solo nosotros.

Estábamos sentados en la mesa de la cocina. La gente había enviado un montón de cosas. Cestas de frutas, platos de sándwich, un pastel de café. Una gran lata de galletas de mantequilla de Costco.

Tomé un pedazo de pastel de café y lo metí en mi boca. Estaba seco. Arranqué otro pedazo y lo comí también. — ¿Quieres un poco? — Le pregunté a Conrad.

—No, —dijo. Él estaba bebiendo leche. Me pregunté si ya estaba caducada. No podía recordar la última vez que alguien había ido a una tienda.

— ¿Que pasara mañana? — pregunté—. ¿Todo el mundo estará aquí?

Conrad se encogió de hombros, —Probablemente, —dijo. Él tenía un bigote de leche.

Eso fue todo lo que nos dijimos el uno al otro. Él subió a su habitación, y yo limpié la cocina. Y luego estaba cansado, y subí también. Pensé en ir a la habitación de Conrad, aún si ni siquiera diríamos algo, era mejor cuando estábamos juntos, menos solos. Estuve de pie en el pasillo por un segundo, a punto de tocar, y luego lo escuché llorar. Sus sollozos eran ahogados. No entré. Lo dejé solo. Sabía que esa era la manera en que él lo quería. Fui hasta mi propia habitación y me lance a mi cama. Yo también lloré.

# Capítulo 5



Usé mis antiguos lentes para el funeral, los que tienen los marcos de plástico rojo. Era como ponerse un viejo abrigo demasiado apretado. Me hacían sentir mareada, pero no me importaba. A Susannah siempre le gustaban con esos lentes. Ella decía que me veía como la chica más inteligente del lugar, el tipo de chica que iba hacía algún lado y sabía exactamente cómo iba a llegar ahí. Use mi cabello en una media coleta alta, porque era como a ella le gustaba. Decía que enseñaba mi rostro.

Sentía que era correcto hacerlo, verme de la manera a la que ella le gustaba. Incluso si sabía que estas cosas solo las decía para hacerme sentir mejor, aun así se sentían ciertas. Creía en todo lo que Susannah decía. Incluso cuando decía que nunca se iría. Creo que todos lo hicimos, incluso mi madre. Todos estábamos sorprendidos cuando paso. No nuestra Susannah, no Beck. Siempre escuchabas acerca de personas mejorando, contra todo pronóstico. Estaba segura que Susannah sería una de ellos. Incluso si era solo una oportunidad en un millón. Ella era una en un millón.

Las cosas fueron mal rápidamente. Tan mal que mi madre estaba yendo y viniendo entre la casa de Susannah en Boston y la nuestra, uno que otro fin de semana al principio y después más frecuentemente. Tuvo que tomar un permiso de ausencia en el trabajo. Tenía una habitación en casa de Susannah.

La llamada llegó temprano en la mañana. Aún estaba oscuro. Eran malas noticias, por supuesto; lo malo es lo único que no puedes esperar. Tan pronto como escuché el teléfono sonar, incluso en mi sueño, lo supe. Susannah se había ido. Me quede ahí acostada en mi cama, esperando a que mi madre viniera a decirme. Podía escucharla moverse por la habitación, escuché la ducha.

Cuando no vino, fui a su habitación. Ella estaba empacando, su cabello todavía estaba húmedo. Me miró, sus ojos cansados y vacíos. —Beck se ha ido, —dijo. Y eso fue todo.

Pude sentir mi interior hundirse. Mis rodillas también. Así que me senté en el piso, contra la pared, dejando que me soportara. Pensé que sabía cómo se sentía un corazón roto. Pensé que el corazón roto era yo, de pie sola en el baile de graduación. Eso no fue nada. Esto, era corazón roto. El dolor en tu pecho, el dolor tras tus ojos, el conocimiento de que las cosas no serán las mismas de nuevo. Todo es relativo, supongo. Piensas que conoces el amor, piensas que conoces el dolor verdadero, pero no lo haces. No sabes nada.

No estoy segura cuando comencé a llorar. Cuando comencé, no pude parar. No podía respirar.

Mi madre atravesó la habitación y se arrodillo en el piso conmigo, abrazándome, balanceándome hacia adelante y hacia atrás. Pero ella no lloro. Ella no estaba ni siquiera ahí. Ella era un puerto vacío.

Mi madre condujo a Boston el mismo día. La única razón por la cual ella estaba en casa ese día había sido para ver cómo estaba yo y conseguir un cambio de ropa. Ella pensó que había más tiempo. Ella debió estar ahí, cuando Susannah murió. Si fuera por los chicos. Estaba segura que ella tenía el mismo pensamiento.

En su mejor voz de profesora, ella le dijo a Steven y a mí que conduciríamos nosotros mismos en dos días, el día del funeral. Ella no nos quería en medio de las preparaciones del funeral; había mucho trabajo por hacer.

Mi madre había sido nombrada albacea de su testamento y por supuesto que Susannah sabía exactamente lo que estaba haciendo cuando la escogió. Era verdad que no había nadie mejor para ese trabajo, ella había estado revisando las cosas incluso antes de la muerte de Susannah. Pero incluso más que eso, mi madre era mejor cuando estaba ocupada, haciendo cosas. Ella no se desmoronaba, no cuando era necesitada. No, mi madre se levantó para la ocasión. Me hubiera gustado haber heredado ese gen. Porque estaba perdida. No sabía qué hacer conmigo misma.

Pensé en llamar a Conrad. Incluso marque su número algunas veces. Pero no pude hacerlo. No sabía que decir. Tenía miedo de decir una cosa incorrecta, o hacer las cosas peores. Y entonces pensé en llamar a Jeremiah. Pero fue el miedo el que me lo impidió. Sabía que en el momento en que llamara, el momento en que lo dijera en voz alta, se haría realidad. Ella realmente se habría ido.

En el camino, estuvimos en su mayoría tranquilos. El único traje de Steven, el que uso en la graduación, estaba envuelto en plástico y colgado del asiento trasero. No me había molestado en colgar mi vestido— ¿Qué les diremos?—pregunté finalmente.

—No lo sé, —admitió—. El único funeral en el que he estado fue el de la Tía Shirle, y ella estaba realmente vieja. —Yo era muy pequeña como para recordar ese funeral.

— ¿Nos quedaremos esta noche? ¿En la casa de Susannah?

—No tengo idea.

— ¿Cómo crees que lo esté manejando el Sr. Fisher? —no podía imaginarme a Conrad o a Jeremiah, todavía no.

—Whiskey, —fue la respuesta de Steven.

Después de eso deje de hacer preguntas.

Nos cambiamos de ropa en una estación de gasolina a treinta millas del funeral. Tan pronto como vi que tan pulcro y planchado estaba el traje de Steven, me arrepentí de no colgar mi vestido. De vuelta en el auto, me la pase alisando la falda con las palmas de mis manos, pero no ayudo. Mi madre me había dicho que con el rayón no tenía sentido; la hubiera escuchado. También me lo hubiera probado antes de empa-

carlo. La última vez que lo use fue en la recepción de la universidad de mi madre hace tres años, ahora estaba demasiado pequeño.

Llegamos temprano, suficientemente temprano para encontrar a mi madre dando vueltas por allí, activa, arreglado flores y hablando con el Sr. Browne, el director de la funeraria. Tan pronto como me vio, frunció el ceño. —Debiste planchar ese vestido, Belly.

Mordí mi labio inferior para evitar decir algo que sabía que me arrepentiría. — No había tiempo, — dije, incluso sabiendo que si lo había. Hubo bastante tiempo. Jalé la falda para que no se viera tan corta.

Asintió lacónicamente. —Ve a buscar a los chicos, ¿Lo harías, Belly? Habla con Conrad.

Steven y yo intercambiamos una mirada. ¿Qué le diría? Había pasado un mes desde la graduación, desde la última vez que hablamos.

Los encontramos en la habitación contigua, había bancos y cajas de pañuelos. La cabeza de Jeremiah estaba hacia abajo, como si estuviera rezando, algo que no sabía que él hiciera. Conrad se sentó recto, cuadrando sus hombros, mirando hacia ninguna parte. —Hey, — dijo Steven, aclarando su garganta. Se movió hacia ellos, y los abrazo toscamente.

Se me ocurrió que nunca había visto a Jeremiah en traje antes. Él se veía algo apretado; él estaba incomodo, se la pasaba jalando su cuello. Pero sus zapatos parecían nuevos. Me pregunté si mi madre los había ayudado a escogerlos.

Cuando fue mi turno me apresuré hacia Jeremiah y lo abracé tan fuerte como pude. Él sintió la rigidez en mis brazos —Gracias por venir— dijo, su voz extrañamente formal.

Tuve este efímero pensamiento de que tal vez él estaba enfadado conmigo, pero lo aleje tan rápido como llegó. Me sentía culpable por pensar en eso. Este era el funeral de Susannah, ¿Por qué él estaría pensando en mí?

Palmeé su espalda torpemente, mi mano moviéndose en pequeños círculos. Sus ojos eran imposiblemente azules, lo cual pasaba cuando él lloraba.

—Realmente lo siento — dije e inmediatamente me arrepentí de decirlo, porque las palabras eran tan ineficaces. Ellas no se acercaban a lo que realmente quería decir, a lo que realmente sentía. “Lo siento” era algo sin sentido como el rayón.

Entonces miré a Conrad. Se había sentado hacia debajo de nuevo, su espalda rígida, su camisa blanca tenía una gran arruga. — ¡Hola! —Dije, sentándome al lado de él.

—Hola —dijo él. No estaba segura si debía abrazarlo o dejarlo ser. Así que apreté su hombro, él no dijo nada. Estaba hecho de piedra. Me hice una promesa. No me alejaría de su lado en todo el día. Estaré justo allí. Seré una torre de fortaleza, justo como mi madre.

Mi madre, Steven y yo nos sentamos en el cuarto banco, atrás de los primos de Conrad y Jeremiah y el hermano del Sr. Fisher y su esposa, que estaba usando demasiado perfume. Pensé que mi madre debía estar en la primera fila, y se lo dije en un susurro. Ella estornudó y dijo que no importaba. Creo que tenía razón. Entonces se quito la chaqueta de su traje y la puso sobre mis muslos desnudos.

Me di la vuelta una vez y vi a mi padre por la espalda. Por alguna razón, no esperaba verlo allí. Lo cual era raro, porque él también conocía a Susannah, así que tenía sentido que él estuviera en su funeral. Lo salude con la mano, y me di la vuelta.

—Papá está aquí, —susurré a mi madre.

—Por supuesto que está aquí, —dijo. Ella no miró hacia atrás.

Los amigos de Jeremiah y Conrad se sentaron en un montón juntos, en la parte posterior. Sé veían incómodos y fuera de lugar. Los chicos mantenían sus cabezas hacia abajo y las chicas susurraban entre sí nerviosamente.

El servicio fue largo. Un predicador que nunca había conocido pronunció el panegírico. Él dijo cosas lindas sobre Susannah. La llamo bondadosa, compasiva, elegante, y ella era todas esas cosas, pero sonaba como si él no la hubiera conocido. Me apoyé cerca de mi madre para decírselo, pero ella estaba asintiendo junto a él.

Pensé que no iba a volver a llorar de nuevo, pero lo hice, mucho. El Sr. Fisher se levanto y dio las gracias a todos por venir, nos dijo que éramos bienvenidos a ir a la casa después para la recepción. Su voz se rompió algunas veces, pero se las arreglo para mantener la calma. Cuando lo vi la última vez, él estaba bronceado y confiado y alto. Haberlo visto ese día, lucía como un hombre que se había perdido en una tormenta de nieve. Los hombros caídos, el rostro pálido. Pensé en lo difícil que debió haber sido para él pararse allí, frente a todos los que la amaban. Él la había engañado, la había dejado cuando más lo necesitaba, pero al final, él había aparecido. Sostuvo su mano esas últimas semanas. Tal vez él también pensó que habría más tiempo.

Era un ataúd cerrado. Susannah le había dicho a mi madre que no quería a todo el mundo sorprendido mirándola cuando ella no lucía lo mejor posible. Las personas muertas se ven falsas, le dijo. Como si estuvieran hechas de cera. Me recordé que la persona que estaba dentro del ataúd no era Susannah, que no importaba como se veía porque ella ya se había ido.

Cuando se terminó, después que dijimos las plegarias al Señor, formamos nuestra procesión, todos estaban tomando su turno para ofrecer las condolencias. Me sentía extraña, estando como mi madre y hermano. El Sr. Fisher se inclinó y me dio un abrazo fuerte, sus ojos estaban húmedos. Él estrecho la mano de mi hermano y abrazó a mi madre, ella susurró algo en su oído y él asintió.

Cuando abracé a Jeremiah, los dos lloramos tan fuerte, nos sosteníamos entre sí. Sus hombros seguían temblando.



Cuando abracé a Conrad, quería decir algo para consolarlo. Algo mejor que “Lo siento.” Pero terminó tan rápido, no hubo más tiempo para decir más que eso. Tenía una fila entera de personas atrás de mí, todas esperando por dar sus condolencias también.

El cementerio no estaba muy lejos. Mis tacones se mantenían atascados en la tierra. Debió haber llovido el día anterior. Antes de que bajaran a Susannah a la tierra, Conrad y Jeremiah pusieron una rosa blanca en la parte de arriba del cofre, y después el resto de nosotros añadió más flores. Escogí una peonía rosa. Alguien canto un himno. Cuando había terminado, Jeremiah no se movió. Se quedó ahí donde su tumba iba a estar, y lloró. Fue mi madre quien fue hacia él. Lo tomó de la mano, y le habló suavemente.

De vuelta en la casa de Susannah, Jeremiah y Steven y yo nos escapamos a la habitación de Jeremiah. Nos sentamos en su cama en nuestras elegantes ropas. — ¿Dónde está Conrad? —pregunté. No había olvidado mi promesa de estar a su lado, pero él me lo estaba poniendo difícil, la manera en la que seguía desapareciendo.

—Vamos a dejarlo solo un rato—dijo Jeremiah—. ¿Están hambrientos chicos?

Lo estaba, pero no quería decirlo así que dije, — ¿Lo estás tú?

—Sí, un poco. Hay comida ahí abajo. —Su voz se quedó en la palabra “abajo.” Sabía que él no quería ir ahí y enfrentar a todas esas personas, tener que ver la lastima en sus ojos. *Qué triste, ellos dirán, mira a ese par de chicos que ella dejó atrás.* Sus amigos no habían venido a la casa; ellos se habían ido después del entierro. Solo había adultos abajo.

—Yo iré, —me ofrecí.

—Gracias, —dijo agradecido.

Me levanté y cerré la puerta tras de mí. En el pasillo, me detuve para ver sus retratos familiares. Estaban enmarcadas en negro, en el mismo tipo de cuadro. En una foto, Conrad estaba usando una corbata de lazo y había perdido sus dientes delanteros. En la otra, Jeremiah tenía ocho o nueve y tenía una gorra de los Medias Rojas que se rehusó a quitarse, como por, todo un verano. Él decía que era su gorra de la suerte; lo uso cada día por tres meses. Cada par de semanas, Susannah la lavaba y volvía a ponerla en su habitación mientras él dormía.

Abajo, los adultos andaban por ahí tomando café y platicando en voces susurrantes. Mi madre estaba en la mesa del buffet, cortando pastel para extraños. Ellos eran extraños para mí, de todas maneras. Me pregunté si ella los conocía, si ellos sabían quién era ella para Susannah, como ella era su mejor amiga, como ellas pasaban cada verano juntas casi toda su vida.

Tomé dos platos y mi madre me ayudó a cargarlos— ¿Están bien arriba, chicos? —preguntó, mientras ponía un trozo de queso azul en el plato.



Asentí y regrese el trozo de queso. —A Jeremiah no le gusta el queso azul, —Le dije. Entonces tomé un puñado de horribles galletas de agua y un racimo de uvas verdes—. ¿Has visto a Conrad?

—Creo que está en el sótano, —dijo. Acomodando el plato de quesos, entonces añadió—. ¿Por qué no vas a checarlo y le llevas un plato? Yo llevaré esto a los chicos.

—Está bien, —Tome un plato y crucé el comedor justo cuando Jeremiah y Steven venían hacia abajo. Me detuve y miré a Jeremiah detenerse y hablar con las personas, dejándose abrazar y tomar sus manos. Nuestros ojos se encontraron, y levanté mi mano para saludarlo. Levantó su mano e hizo lo mismo, rodando sus ojos a la pequeña mujer que abrazaba su brazo. Susannah estaría orgullosa.

Luego me dirigí hacia abajo, al sótano. Él sótano estaba alfombrado y era a prueba de sonido. Susannah lo había arreglado cuando Conrad comenzó con la guitarra eléctrica.

Estaba oscuro; Conrad no había encendido las luces. Esperé a que mis ojos se adaptaran, y baje las escaleras sintiendo mi camino.

Lo encontré demasiado pronto. Estaba acostado en el sillón, su cabeza en el regazo de una chica. Ella estaba pasando sus manos por su cabeza, como si ellos pertenecieran ahí. Incluso si el verano apenas hubiera comenzado, ella estaba bronceada. Se había quitado los zapatos, sus piernas depiladas estaban estiradas encima de la mesa de café. Y Conrad estaba acariciando su cabello.

Todo en mí se paraliza, se apretó.

La había visto en el funeral. Pensé que era realmente hermosa, y me pregunté quién era ella. Se veía asiática, tal vez era India. Tenía cabello oscuro y ojos negros y usaba una mini falda y una blusa blanca. Y una banda en la cabeza, ella estaba usando una banda en la cabeza negra.

Ella fue la primera en verme. —Hola, —dijo.

Fue entonces cuando Conrad me miró parada en la puerta con un plato de queso y galletas. Se levantó. — ¿Esa comida es para nosotros? —pregunto sin mirarme.

—Mi madre envía esto —dije y mi voz se escuchó pequeña y amortiguada. Caminé y coloqué el plato sobre la mesa de café. Me quede ahí por unos segundos, insegura de qué hacer después.

—Gracias, —dijo la chica, en una manera que sonó algo así como *Puedes irte ahora*. No en una mala manera, pero la forma en que lo hizo me dijo que estaba interrumpiendo.

Salí de la habitación lentamente pero cuando estaba en las escaleras, comencé a correr. Corrí entre todas las personas que estaban en la sala y podía escuchar a Conrad viniendo tras de mí.

—Espera un minuto —gritó.

Casi había hecho mi camino al vestíbulo cuando me alcanzó y me tomó del brazo.

— ¿Qué es lo que quieres? — dije, tratando de soltarme—. Déjame ir.

— Esa era Aubrey, — dijo, soltándome.

Aubrey, la chica que rompió el corazón de Conrad. La imaginaba diferente. La imaginé rubia. Está chica era mucho más hermosa de lo que había imaginado. Nunca podría competir con esta chica.

Dije, — Lo siento por interrumpir su pequeño momento.

— Madura — dijo.

Hay momentos en la vida que deseas con todo tu corazón poder retractarte. Algo como, desaparecer de la existencia. Como, si pudieras, borrar a ti misma de la existencia también, solo para hacer que ese momento no existiera.

Lo que dije enseguida fue uno de esos momentos.

En el día del funeral de su madre, al chico que amo más de lo que he amado algo o a alguien, le dije, — Vete al infierno.

Era la peor cosa que le he dicho a alguien, alguna vez. No era como si nunca hubiera dicho esa palabra antes. Pero la mirada en su rostro. Nunca la olvidaría. La mirada en su rostro me hizo querer morir. Confirmé cada cosa mala y baja que me he dicho a mí misma, las cosas que esperas y rezas porque nadie sepa sobre ti. Porque si lo sabían, verían tú yo real, y ellos te despreciarían.

Conrad dijo, — Debí saber que serías así.

Miserablemente, pregunté, — ¿Que quieres decir?

Se encogió de hombros, su mandíbula estaba apretada. — Olvídalo.

— No, dilo.

Él comenzó a darse la vuelta, para irse, pero lo detuve. Me interpose en su camino. — Dímelo, — dije. Mi voz aumentaba.

Me miró y dijo, — Sabía que era una mala idea empezar algo contigo. Eres solo una niña. Fue un gran error.

— No te creo, — dije.

Las personas comenzaban a mirar. Mi madre estaba en la sala, hablando con personas que no reconocía. Me miró cuando comencé a hablar. No podía ni mirarla; podía sentir mi cara ardiendo.

Sabía que lo correcto era irme. Sabía que se suponía que hiciera eso. Era como si estuviera flotando por encima de mí misma y pudiera verme y como todos en la habitación me veían a mí. Pero cuando Conrad solo se encogió de hombros y comenzó a irse de nuevo, me sentí tan enojada, y solo una pequeña parte de mí quería detenerse, pero no lo pude dejarlo así.

— Te odio, — dije.

Conrad volteó y asintió. —Bien —dijo. La manera en que me miró, lástima y resignación. Me hizo sentir enferma.

—No quiero volverte a ver nunca, —dije y entonces lo empuje pasando a su lado y corrí hacia las escaleras, subiendo tan rápido como podía escalón por escalón. Caí en mis rodillas, fuerte. Creo que escuché a alguien jadear. Casi no podía ver entre mis lágrimas. Ciega, me levanté y corrí hacia la habitación de invitados.

Me quite los lentes y me acosté en la cama y lloré.

No era a Conrad a quien odiaba. Me odiaba a mí misma.

Mi padre vino después de un rato. Tocó algunas veces, y cuando no conteste, entró y se sentó en la orilla de la cama.

— ¿Estás bien? —preguntó. Su voz gentil. Pude sentir las lágrimas saliendo de las esquinas de mis ojos de nuevo. Nadie debía ser bueno conmigo. No lo merecía.

Gire lejos, dándole la espalda. — ¿Mamá está enojada conmigo?

—No, claro que no, —dijo—. Regresa abajo y despídete de todos.

—No puedo. — ¿Como podía volver abajo y enfrentar a todos después de mi escena? Era algo imposible. Estaba humillada, y lo había hecho yo misma.

— ¿Qué paso entre tú y Conrad, Belly? ¿Tuvieron una pelea? ¿Terminaron? —era extraño escuchar la palabra “terminaron” saliendo de la boca de mi padre. No podía discutir eso con él. Era demasiado bizarro.

—Papá, no puedo hablar de estas cosas contigo. ¿Podrías solo irte? Quiero estar sola.

—De acuerdo—dijo, y pude escuchar el dolor en su voz—. ¿Quieres que traiga a tu madre?

Ella era la última persona que quería ver. Inmediatamente, dije, —No, por favor no lo hagas.

La cama crujió cuando mi padre se levanto y cerró la puerta.

La única persona que quería era a Susannah. Ella era la única. Y entonces tuve el pensamiento, claro como el día. Nunca volvería a ser la favorita de nadie de nuevo. No volvería a ser una niña otra vez, no de la misma manera. Esto se había terminado ya. Ella realmente se había ido.

Esperaba que Conrad me escuchara. Esperaba no volverlo nunca más. Si tenía que volver a mirarlo de nuevo, si me volvía a mirar de la manera en que lo hizo este día, eso me rompería.

# Capítulo 6



## 03 de Julio

Cuando el teléfono sonó temprano la mañana siguiente, mi primer pensamiento fue: *El único tipo de llamadas que recibes temprano en la mañana son solo malas.* Tenía razón, más o menos.

Creo que estaba aún en un estado de sueño cuando escuché su voz. Por un largo segundo pensé que era Conrad, y por ese segundo contuve mi respiración. Conrad me llamaba otra vez- eso era suficiente para hacerme olvidar de como respirar. Pero no era Conrad. Era Jeremiah.

Son hermanos, después de todo; sus voces son parecidas. Similares, pero no las mismas. Él, Jeremiah, dijo, —Belly, soy Jeremiah. Conrad se ha ido.

— ¿Que quieres decir con “se ha ido”? —Repentinamente estaba despierta y mi corazón estaba en mi garganta. Irse tenía varios significados diferentes, dependiendo de la manera en que sea usado. Puede ser algo permanente.

—Él salió de la escuela de verano hace un par de días y no regreso. ¿Sabes dónde está?

—No, —Conrad y yo no habíamos hablado desde el funeral de Susannah.

—Él ha perdido dos exámenes. Nunca haría eso, —Jeremiah sonó desesperado, incluso lleno de pánico. Nunca lo escuché sonar de esa manera. Él era siempre feliz, siempre riendo, nunca serio. Y tenía razón, Conrad nunca haría eso, nunca se iría sin llamar a nadie. No el viejo Conrad, de cualquier manera. No el Conrad que yo he amado desde que tenía diez años, no él.

Me senté, froté mis ojos, — ¿Tu papá lo sabes?

—Sí. Él esta volviéndose loco. No puede hacer frente a este tipo de cosas, —Este era el tipo de cosas que Susannah controlaba, no el Sr. Fisher.

— ¿Que quieres hacer, Jere? —Traté de hacer que mi voz sonara de la forma de la voz de mi madre. Calmada, razonable. Como si no estuviera asustada por dentro, por pensar que Conrad se ha ido. No era tanto el pensar que él estaba en problemas. Era el saber que él se ha ido, realmente se ha ido, nunca regresara. Y eso me asustaba más de lo que pudiera decir.

—No lo sé, —Jeremiah dejo escapar una gran ráfaga de aire—. Su teléfono está apagado desde hace días. ¿Crees que podrías ayudarme a encontrarlo?

Inmediatamente dije, —Sí. Por supuesto. Por supuesto que puedo.

Todo tenía sentido en ese momento. Esta era mi oportunidad de hacer las cosas correctas con Conrad. A mi modo de ver, esto era lo que había estado esperando y ni siquiera lo había sabido. Era como si los últimos dos meses hubiera estado sonámbula, y ahora aquí estaba, finalmente despierta. Tenía una meta, un propósito.

Ese último día yo dice cosas horribles. Cosas imperdonables. Quizás, si lo ayudaba de alguna pequeña manera, sería capaz de arreglar lo que estaba roto.

Aún así, estaba tan asustada con el pensamiento de que Conrad se había ido, tan ansiosa de redimirme, la idea de estar cerca de él otra vez me aterrorizaba. Nadie en este planeta me afecta de la manera en que Conrad Fisher lo hace.

Cuando Jeremiah y yo colgamos, estuve en todas partes a la vez, lanzando ropa interior y camisas dentro de mi bolso de viaje. ¿Cuánto tiempo nos tomaría encontrarlo? ¿Estaría él bien? Yo sabría si él no estaba bien, ¿verdad? Empaque mi cepillo de dientes, un peine. Busqué una solución.

Mi madre estaba planchando ropa en la cocina. Tenía su mirada perdida en la nada, su frente profundamente fruncida, — ¿Mamá? — pregunté.

Sorprendida, ella miró hacia mí, — ¿Qué? ¿Qué pasa?

Yo ya había planeado lo que iba a decir, — Taylor está teniendo otro tipo de depresión porque ella y Davis terminaron otra vez. Voy a quedarme en su casa esta noche, quizás mañana también, depende de cómo se sienta ella.

Contuve mi respiración, esperando a que hablara. Mi madre tiene un detector de mentiras como nadie más tiene. Es más que una intuición de madre, era como un dispositivo de rastreo. Pero no hubo alertas, ni campanas sonando. Su rostro era perfectamente blanco.

— Está bien — dijo, regresando a su tabla de planchar — Y luego —. Trata de estar en casa mañana en la noche — dijo —. Voy a hacer pescado — Ella almidonó los pantalones color caqui. Estaba libre. Debería hacerme sentido aliviada, pero no lo estaba, no realmente.

— Trataré.

Por un momento pensé en decirle la verdad. De todas las personas, ella entendería. Ella quería ayudar. Ella los quería a ellos. Fue mi madre quien llevo a Conrad a emergencias cuando él se quebró la pierna patinando, porque Susannah temblaba tan fuerte que no podía conducir. Mi madre seguía siendo estable, solida. Siempre sabía que hacer.

O por lo menos, solía hacerlo. Ahora no estaba segura. Cuando Susannah enfermó de nuevo, mi madre iba en piloto automático, haciendo lo que necesitaba hacer. Apenas presente. El otro día la encontré barriendo el pasillo, y sus ojos estaban rojos, y había miedo allí. Ella no era del tipo que lloraba. Viéndola así, como una persona real y no solo mi madre, me hizo casi no confiar en ella.

Mi madre dejó abajo la plancha. Tomó su bolso del mostrador y sacó su cartera, —Cómprale a Taylor algo de helado de mi parte, —dijo ella, entregándome un billete de veinte.

—Gracias, mamá —dije, tomando los veinte y metiéndolo dentro de mi bolsillo. Sería útil para la gasolina más tarde.

—Diviértete —dijo, y luego ella se fue otra vez. Ausente. Planchando el mismo par de pantalones caqui que había planchado una y otra vez.

Cuando estuve en mi auto, manejando en la calle, finalmente deje de sentirlo. Alivio. Nada de una madre silenciosa, triste, por hoy. Odio dejarla y odio estar cerca de ella, porque me hacia recordar lo que quería olvidar. Susannah se ha ido, y ella no regresará, y ninguno de nosotros será el mismo de nuevo.

# Capítulo



**E**n la casa de Taylor, la puerta principal, casi nunca estaba cerrada con llave. Su escalera con larga barandilla y brillantes escalones de madera me era tan familiar como la mía.

Después de que entrara en la casa, fui directamente a su habitación.

Taylor estaba recostada sobre su estómago, hojeando una revista de chismes. Tan pronto como me vio, se sentó y dijo, — ¿Eres masoquista o qué?

Tiré mi mochila en el piso y me senté a su lado. La había llamado en el camino; Le dije todo. No había querido hacerlo, pero lo hice.

— ¿Por qué vas a ir a buscarlo? —demandó—. Él no es tu novio nunca más.

Suspiré, —Como si él alguna vez lo hubiera sido.

—Mi punto exactamente —manoseo la revista y me la entregó—. Checa esto. Puedo verte en este bikini. El que tiene una cinta blanca. Te verás tan sexy con tu bronceado.

—Jeremiah llegara pronto aquí, —dije, mirando la revista y entregándosela de regreso. No podía imaginarme en ese bikini. Pero podía imaginarla a ella en él.

—Así que tu deberías haber escogido a Jeremy —dijo—. Conrad es básicamente una persona loca.

Le había dicho a ella bastante veces que no era fácil elegir a uno o al otro. No se trataba de elegir. No era como si yo hubiera tenido una elección, no realmente.

—Conrad no está loco, Taylor —Ella nunca perdono a Conrad por no haber gustado de ella ese verano que la lleve a Cousins, el verano cuando teníamos catorce. Taylor utiliza a todos los chicos a su gusto, no estaba acostumbrada a ser ignorada. Lo cual era exactamente lo que Conrad había hecho. No Jeremiah, sin embargo. Tan pronto como ella batió sus grandes ojos marrones hacia él, fue suyo. Su *Jeremy*, como ella lo llamó, —de esa manera, del tipo que a los chicos les gusta. Jeremiah cayó a sus pies, hasta que ella lo botó por mi hermano, Steven.

Frunciendo los labios, Taylor dijo, —Bueno, quizás eso fue un poco duro. Quizás él no está loco. Pero, ¿Y qué? ¿Siempre vas a estar sola esperándolo? ¿Cada vez que él quiera?

— ¡No! Pero él tiene algún problema. Él necesita a sus amigos ahora más que nunca, —dije, recogiendo una hebra de la alfombra—. No importa lo que pasó entre nosotros, siempre seremos amigos.

Ella rodó sus ojos. —Como sea. La única razón por la que te estoy ayudando en esto es porque tú tienes que clausurar esto.

— ¿Clausurar?

—Sí. Puedo verlo ahora de esa única manera. Necesitas ver a Conrad cara a cara y decirle que eres mejor que él y que no vas a jugar sus juegos nunca más. Entonces, y solo entonces podrás avanzar y dejar atrás a ese idiota.

—Taylor, no soy inocente del todo en esto —tragué saliva—. La última vez que lo vi, fue horrible.

—Como sea. El punto es que necesitas salir adelante. A pastos más verdes, —Ella me miró—. Como Cory. Quien, por cierto, dudo que tengas una oportunidad con él después de la última noche.

La última noche parecía como mil años atrás. Hice mi mejor esfuerzo para cambiar de tema y dije, —Oye, gracias otra vez por permitirme dejar mi auto aquí. Si mi mamá llama...

—Por favor, Belly. Muestra un poco de respeto. Soy la reina de las mentiras para los padres, no como tú, —Ella olfateó—. Vas a estar de regreso a tiempo para mañana en la noche, ¿verdad? Iremos al barco de los padres de Davis, ¿Recuerdas? Lo prometiste.

—Eso será hasta las ocho o nueve. Estoy segura que estaré de vuelta para entonces. Además —señalé—. Yo nunca *prometí* nada.

—Entonces, promételo ahora, —ordenó—. Promete estar aquí.

Rodé mis ojos, — ¿Por qué quieres que este aquí? ¿Para qué tú puedas emparejarme con Cory Wheeler otra vez? No me necesitas. Tienes a Davis.

—Te necesito, a pesar de que eres una terrible mejor amiga. Los novios no son lo mismo que las mejores amigas, y tú lo sabes. Muy pronto vamos a estar en la universidad, ya sabes. ¿Qué tal si vamos a diferentes universidades? ¿Qué pasara entonces? —Taylor me miro fijamente, sus ojos acusadores.

—De acuerdo, está bien. Lo prometo, —Taylor aún tenía su corazón puesto en que nosotros iríamos a la misma escuela, como siempre habíamos dicho que sería.

Ella extendió su mano hacia a mí y engancho nuestros meñiques.

— ¿Eso es lo que estarás usando? —Taylor me pregunto repentinamente.

Bajé la mirada hacia mi camiseta gris, dije, —Bueno, sí.

Ella negó con su cabeza tan rápido que su cabello rubio se agito a su alrededor.

— ¿Eso es lo que usaras para ver a Conrad *por primera vez*?

—Esto no es una cita a la cual iré, Taylor.

—Cuando ves a un ex, tienes que verte mejor de lo que alguna vez te has mirado. Es, como, la primera regla de las rupturas. Tienes que hacer que él piense, “Maldición, ¿Yo perdí eso?” Es la única manera.

No había pensado en eso. —No me importa lo que él piensa, —Le dije.

Ella ya estaba rebuscando en mi pequeña bolsa de viaje. —Todo lo que tienes es ropa interior y una camisa. Y esta vieja camisa de tirantes. Ugh. Odio esa camisa. Necesita se tirada oficialmente.



— ¡Deja eso! —dije—. No vayas a tirar mis cosas.

Taylor dio un salto, su rostro totalmente malévolos y emocionado. — ¡Oh, por favor, déjame empacar por ti, Belly!

—No —dije tan firme como pude. Con Taylor tenías que ser firme—. Probablemente regrese mañana. No necesito nada más.

Taylor me ignora y desapareció hacia su armario.

Mi teléfono sonó entonces, y era Jeremiah. Antes de contestar, dije, —Lo digo en serio, Tay.

—No te preocupes, lo tengo todo cubierto. Solo piensa en mí como tú hada madrina, —dijo desde dentro de su armario.

Deslicé mi teléfono para contestar, —Hola —dije—. ¿Dónde estás?

—Estoy muy cerca. Alrededor de una hora de distancia. ¿Estás en casa de Taylor?

—Sí —dije—. ¿Necesitas que te dé más instrucciones otra vez?

—No, ya lo tengo, —Él hizo una pausa, y por un segundo pensé que había colgado. Luego dijo—. Gracias por hacer esto.

—Oh, vamos, —dije.

Pensé en decir algo más, como lo que le dices a tu único mejor amigo y como parte de mí estaba feliz de tener una razón de verlo. Simplemente, no sería un verano sin los chicos de Beck.

Pero no pude decir las palabras que sonaban correctas en mi cabeza, y antes de que lo hubiera imaginado, él colgó.

Cuando Taylor finalmente emergió del armario, estaba cerrando la cremallera de mi bolsa, —Todo listo, —dijo, con una sonrisa formándole hoyuelos.

—Taylor... —traté de agarrar el bolso de su mano.

—No, tienes que esperar para verlo hasta que llegues a donde sea que vayas. Me lo agradecerás —dijo—. Fue muy generosa, a pesar de que no me tomas en cuenta.

Ignoré la última parte y dije, —Gracias, Tay.

—De nada—dijo, mirando su cabello frente el espejo de su armario—. ¿Ves cuando me necesitas?—Taylor me enfrentó, sus manos en sus caderas—. ¿Dónde están planeando buscar a Conrad, de todos modos? Por lo que tú sabes, él podría estar debajo de un puente en alguna parte.

No había tomado en cuenta esa parte, los detalles reales —Estoy segura que Jeremiah tiene algunas ideas —dije.

Jeremiah se presentó en una hora, justo como dijo que lo haría. Lo observamos desde la ventana de la sala cuando su auto se estacionó frente a la casa de Taylor.

—Oh, mi Dios, él se ve tan lindo, —dijo Taylor, corriendo hacia el tocador y poniéndose brillo en los labios—. ¿Por qué no me dijiste cuán lindo se había vuelto?

La última vez que ella había visto a Jeremiah, él había estado más pequeño y delgado. No era de extrañar que ella hubiera preferido a Steven en su lugar. Pero él solo parecía Jeremiah para mí.

Agarré mi bolso y me dirigí hacia afuera, con Taylor justo detrás de mis talones.

Cuando abrí la puerta principal, Jeremiah estaba de pie en el pórtico. Él estaba usando una gorra de Los Medias Rojas, y su cabello era más corto que la última vez que lo vi. Era extraño verlo aquí, en frente de la puerta de Taylor. Irreal.

—Estaba a punto de llamarte —dijo quitándose la gorra. Él era un chico sin miedo a que la gorra desordenara su cabello, de hacerlo parecer estúpido. Era una de esas cualidades entrañables que yo admiraba porque constantemente estaba avergonzada de mí misma.

Quería abrazarlo, pero por alguna razón—quizás porque él no lo hizo primero, —quizás porque me sentí repentinamente tímida, me contuve. En cambio, dije, —Llegaste aquí realmente rápido.

—Acelaré como un loco —dijo, y luego—. Hola, Taylor.

Ella se puso de puntillas y lo abrazó, y yo me arrepentí de no haberlo abrazado también.

Cuando ella se alejó, Taylor lo miró con aprobación y dijo, —Jeremy, te ves bien, —Ella le sonrió, esperando que él le dijera que ella se veía bien. Cuando él no lo hizo, dijo—. Esa fue la señal para decirme que me veo bien.

Jeremiah rió. —La misma vieja Taylor. Sabes que te ves bien. No necesitas que yo te lo diga.

Los dos se sonrieron el uno al otro.

—Será mejor que nos vayamos, —dije.

Él tomó mi bolsa de viaje de mi hombro y seguimos hasta su auto. Mientras él hacía espacio para mi bolsa en su maletero, Taylor me agarró por el codo y dijo—Llámame cuando llegues a donde sea que vayas, CeniBelly, —Ella solía llamarme así cuando éramos pequeñas, cuando estábamos obsesionadas con Cenicienta. Ella cantaba junto con los ratones. *CeniBelly, CeniBelly*.

Sentí una repentina oleada de afecto por ella. Nostalgia, una historia compartida, un montón de historia. Más de lo que me había dado cuenta. Iba a extrañarla el año siguiente, cuando las dos estuviéramos en diferentes universidades. —Gracias por permitirme dejar el auto aquí, Tay.

Ella asintió. Luego con la boca dijo la palabra CLAUSURAR.

—Adiós, Taylor, —dijo Jeremiah, entrando en el auto.

Yo entré también. Su auto era un desastre, como siempre. Había botellas de agua vacías por el suelo y en el asiento de atrás. —Adiós —grité mientras comenzábamos a avanzar.

Ella se quedó allí de pie y nos despidió con la mano y nos observaba. Ella gritó de regreso, — ¡No olvides tu promesa, Belly!

— ¿Qué prometiste? — preguntó Jeremiah, mirando por el espejo retrovisor.

— Le prometí regresar a tiempo para la fiesta de cuatro de julio de su novio. Será en un barco.

Jeremiah asintió. — Regresarás a tiempo, no te preocupes. Espero tener que traerte de regreso por la noche.

— Oh, — dije —. Está bien.

Supuse que no sería necesaria la bolsa de viaje, después de todo.

Luego él dijo, — Taylor parece exactamente la misma.

— Sí, supongo que lo es.

Y entonces ninguno de los dos dijo algo. Estaba solo en silencio.

# Capítulo 8



## *Jeremiah*

Puedo señalar el momento exacto en que todo cambió. Fue el último verano. Con y yo estábamos sentados en el pórtico, y yo estaba tratando de hablarle sobre lo cabrón que era el nuevo asistente del entrenador de fútbol.

—Sólo tienes que sobresalir —dijo.

Era fácil para él decirlo. Lo había dejado. —No lo entiendes, este tipo está loco, —comencé a decirle, pero ya no estaba escuchándome. Su auto estaba justo frente a la casa. Steven salió primero, luego Laurel. Ella preguntó dónde estaba mi mamá y me dio un gran abrazo. Abrazó a Conrad a mi lado y comencé a decir, —Hey, ¿Dónde está Belly Button? —Y allí estaba ella.

Conrad la vio primero. Él estaba mirando sobre el hombro de Laurel. Hacía ella. Ella caminó hacia nosotros. Su cabello se balanceaba de un lado a otro y sus piernas parecían kilométricamente largas. Estaba usando unos shorts de mezclilla desgastados y zapatillas sucias. Su tirante del sostén sobresalía de su camiseta sin mangas. Tenía una extraña mirada en su rostro, una mirada que no reconocí. Como tímida y nerviosa, pero orgullosa al mismo tiempo.

Observé a Conrad abrazándola, esperando mi turno. Quería preguntarle lo que estaba pensando, porque ella tenía esa mirada en su cara. No hice lo que pensé. Rodeé a Conrad y la agarré levantándola y dije algo estúpido. La hice reír, y luego ella era sólo Belly otra vez. Y eso fue un alivio, porque yo no quería que ella fuera otra persona más que solo Belly.

La he conocido toda mi vida. Nunca pensé en ella como una chica. Ella era una de nosotras. Era mi amiga. Viéndola de manera diferente, aunque solo sea un segundo, me sacudió.

Mi papá solía decir que todo en la vida tiene un momento en que lo cambia por completo. El momento no depende de alguien más, pero tú difícilmente sabes cuando este ha llegado. Esos tres cuartos de segundo cambiaron por completo mi vida. Las personas despiertan, regresan a la vida. Todo eso en un momento.

Podría haberlo olvidado, ese momento cuando el auto se detuvo y esta chica salió, una chica que apenas reconocí. Podría haber sido una de esas cosas. Tú sabes, donde una persona te llama la atención, como una bocanada de perfume cuando

caminas por la calle. Después tú sigues caminando. Lo olvidas. Yo podría haberlo olvidado. Las cosas pudieron haber vuelto a la forma en que estaban antes.

Pero el momento que cambia tu vida llega.

Era de noche, quizás una semana después del verano. Belly y yo estábamos saliendo de la piscina, y ella estaba riendo por algo que dije, no recuerdo sobre qué. Amó la manera en que puedo hacerla reír. A pesar de que ella ríe mucho y no es una gran hazaña, pero se siente bien. Ella dijo, —Jere, eres la persona más divertida que conozco.

Fue uno de los mejores elogios de mi vida. Pero ese no fue el momento de cambió en mi vida.

Eso ocurrió después. Estaba totalmente bromeando, haciendo una imitación de cuando Conrad se despierta por las mañanas. Un tipo de imitación de Frankenstein. Entonces, Conrad salió y se sentó en una de las sillas. Él puso su rostro de perfil, y dijo, — ¿Qué es tan divertido?

Belly levantó la mirada hacia él, y estaba realmente sonrojándose. Su cara totalmente sonrojada, y sus ojos estaban brillantes, —No lo recuerdo, —dijo.

Mi estómago dio un vuelco. Sentí como si alguien estuviera pateándome en el estómago. Estaba celoso, loco de celos. De Conrad. Y cuando ella se levantó después de un rato para ir por un refresco, lo observe mientras la miraba alejándose y me sentí enfermo por dentro.

Fue cuando las cosas nunca volverían a ser las mismas.

Quería decirle a Conrad que él no tenía derecho. Que él la ha ignorado todos estos años, que él no podría quedarse con ella solo porque se le daba la gana.

Ella era de todos nosotros. Mi mamá la adora. Llama a Belly su hija secreta. La espera ver durante todo el año. Steven a pesar de que le hace pasar malos momentos, es muy protector con ella. Todo el mundo cuida de Belly, sólo que no lo sabe. Ella esta tan ocupada mirando a Conrad. Durante tanto tiempo que ninguno de nosotros podría recordar, ella ha amado a Conrad.

Todo lo que sabía era, quiero que ella me miré así. Después de ese día, estaba perdido. Me gusta ella, más que una amiga. Quizás la amo.

Ha habido otras chicas. Pero ellas no eran ella.

No quería llamarle a Belly para pedirle ayuda. Estaba enojado con ella. No era sólo porque ella escogiera a Conrad. Esas eran noticias viejas. Siempre escogería a Conrad. Pero nosotros éramos amigos, también. ¿Cuántas veces me ha llamado desde que mamá murió? ¿Dos veces? ¿Un par de correos electrónicos y mensajes de texto?

Pero sentado en el auto a su lado, oliendo el olor de Belly Conklin (Jabón Ivory y coco y azúcar), la manera en que su nariz se arruga cuando está pensando, su sonrisa nerviosa y sus uñas mordidas. La manera en que dice mi nombre.

Cuando se inclinó hacia adelante para obtener aire del aire acondicionado, su cabello se frotó contra mi pierna y fue realmente suave. Me hizo recordar todo otra vez. Me hizo recordar cuán difícil es seguir enojado y dejar aún lado la competencia como yo lo planeé. Estaba bastante cerca de lo imposible. Cuando estaba cerca de ella solo quería agarrarla y abrazarla y besarla hasta que perdiera la cabeza. Quizás entonces ella finalmente pueda olvidar al imbécil de mi hermano.

# Capítulo



—Entonces, ¿A dónde vamos? —Le pregunté a Jeremiah. Traté de mirarlo a los ojos para hacer que él me mirara, solo por un segundo. Parecía como si él no me mirara a los ojos desde que se presentó, y me hacía sentir nerviosa. Necesitaba saber que las cosas estaban bien entre nosotros.

—No sé —dijo él—. No he hablado con Con en un tiempo. No tengo idea de a donde se ha ido. Esperaba que tú tuvieras algunas ideas.

La cosa era, que no tenía ideas. Ninguna. Ninguna en absoluto, en realidad. Aclaré mi garganta, —Conrad y yo no hemos hablado desde... desde mayo.

Jeremiah me miró de reojo, pero no dijo nada. Me pregunté que le había dicho Conrad. Probablemente no mucho.

Seguí hablando, — ¿Has llamado a su compañero de cuarto?

—No tengo su número. Ni siquiera se su nombre.

—Su nombre es Eric, —dije rápidamente. Me alegre de saberlo por lo menos—. Es el mismo compañero por todo el año escolar. Quedaron en la misma habitación para la escuela de verano. Así que, umm, allí es donde debemos ir, entonces. Hacía Brown. Hablemos con Eric, sus compañeros. Nunca sabes, él puede estar por allí en el campus.

—Suena como un plan, —Mientras él ajustaba el espejo retrovisor y cambiaba de carril, preguntó—. Así que, ¿Visitaste a Con en la escuela?

—No —dije, mirando por la ventana. Era demasiado embarazoso de admitir—. ¿Y tú?

—Mi papá y yo le ayudamos a mudarse a los dormitorios— casi a regañadientes agregó—. Gracias por venir.

—Claro.

—Entonces, ¿Laurel está bien con ello?

—Oh, sí, totalmente —mentí—. Yo estoy feliz de haber venido.

Normalmente, solía esperar durante todo el año ver a Conrad. Normalmente deseaba ver a los chicos en los veranos, incluso deseaba verlos en navidad. Era todo en lo que pensaba. Incluso ahora, después de todo, él aún seguía siendo todo en lo que pensaba.

Después, encendí la radio para llenar el silencio entre Jeremiah y yo.

Una vez me pareció escucharlo comenzar a decir algo, y dije, — ¿Acabas de decir algo?

Dijo, —Nop.

Por un tiempo, solo conducíamos. Jeremiah y yo éramos dos personas que nunca se quedaban sin decir algo el uno al otro, pero allí estábamos, sin decir ni una palabra.

Finalmente, él dijo, —Vi a Nona la semana pasada. Me detuve por una casa de retiro en la que ella está trabajando.

Nona era la enfermera de hospicio de Susannah. La había conocido un par de veces. Era divertida, y fuerte. Nona era ligera, de baja estatura, con dos brazos y piernas delgadas, pero la había visto levantar a Susannah como si ella no pesara nada. Lo cual, al final, supongo que estuvo cerca de serlo.



# Capítulo 10

Cuando Susannah se puso enferma de nuevo, nadie me lo dijo de inmediato. Ni Conrad, o mi madre, o la misma Susannah. Todo ocurrió tan rápido.

Traté de excusarme para no ver a Susannah esta última vez. Le dije a mi madre que tendría un examen que contaría el cuarto de mi calificación. Yo hubiera dicho cualquier cosa para salirme de esta. —Voy a tener que estudiar todo el fin de semana. No puedo ir. Quizás el próximo fin de semana, —dije hacia el teléfono. Traté de hacer mi voz casual y no desesperada—. ¿Está bien?

Inmediatamente, dijo, —No. No está bien. Vas a venir este fin de semana. Susannah quiere verte.

—Pero...

—Nada de peros —su voz fue clara—. Ya he comprado tu boleto de tren. Te veo mañana.

En el trayecto del tren, me la pase pensando fuertemente sobre las cosas que podría decir cuando viera a Susannah. Le diría cuán difícil me era trigonometría, como Taylor estaba enamorada, como estaba pensando lanzarme de secretaria para la clase, lo cual era mentira. No iba a lanzarme para secretaria de la clase, pero sabía que a Susannah le gustaría como sonaría eso. Podría decirle todas estas cosas, y podría no preguntarle sobre Conrad.

Mi madre me recogió en la estación del tren. Cuando entre en el auto, dijo, —Me alegra que hayas venido. —Ella continuó diciendo—. No te preocupes, Conrad no está aquí.

No le respondí, sólo miré por la ventana. Estaba injustificadamente enojada con ella por hacer que viniera. No es que le importara. Siguió hablando directamente—Voy a advertirte que no se ve bien. Está cansada. Muy cansada, pero ella tiene ganas de verte.

Tan pronto como dijo esas palabras, “no se ve bien”, cerré mis ojos. Me odiaba a mi misma por tener miedo de verla, por no visitarla más a menudo. Pero yo no soy como mi madre, tan fuerte y duradera como el acero. Ver a Susannah así, era tan difícil. Se sentía como piezas de ella, de quien solía ser, desmoronándose cada vez más. Verla así lo hacía real.

Cuando nos detuvimos en la entrada, Nona estaba afuera fumando un cigarrillo. Había conocido a Nona un par de semanas atrás, cuando Susannah se mudó de regreso a casa. Nona tenía un apretón de manos muy intimidante. Cuando bajamos del auto ella apagó su cigarro y roció aromatizante en su uniforme, como si fuera una

adolescente fumando en secreto, a pesar de que a Susannah no le importaba, ella amaba los cigarrillos de vez en cuando, pero ya no podía fumarlos más. Sólo mariguana.

—Buen día, —gritó Nona, saludándonos.

—Buen día, —la saludamos de regreso.

Ella estaba sentada en el pórtico del frente, —Me alegro de verte —me dijo. A mi madre, dijo—. Susannah esta vestida y esperándolas en la sala.

Mi madre se sentó al lado de Nona. —Belly, tu ve primero. Voy a platicar con Nona, —Y por “platicar” sabía que ella quería decir que iba a fumar un cigarrillo. Ella y Nona se habían vuelto bastante amigables.

Nona era pragmática y demasiada intensa espiritualmente. Invitó a mi madre a ir a la iglesia con ella una vez, y a pesar de que mi madre no era religiosa en lo más mínimo, ella fue. Primero pensé que estaba solo bromeando con Nona, pero luego comenzó a ir a la iglesia sola cuando regreso a casa, noté que era más que eso. Ella estaba buscando algún tipo de paz.

Dije, — ¿Yo sola? —Y me arrepentí de inmediato. No quería que ninguna de ellas me juzgara por tener miedo. Ya me juzgaba bastante yo misma.

—Esta esperándote a ti, —dijo mi madre.

Tenía razón. Ella estaba sentada en la sala, y llevaba su ropa normal y no su pijama. Se había puesto maquillaje. Su rubor estaba brillante y llamativo en contraste con su piel terrosa. Había hecho un esfuerzo, para mí. Así que no me asuste. Así que pretendí no estar asustada.

—Mi chica favorita —dijo, abriendo sus brazos para mí.

La abracé, tan cuidadosamente como pude, le dije que parecía mucho mejor. Mentí.

Ella dijo que Jeremiah no estaría en casa hasta la noche, que las chicas tenían la casa sola para sí mismas hasta la tarde.

Mi madre entro entonces, pero nos dejó a solas. Entró a la sala para decir un rápido hola y luego fue preparar el almuerzo mientras nosotros platicábamos.

Tan pronto como mi madre salió de la habitación, Susannah dijo, —Si estás preocupada por tener que correr cuando Conrad entre, no lo estés, cariño. Él no vendrá este fin de semana.

Tragué. — ¿Él te lo dijo?

Ella medio rió. —Ese chico no me dice nada. Tu madre mencionó que el baile no fue... como nosotros lo esperábamos. Lo siento, cariño.

—Él rompió conmigo, —Le dije. Era más complicado que eso, pero cuando tu enojo se ha extinguido, eso fue lo que ocurrió. Había ocurrido porque él lo quiso. Era él que siempre llamó—su decisión de estar o no estar juntos.

Susannah tomó mi mano y la sostuvo, —No odies a Conrad, —dijo.

—No lo hago, —mentí. Lo odio más que cualquier cosa. Lo amó más que todo. Porque él *era* todo. Y lo odió por eso, también.

—Connie está pasando por un momento muy duro con todo esto. Mucho. — Ella hizo una pausa y empujó mi cabello lejos de mi cara, su mano tocó mi frente como si tuviera fiebre. Como si fuera yo la que estaba enferma, quien necesitaba consuelo—. No dejes que él te empuje lejos. Él te necesita. Él te ama, tú lo sabes.

Negué con la cabeza—No, no lo hace —En mi cabeza, agregué, *La única persona a quien ama es a sí mismo. Y a ti.*

Ella actuó como si no me hubiera escuchado, — ¿Lo amas?

Cuando no respondí, ella asintió como si yo lo hubiera hecho. — ¿Podrías hacer algo por mí?

Lentamente, asentí.

—Cuida de él por mí. ¿Harás eso?

—No necesitas pedirme que lo cuide, Susannah, tú estarás aquí para hacerlo, — dije, y traté de no sonar desesperada, pero no me importaba.

Susannah sonrió y dijo, —Eres mi chica, Belly.

Después del almuerzo, Susannah tomó una siesta. No despertó hasta entrada la tarde, y cuando lo hizo, estaba irritada y desorientada. Ella golpeó a mi madre una vez, lo cual me aterrorizó. Susannah nunca golpeó a nadie. Nona trató de llevarla a la cama, y primero Susannah se rehusó, pero luego lo aceptó. De camino hacia su dormitorio, ella me dio un pequeño guiño.

Jeremiah llegó a casa alrededor de la cena. Me sentí aliviada de verlo. Él hacía todo más ligero, fácil. Solo con ver sabías que había un poco de allí.

Entró a la cocina y dijo, — ¿Qué es ese olor de quemado? Oh, Laurel está cocinando. ¡Hola, Laurel!

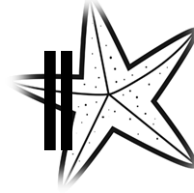
Mi madre le dio un manotazo con una servilleta. Él la esquivó y comenzó a buscar en broma donde olía a quemado.

—Hola, Jere, —Le dije. Estaba estada en un taburete, pelando frijoles.

Él me miró y dijo, —Oh, hola. ¿Cómo estás? —Luego se acercó a mí y me dio un abrazo rápido. Traté de buscar en sus ojos algo que me dijera como estaba, pero él no me dejó. Se mantuvo moviéndose alrededor, bromeando con Nona y mi madre.

De alguna manera, era el mismo Jeremiah, pero de otra manera, pude ver como esto lo había cambiado. Había envejecido. Todo le tomaba más esfuerzo, sus bromas, sus sonrisas. Nada era fácil nunca más.

## Capítulo II



**S**e sentía como si nunca antes hubiera hablando con Jeremiah. Yo estaba fingiendo estar dormida, y él estaba tamborileando sus dedos a lo largo del volante. Repentinamente, él dijo —Esta fue la canción de mi baile de graduación.

De inmediato abrí mis ojos y pregunté, — ¿En cuántos bailes has estado?

— ¿En total? Cinco.

— ¿Qué? Sí, claro. No te creo, —dije, aunque lo hacía. Por supuesto que Jeremiah había estado en cinco bailes. Él era exactamente ese chico, del tipo con el que todas quieren ir. Él sabe cómo hacer que una chica se sienta como la reina del baile, aunque ella no fuera nadie.

Jeremiah comenzó a dejar de tamborilear sus dedos. —El primer año, fui a dos, el mío y al de Flora Martínez en la escuela del Sagrado Corazón. Este año, fue a mi baile y a otros dos. Sophia Franklin en...

—Bien, bien. Lo entiendo. Eres demandado, —Me incliné hacia adelante y jugué con el control del aire acondicionado.

—Tuve que comprar un traje porque era más barato que alquilar uno y luego otra vez, —dijo. Jeremiah miró hacia adelante, y entonces dijo la última cosa que esperaba que dijera—. Te veías bien en la tuya. Me gustó tu vestido.

Lo miré fijamente. ¿Conrad le mostró nuestras fotos? ¿Él le dijo algo? — ¿Como lo sabes?

—Mi mama tiene una fotografía enmarcada.

No esperaba que él se lo mostrara a Susannah. Pensé que el baile era un tema seguro. Dije, —Escuché que tú fuiste el rey en tu baile.

—Sí.

—Apuesto a que fue divertido.

—Sí, fue bastante divertido.

Debería de haber ido con Jeremiah en su lugar. Si hubiera estado con Jeremiah, las cosas hubieran sido diferentes. Él habría dicho las cosas correctas. Podría haber estado con Jeremiah en el centro de la pista de baile, haciendo todo tipo de bailes estúpidos que practicaba cuando veíamos MTV. Él se habría acordado de que las margaritas eran mi flor favorita, y él se hubiera hecho amigo del novio de Taylor, Davis, y todas las otras chicas hubieran estado mirándolo, deseando que él fuera su cita.

# Capítulo 12



Desde el comienzo sabía que no sería fácil hacer que Conrad fuera. Él no era el tipo de chico que va a la graduación. Pero la cosa era, que no me importaba. Realmente quería ir con él, que fuera mi cita. Habían sido siete meses desde la primera vez que nos besamos. Dos meses desde la última vez que lo vi. Una semana desde la última vez que él había llamado.

Ser una cita para una graduación era algo definible; era una cosa real. Y tenía está fantasía de la graduación en mi cabeza, como sería. Como él me vería, como sería cuandouviéramos un baile lento, él pondría su mano en la parte baja de mi espalda. Como comeríamos papas fritas con queso en la cena después, y mirar la salida del sol en el toldo de su auto. Lo había planeado todo, como sería.

Cuando él me llamo esa noche, sonaba ocupado. Pero lo deje pasar de todas maneras. Le pregunté, — ¿Qué vas hacer el primer fin de semana de abril? — Mi voz tembló cuando dije la palabra “abril.” Estaba tan nerviosa de que dijera que no. De hecho, muy en el fondo de mí esperaba eso.

Con cautela, preguntó — ¿Por qué?

— Es mi baile de graduación.

Él suspiró. — Belly, odio los bailes.

— Sé eso. Pero es mi graduación, y realmente quiero que vayas, y quiero que lo hagas conmigo. — ¿Por qué tenía que hacerlo todo tan difícil?

— Estoy en la Universidad ahora, — me recordó—. No quise ni ir a mi propia graduación.

Ligeramente contesté, — Bueno, ves, hay más de una razón para que vayas a la mía.

— ¿No puedes ir con tus amigos?

Me quede en silencio.

— Lo siento. Solo que realmente no siento ganas de ir. Los finales ya vienen, y será difícil para mí manejar todo el camino por solo una noche.

Así que no podía hacer está cosa por mí, por hacerme feliz. Él no sentía ganas de ir. Bien, — Está bien, — dije—. Hay muchos otros chicos con los que podría ir. No hay problema.

Pude escuchar su mente trabajar al final. — No importa. Yo te llevaré, — dijo por lo menos.

— ¿Sabes qué? No te preocupes por ello, — dije—. Cory Wheeler ya me invito. Puedo decirle que cambié de idea.

— ¿Quién demonios es Cory Wheeler?

Sonreí. Ahora sí que lo tenía. O por lo menos pensaba que así era, —Cory Wheeler. Él juega soccer con Steven. Es un buen bailarín. Es más alto que tú.

Pero entonces Conrad dijo, —Creo que entonces podrás usar tacones.

—Creo que lo hare.

Colgué. ¿Era demasiado pedirle que fuera mi cita en el baile por una maldita noche? Y había mentido acerca de Cory Wheeler; él no me había invitado. Pero sabía que lo haría, si lo hago pensar que quiero que lo haga.

En cama, bajo mi edredón, lloré un poco. Tenía está idea de la noche perfecta del baile en mi mente, Conrad en un traje y yo en el vestido púrpura que mi madre me había comprado hace dos veranos, por el que le rogué. Él nunca me había visto con un vestido antes, o usando tacones, para el caso. Yo realmente, realmente lo quería ahí.

Más tarde, él llamó y dejé que la llamada pasara directamente al correo de voz. En el mensaje él decía. *“Hey, lo siento por lo de antes. No vayas con Cory Wheeler o cualquier otro chico. Yo iré. Y aun puedes usar los tacones.”*

Debí haber escuchado el mensaje treinta veces por lo menos. Incluso, realmente no escuché lo que estaba diciendo— él no quería que fuera con otro chico, pero él no quería ir conmigo tampoco.

Usé el vestido púrpura. Mi madre estaba complacida. Podía decirlo. También use el collar de perlas que Susannah me había dado en mi cumpleaños número dieciséis, y eso la complació también. Taylor y las otras chicas habían arreglado su cabello en un salón lujoso. Yo decidí arreglar el mío yo misma. Enrule mi cabello en ondas sueltas y mi madre me ayudo con la parte de atrás. Creo que la última vez que ella peinó mi cabello fue en segundo grado, cuando usaba mi cabello en trenzas todos los días. Ella era buena con el rizador, pero entonces, era buena en muchas otras cosas.

Tan pronto como escuché su carro estacionarse en la entrada. Corrí a la ventana. Él se veía hermoso en su traje. Era negro; no lo había visto antes.

Me puse en marcha bajando las escaleras y prácticamente me arrojé a la puerta para abrirla antes de que tocara el timbre. No podía dejar de sonreír y estaba a punto de arrojar mis brazos sobre él cuándo dijo, —Te ves bien.

—Gracias, —dije y mis brazos regresaron a mis costados—. Tú también.

Debimos haber tomado cientos de fotos en la casa. Susannah dijo que quería una prueba fotográfica de Conrad en traje y de mí en vestido. Mi madre tenía a Susannah en el teléfono con nosotros. Primero se lo dio a Conrad, y cualquiera que haya sido lo que dijo, él respondió, —Lo prometo. —Me preguntó qué estaba prometiendo.

Me pregunté si un día, Taylor y yo seremos así- en el teléfono mientras nuestros hijos se alistan para el baile de graduación. La amistad de mi madre y Susannah había pasado por décadas e hijos y esposos. Me pregunté si mi amistad con Taylor estaba hecha de lo mismo que la de ellas. Esa cosa durable, impenetrable. De alguna manera lo dudaba. Lo que ellas tenían, era una sola vez en la vida.

A mí, Susannah me dijo, — ¿Te hiciste el cabello como lo habíamos hablado?

—Sí.

— ¿Te dijo Conrad lo hermosa que te ves?

—Sí, —dije, aunque no fue exactamente lo que él dijo.

—Está noche será perfecta. —Me prometió.

Mi madre nos posiciono en los primeros escalones, en las escaleras, cerca de la chimenea. Steven estaba ahí con su cita, Claire Cho. Ellos reían todo el tiempo, y cuando tomaron sus fotografías, Steven estaba parado tras de ella con sus brazos alrededor de su cintura mientras ella se recargaba en él. Era algo tan fácil. En nuestras fotos, Conrad se paro rígido al lado de mí, con un brazo alrededor de mis hombros.

— ¿Todo está bien? —susurré.

—Sí, —dijo. Me sonrió, pero no se lo creí. Algo había cambiado. Pero no sabía qué.

Le di una flor de orquídeas en el ojal de su traje. Él había olvidado traer mi ramillete. Dijo que lo había dejado en el pequeño refrigerador en su escuela. No estaba triste o molesto. Me sentía avergonzada. Al mismo tiempo, me había hecho una gran ilusión sobre Conrad y yo, como éramos alguna especie de pareja. Pero tuve que rogarle que fuera conmigo a la graduación y ni siquiera había recordado traerme flores.

Claire sacó unas cuantas rosas de su ramillete y me las dio. —Toma, —dijo—. Vamos hacerte un prendedor.

Le sonreí y le mostré cual agradecida estaba. —Está bien. No quiero hacer un agujero en mi vestido —dije. Que mentira. Ella no me creyó, pero pretendió hacerlo. Dijo—. ¿Qué tal si las ponemos en tu cabello? Se verían muy bien ahí.

—Claro, —dije. Claire Cho era linda. Esperaba que ella y Steven no rompieran nunca. Esperaba que ellos estuvieran juntos por siempre.

Después de lo del ramillete. Conrad se puso más rígido. En el camino al auto, me tomó de la muñeca y dijo en voz baja. —Lo siento por olvidar tu ramillete. Debí haberlo recordado.

Tragué pesadamente y le sonreí sin abrir mi boca. — ¿De qué tipo era?

—Una orquídea blanca, —dijo—. Mi mamá lo escogió.

—Bueno, para mi próximo baile tendrás que darme dos ramilletes para compensar esto, —dije—. Usaré uno en cada muñeca.

Lo miré mientras lo decía. *Estaremos juntos todo el año ¿no es así? Es lo que quería preguntar.*

Su rostro no cambió. Tomó mi brazo y dijo, —Lo que digas, Belly.

En el auto, Steven nos miró por el espejo retrovisor. —Amigo, no puedo creer que voy en una doble cita contigo y mi pequeña hermana. —Sacudió la cabeza riendo.

Conrad no dijo nada.



Podía ver mi perfecta noche alejándose de mí.

La graduación era para el último y penúltimo año. Esa era la manera en la que nuestra escuela lo hacía. De una manera, era agradable porque ibas a la graduación dos veces. Los de último año votaban por el tema, y este año, el tema era el Antiguo Hollywood. Era en el club de natación. Y había una alfombra roja y “paparazzi.”

El comité del baile había ordenado uno de esos kits, esos paquetes de graduación. Costó un montón de dinero, lo fueron reuniendo desde la primavera. Había posters de películas viejas en las paredes y un gran anuncio de Hollywood. La pista de baile se suponía que era un set, con luces y cámaras falsas colgadas en el techo y un trípode. Había una silla de director a un lado.

Nos sentamos en la mesa de Taylor y Davis. Con sus tacones de nueve pulgadas, éramos de la misma altura.

Conrad abrazó a Taylor como saludo, pero no hizo mucho esfuerzo para hablar con Davis. Él estaba incomodo en su traje, solo sentado ahí. Cuando Davis abrió su chaqueta y le enseñó a Conrad su ánfora plateada, lloriqueé. Tal vez Conrad estaba muy grande para eso.

Entonces vi a Cory Wheeler en la pista de baile. En el centro de un círculo de personas, incluyendo a mi hermano y Claire. El bailaba break dance.

Me recargué cerca de Conrad y susurre. —Ese es Cory.

— ¿Quién es Cory? —me dijo.

No podía creer que no lo recordara. Simplemente no lo podía creer. Lo miré por unos segundos, buscando en su rostro, y entonces me moví de su cercanía. —Nadie, —dije.

En el baño, Taylor retocó su brillo labial y me susurró. —Davis y yo vamos a ir al dormitorio de su hermano después de la graduación.

— ¿Para qué? —dije buscando en mi pequeño bolso mi brillo labial.

Ella me paso el suyo. —Para tú sabes. Estar *a solas*. —Los ojos de Taylor se agrandaron con énfasis.

— ¿Enserio? Wow. —Dije lentamente—. No sabía que te gustaba tanto.

—Bueno, tú has estado ocupada con tu drama con Conrad, el cual, por cierto se ve caliente, pero ¿Por qué se ve tan aburrido? ¿Tuvieron una pelea?

—No... —no podía mirarla a los ojos, así que solo seguí aplicándome el labial.

—Belly, no dejes que te arruine esto. Está es tú noche de graduación, quiero decir, él es tu novio ¿cierto? —dijo, moviendo su cabello. Posando en el espejo—. Por lo menos hazlo bailar contigo.

Cuando volvimos a la mesa, Conrad y Davis hablaban sobre el torneo de la NCAA<sup>1</sup>, lo cual me relajó un poco. Davis era UConn<sup>2</sup> fan, y Conrad era fan de

<sup>2</sup> Asociación Nacional Atlética Colegial

<sup>3</sup> Universidad de Connecticut

UNC3<sup>4</sup>. El mejor amigo del Sr. Fisher había estado en el equipo, Conrad y Jeremiah eran grandes fans. Conrad podía hablar del básquetbol de Carolina por siempre.

Una canción lenta comenzó y Taylor y Davis fueron a la pista de la mano. Los vi bailar, su cabeza en su hombro, sus manos en sus caderas. Muy pronto, Taylor ya no sería virgen. Ella siempre ha sido la primera.

— ¿Tienes sed? — me pregunto Conrad.

— No — dije —. ¿Quieres bailar?

Él dudo. — ¿Tenemos que hacerlo?

Traté de sonreír. — Vamos, tú eres quien supuestamente iba a enseñarme a bailar lento.

Conrad se levantó y me ofreció su mano. — Vamos a bailar.

Le di mi mano y lo seguí hasta la mitad de la pista de baile. Bailamos lento, y estaba feliz de que la música fuera tan fuerte que él no pudiera escuchar los latidos de mi corazón.

— Me alegro que hayas venido, — dije mirándolo.

— ¿Qué? — Me preguntó.

Fuerte, le dije. — Dije que me alegra que hayas venido.

— A mí también, — su voz sonaba extraña: recuerdo eso, la manera en que su voz sonó.

Incluso si él estaba parado justo frente a mí, sus manos en mi cintura, la mía alrededor de su cuello, nunca lo había sentido tan lejano.

Después de eso, nos sentamos en nuestra mesa. Él dijo. — ¿Quieres ir algún lado?

— Bueno, las fiestas después del baile no comienzan hasta pasada la media noche, — dije, jugueteando con una perla de mi collar. No podía mirarlo.

Conrad dijo. — No, quiero decir, tú y yo. Ir algún lugar donde podamos hablar.

De repente, me sentí mareada. Si Conrad quería ir algún lado donde podamos hablar a solas, significaba que quería terminar conmigo. Lo sabía.

— No vamos a ir a ningún lado, solo nos quedaremos aquí por un rato, — dije y traté de no sonar desesperada.

— Está bien, — dijo.

Nos quedamos ahí sentados mirando a todos bailar, sus rostros resplandecientes, el maquillaje corrido. Me quite la flor del cabello y la guarde en mi bolso.

Estuvimos tranquilos un momento, entonces dije. — ¿Tú mamá te hizo venir? — rompió mi corazón preguntarlo, pero tenía que saber.

— No, — dijo, pero espero mucho tiempo para contestar.

---

<sup>4</sup> Universidad del Norte de Carolina



En el estacionamiento, comenzó a lloviznar. Mi cabello, él que pase enrulando toda la tarde, estaba cállenlo liso. Estábamos caminando hacia el auto cuando Conrad dijo. —Mi cabeza me está matando.

Dejé de caminar. — ¿Quieres que entre de nuevo para ver si alguien tiene una aspirina?

—No, está bien. Sabes algo. Tal vez deba volver a la escuela. Tengo un examen el lunes y todo eso. ¿Estaría bien si no vamos a alguna fiesta? Todavía puedo dejarte. —Él no veía mis ojos cuando hablaba.

—Pensé que te quedarías esta noche.

Conrad jugueteó con sus llaves y murmuro. —Lo sé, pero pienso que debería volver... —su voz se quebró.

—Pero no quiero que te vayas, —dije y odié sonar como si estuviera rogando.

Él metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones. —Lo siento, —dijo.

Nos quedamos en el estacionamiento, y pensé. *Si nos metemos al carro, todo se acabó, él me dejará y conducirá a la escuela y nunca volverá. Y eso será todo.*

— ¿Qué pasa? —Le pregunté y podía sentir el pánico creciendo en mi pecho—. ¿Hice algo mal?

Él miro a otro lado. —No, no eres tú. No tiene nada que ver contigo.

Agarré su brazo, él se estremeció. — ¿Puedes por favor solo hablar conmigo? ¿Decirme que está pasando?

Conrad no dijo nada. Él estaba deseando estar ya en su auto, conduciendo lejos. Lejos de mí. Quería golpearlo.

Dije —Bien, está bien entonces. Si no vas a decir nada yo lo haré.

— ¿Si no voy a decir qué?

—Que hemos terminado. Eso, lo que sea que es esto, está terminado ¿Es cierto? —estaba llorando, y todo eso mezclado con la lluvia, hundí mi rostro en mi brazo.

Él dudo. Lo vi dudar, sopesando sus palabras. —Belly...

—No, —dije, alejándome de él—. Solamente no. No me digas nada.

—Espera un momento, —dijo—. No dejes esto así.

—Tú eres el que lo está dejando así—dije comenzando a caminar lo más rápido que mis pies podían con estos estúpidos tacones.

— ¡Espera! —gritó.

No me di la vuelta, caminé más rápido. Luego lo oí azotar su puño en el cofre del auto. Y casi me detuve.

Tal vez lo habría hecho si me hubiera seguido. Pero no lo hizo. Él subió a su auto y se fue, como dijo que haría.

A la mañana siguiente, Steven vino a mi habitación y se sentó en mi escritorio. Acababa de llegar a casa. Aún usaba su traje. —Estoy dormida.

—No lo estas...Conrad no lo vale, ¿Está bien?

Sabía lo que le costaba decirme eso, y lo amaba por eso. Steven era el fan número uno de Conrad; siempre ha sido así. Cuando Steven se levantó y se fue me repetí. *No, él no vale la pena.*

Cuando baje, al día siguiente a la hora de almorzar, mi madre me dijo, — ¿Estás bien?

Me senté en la mesa de la cocina y bajé mi cabeza. La madera se sentía fría y suave contra mí mejilla. La miré y dije, —Así que supongo que Steven te lo dijo.

Cuidadosamente, dijo. —No exactamente. Le pregunté porque Conrad no se había quedado en la noche como estaba planeado.

—Rompimos, —dije. De una manera era emocionante escucharlo decir en voz alta, porque si rompimos significa que en algún punto estuvimos juntos. Fuimos reales.

Mi madre se sentó frente a mí y suspiró. —Tenía miedo de que esto pasara.

— ¿A qué te refieres?

—Quiero decir, ya es complicado que solo sea tú y Conrad. Hay más personas involucradas que solo ustedes dos.

Quería gritarle, decirle lo insensible que era, lo cruel que estaba siendo y no pude ¿Ella no podía ver que mi corazón estaba roto literalmente? Pero cuando miré su rostro, me trague las palabras. Ella tenía razón. Había más de que preocuparse que solo mi estúpido corazón. Estaba Susannah. Ella iba a estar decepcionada. Odiaba decepcionarla.

—No te preocupes por Beck, —me dijo mi madre con voz gentil—. Se lo diré. ¿Quieres que te haga algo de comer?

Dije que sí.

Más tarde en mi cuarto, sola de nuevo, me dije que era mejor de esta manera. Que él estuvo esperando terminar las cosas desde hace tiempo, así que era mejor que yo lo hiciera primero. No creía una sola palabra de eso. Si él me llamaba y me pedía volver, si él aparecía en la casa con flores o un equipo de música en sus hombros tocando nuestra canción. ¿Tenemos si quiera una canción? No lo sabía, pero si él hubiera tenido el mínimo gesto, lo habría aceptado de vuelta con gusto. Pero Conrad no llamó.

Cuando supe que Susannah estaba peor, que ella no iba a mejorar. Llame una vez. Él no contestó, y yo no deje un mensaje. Si él hubiera contestado, si me hubiera llamado de regreso, no sé qué le habría dicho.

Y eso fue todo. Habíamos terminado.

# Capítulo 13



## *Jeremiah*

Cuando mi mamá se enteró de que Conrad llevaría al baile a Belly, ella estuvo fuera de sí. Estaba loca de felicidad. Tú pensarías que ellos se iban a casar o algo así. No había estado así de feliz en mucho tiempo, y parte de mí se alegró de que él pudiera darle eso. Pero sobre todo estaba celoso. Mi mamá lo llamaba a la escuela, recordándole las cosas, como que debería asegurarse de rentar su traje a tiempo. Ella dijo que quizás podría pedirme prestado el mío, y dije que dudaba que le quedara. Ella dejó de insistir, lo cual me hizo sentir aliviado. Terminé yendo al baile con alguna chica de la escuela esa noche, así que él no podría haberlo usado de todos modos. El punto es, que incluso si él fuera de mi talla, yo no quería que él lo usara.

Ella le hizo prometerle que él sería lindo con ella, un perfecto caballero. Dijo, — Haz que sea una noche que recuerde para siempre.

Cuando llegué a casa por la tarde, después del baile, el auto de Conrad estaba en la calle, fue raro. Pensé que él se quedaría en la casa de Laurel y luego iría directo hacia la escuela. Me detuve en su habitación, pero él estaba durmiendo, y muy poco después, yo también me desmayé.

Esa noche ordenamos comida china, ya que mamá dijo que estaba de humor para comer eso, pero cuando llegó, ella no comió nada.

Comimos en la habitación de la televisión, en el sofá, algo que nunca hicimos desde que ella se enfermó. — ¿Y? —preguntó, mirando hacia Conrad totalmente entusiasmada. Estaba más enérgica de lo que había estado en todo el día.

Él estaba empujando un rollo primavera en su garganta, como si estuviera en un gran problema. Y había llevado toda su ropa a lavar a casa con él, como si esperara que mamá lo hiciera. — ¿Y qué? —preguntó él.

— ¡Me has hecho esperar todo el día para escuchar sobre el baile! ¡Quiero saberlo todo!

—Oh, eso, —dijo. Tenía esa mirada avergonzada en su cara, y sabía que no quería hablar sobre ello. Estaba seguro que él hizo algo para meter la pata.

—Oh, eso, —mi mamá bromeó—. Vamos, Connie, dame algunos detalles. ¿Cómo lucía con su vestido? ¿Bailaste? Quiero escuchar todo. Aún estoy esperando que Laurel me envíe las fotografías.

—Estuvo bien, —dijo Conrad.

— ¿Eso es todo? — dije. Estaba molesto con él esta noche, con cualquier cosa que tenga que ver con él. Él había llevado a Belly al baile y actúa como si no fuera la gran cosa. Si se hubiera tratado de mí, yo hubiera hecho lo correcto.

Conrad me ignora. — Ella se veía realmente linda. Uso un vestido púrpura.

Mi mamá asintió, sonriendo. — Sé exactamente cuál. ¿Cómo era el ramillete?

Él se removió incomodo en su asiento. — Era lindo.

— ¿Cuál terminaste comprando, del tipo prendedor o del tipo que se coloca en la muñeca?

— Del tipo prendedor. — dijo él.

— ¿Y bailaste?

— Sí, un montón, — dijo—. Bailamos, como, todas las canciones.

— ¿Cuál fue el tema?

— No lo recuerdo, — dijo Conrad, y cuando mi madre se vio decepcionada agregó—. Creo que era Una Noche en el Continente. Era, como, un tour de Europa. Había una gran Torre Eiffel, con luces de árbol de navidad encendidas, y un Puente de Londres donde podías caminar. Y la Torre Inclinada de Pisa.

Miré hacia él. Una Noche en el Continente fue el tema en nuestra escuela en el baile del año anterior; Lo sé porque yo estaba allí.

Pero supongo que mi madre no lo recordó, porque dijo, — Oh, eso suena tan lindo. Deseo haber estado en casa de Laurel para ayudar a Belly a prepararse. Voy a llamarle a Laurel esta noche para apresurarla a que me envíe esas fotos. ¿Cuándo crees que puedes conseguir tener fotografías profesionales? Las quiero enmarcar.

— No estoy seguro, — dijo él.

— Pregúntale a Belly, ¿sí? — Ella puso su plato en la mesa de café y se recostó en los cojines del sofá. Ella parecía de repente agotada.

— Lo haré.

— Creo que ahora me voy a la cama, — dijo—. Jere, ¿Puedes limpiar todo?

— Seguro, mamá, — dije, ayudándola a ponerse de pie.

Ella nos beso a los dos en la mejilla y se fue a su dormitorio. Nosotros movimos su dormitorio en el estudio, así ella no tenía que subir y bajar las escaleras.

Cuando ella se fue, dije sarcásticamente, — Así que bailaron toda la noche, ¿eh?

— Déjalo pasar, — dijo Conrad, apoyando su cabeza contra el sofá.

— ¿Incluso fuiste al baile? ¿O le mentiste a mamá sobre eso, también?

Me miró fijamente, — Sí, fui al baile.

— Bueno, de alguna manera dudo que hayan bailado toda la noche, — dije. Me sentía como un idiota, pero no podía dejarlo pasar.

— ¿Por qué tienes que ser un cabrón? ¿Qué te importa a ti el baile?

Me encogí de hombros. — Sólo espero que no se lo hayas arruinado a ella. ¿Qué estabas haciendo aquí, de todos modos?

Esperé que él se molestara, de hecho, estaba esperanzado de que lo hiciera. Pero todo lo que dijo fue, —No todos podemos ser el Rey del Baile, —comenzó a cerrar las cajas de comida para llevar—. ¿Ya terminaste de comer? —preguntó.

—Sí, ya, —dije.

## Capítulo 14



Cuando condujimos hasta el campus, había gente paseando afuera en el césped. Las chicas estaban recostadas en shorts y tops de bikini, y un grupo de chicos estaban jugando lanzar discos voladores. Encontramos estacionamiento justo en frente del dormitorio de Conrad y luego entramos al edificio cuando una chica salía con una canasta de lavandería llena de ropa. Me sentí tan increíblemente niña y también perdida. Nunca había estado allí antes. Era diferente a como lo había imaginado. Más ruidoso. Más actividad.

Jeremiah sabía el camino y tenía que darme prisa para ir a su paso. Subió las escaleras de dos en dos y en el tercer piso, paramos. Lo seguí por un pasillo brillantemente iluminado. En la pared, por el ascensor, había un boletín con un cartel que decía, *vamos a hablar sobre sexo, cariño*. Había folletos de ETS y como hacerse un examen de mama, y preservativos de neón fueron engrapados ingeniosamente alrededor. "Toma uno", alguien había escrito con marcador fluorescente. "O tres".

La puerta de Conrad tenía su nombre en ella y por debajo de este, el nombre "Eric Trusky." Su compañero era un chico fornido, musculoso con cabello marrón rojizo y abrió la puerta vistiendo shorts de gimnasio y una camiseta. — ¿Qué onda? — preguntó, sus ojos se posaron sobre mí. Me recordó a un lobo.

En lugar de sentirme halagada porque un chico de universidad se estaba fijando en mí, me sentí perturbada. Quería ocultarme detrás de Jeremiah del mismo modo que solía esconderme detrás de la falda de mi madre cuando tenía cinco años y era realmente tímida. Tuve que recordarme a mi misma que yo tenía 16 años, casi 17. Era demasiado grande para estar nerviosa cerca de un tipo llamado Eric Trusky. Incluso aunque Conrad me dijo que Eric siempre le estaba reenviando videos porno y se lo pasaba en su computadora casi todo el día. Excepto cuando tenía clase de dos a cuatro.

Jeremiah aclaro su garganta. — Soy hermano de Conrad, y esta es... nuestra amiga, — dijo él—. ¿Sabes dónde está?

Eric abrió la puerta y nos dejo pasar — Amigo, no tengo ni idea. Se acaba de ir. ¿Ari te llamo?

— ¿Quién es Ari? — Le pregunté a Jeremiah.

— El AA<sup>5</sup> — dijo.

— Ari el AA — Repetí, y las comisuras de la boca de Jeremiah se elevaron.

— ¿Quién eres tú? — Me preguntó Eric.

---

<sup>5</sup> Asesor Académico



—Belly —Lo observe, esperando un atisbo de reconocimiento, algo que me permitiera saber si Conrad le habló sobre mí o al menos mencionado. Pero por supuesto no hubo nada.

—Belly, ¿eh? Es lindo. Soy Eric —dijo, recargándose contra la pared.

—Umm, hola, —dije.

—Así que... ¿Conrad no te dijo nada antes de marcharse? —intervino Jeremiah.

—Apenas habla. Es como un androide —Entonces me sonrió—. Bueno, él habla con chicas guapas.

Me sentí enferma por dentro. ¿Qué chicas guapas? Jeremiah exhalo ruidosamente y juntos sus manos por detrás de su cabeza. Entonces sacó su teléfono y lo miró, como si se pudiera haber alguna respuesta allí.

Me senté sobre la cama de Conrad: Sabanas y edredón de la Marina. Estaba desatendida. Conrad siempre tendía su cama en la casa de verano.

Metía las esquinas de las sabanas como en los hoteles y todo.

Así que, aquí era donde había estado viviendo. Esta era su vida ahora.

Él no tenía muchas cosas en su cuarto. No televisión, no equipo de música, no fotografías colgadas. Ciertamente, ninguna mía, pero ni siquiera alguna de Susannah o su papá. Solo su computadora, su ropa, algunos zapatos y libros.

—De hecho estaba a punto de irme, chicos. Voy a la casa de campo de mis padres. ¿Podrían asegurarse de cerrar la puerta cuando se vayan? Y cuando encuentren a C, díganle que me debe 20 dólares por la pizza.

—No te preocupes hombre. Yo le digo —Podría decir que a Jeremiah no le agradó Eric, por la manera en que sus labios casi no sonrieron cuando lo dijo. Se sentó sobre el escritorio de Conrad, estudiando la habitación. Alguien tocó la puerta y Eric fue a abrirla. Era una chica, vestía una camisa de mangas largas, unas mayas y gafas de sol en la parte superior de su cabeza. — ¿Has visto mi suéter? —Le pregunto. Ella miraba a su alrededor como si buscara algo. A alguien

*Me pregunto si han salido juntos*, Ese fue mi primer pensamiento. Mi segundo pensamiento fue, *Soy más bonita que ella*. Me avergoncé de mí misma por pensar eso, pero no podía evitarlo. La verdad era, no importaba quien era más guapa, ella o yo. Él no me quería de todas formas.

Jeremiah salto — ¿Eres amiga de Con? ¿Sabes a donde fue? —Ella nos miro con curiosidad. Podía decir que ella pensaba que Jeremiah era lindo, por la manera que llevo su cabello detrás de su oreja y se quito los lentes de sol.

—Umm, si. Hola. Soy Sophie. ¿Quién eres tú?

—Su hermano —Jeremiah se acerco para estrecharle la mano. Incluso aunque estaba estresado, se tomo su tiempo para observarla y darle una de sonrisas de marca, la cual ella le devolvió.

—Oh, wow. ¿Ustedes ni siquiera se parecen? —Sophie era una de esas personas que terminaba sus oraciones con una entonación de interrogación. Podría afirmar que si la conociera, la odiaría.

—Sí, nos lo dicen mucho —dijo Jeremiah—. ¿Te dijo algo Con, Sophie?

A ella le gusto la manera en la que él la llamo por su nombre. Dijo, — ¿Creo que dijo que iría a la playa, a surfear o algo? Está tan loco.

Jeremiah volteo a verme. La playa. El estaba en la casa de verano.

Cuando Jeremiah llamo a su papá yo me senté en la cama de Conrad y fingí no escucharlo. Él le dijo al Sr. Fisher que todo estaba bien, que Conrad estaba a salvo en Cousins. No menciono que yo estaba con él.

Dijo, —Papa, iré por él, no es gran cosa, —El señor Fisher dijo algo al final, y Jeremiah dijo—. Pero papá —Entonces me miró y moviendo los labios me dijo *Vuelvo en seguida*. Se dirigió al pasillo y cerró la puerta detrás de él.

Después de que se fue, me recosté en la cama de Conrad y observe el techo. Así que aquí era donde él dormía todas las noches. Lo he conocido toda mi vida, pero de alguna manera, él seguía siendo un misterio para mí. Un rompecabezas.

Me levante de la cama y me dirigí a su escritorio. Cautelosamente, abrí el cajón y encontré una caja de lapiceros, algunos libros y papel. Conrad siempre fue cuidadoso con sus cosas. Me dije a mi misma que no lo estaba *espiando*. Estaba buscando la prueba. Era Belly Conklin, Chica Detective.

La encontré en el segundo cajón. Una caja azul turquesa de Tiffany metida hasta el fondo. Incluso, mientras lo estaba abriendo, sabía estaba mal, pero no pude evitarlo. Era una pequeña caja de joyería, y había una cadena dentro, un colgante. Lo saque y dejar que colgara. Al principio pensé que era una figura de un ocho, y que tal vez él estaba saliendo con alguna patinadora de hielo, y también decidí que lo odiaba. Y, luego, la observé más detenidamente y lo coloqué de manera horizontal en la palma de mi mano. No era un ocho. Era un signo de infinito.

∞

Fue entonces cuando lo supe. No era para alguna patinadora o para Sophie de al fondo del pasillo. Era para mí. Él lo compro para mí. Aquí estaba mi prueba. La prueba de que a él realmente le importó. Conrad era bueno en matemáticas. Bueno, él era bueno en todo, pero era realmente bueno en matemáticas.

Algunas semanas después de que comenzáramos a hablar por teléfono, cuando todo se volvió más rutinario pero no menos emocionante, le conté todo acerca de cuanto odiaba la trigonometría y lo mal que me iba en ella. Enseguida me sentí culpable de haberlo mencionado. Ahí estaba yo, quejándome sobre las matemáticas cuando Susannah tenía cáncer. Mis problemas eran tan poca cosa y juveniles, tan de preparatoria, comparado con lo que atravesaba Conrad.

—Lo siento, —dije

— ¿Por qué?

—Por hablar sobre mi mierda de calificaciones de trigonometría cuando... —Mi voz se corto—. Cuando tu mamá está enferma.

—No te disculpes. Tu puedes contarme lo que quieras —Hizo una pausa—. Y Belly, my mama está mejorando. Subió 5 libras este mes.

La esperanza en su voz, me hizo sentir tan sensible hacia él que podría haber llorado. Le dije, —Sí, lo escuche de mi mamá ayer. Esas son realmente buenas noticias.

—Así que, está bien. ¿Y tu maestro ya te ha enseñado SENO-COSENOTANGENTE?

Desde entonces, Conrad comenzó a ayudarme, por el teléfono. Al principio realmente no prestaba atención, solo me gustaba oír su voz, escucharlo explicándome cosas. Pero entonces me interrogo, y odie decepcionarlo. Así comenzaron nuestras sesiones de tutoría. La manera que mi madre me sonrió maliciosamente cuando sonó el teléfono en la noche, supe que ella pensaba que teníamos una especie de romance, y no la corregí. Era más fácil de esa manera. Y me hacía sentir bien, que las personas pensarán que éramos una pareja. Lo admito. Los deje que lo creyeran. Quería que lo hicieran. Yo sabía que no era cierto, todavía no, pero se sentía como que podría ser. Un día. Mientras tanto, tuve mi propio tutor de matemáticas privado y realmente estaba empezando a cogerle el truco a las trigonometrías. Conrad tenía una forma de hacer que cosas imposibles tuvieran sentido, y nunca lo ame más que durante las noches de escuela que pasó conmigo en el teléfono, repasando los mismos problemas una y otra vez, hasta que finalmente, yo también los entendí.

Jeremiah regreso a la habitación, y yo cerré mi puño alrededor del collar antes de que pudiera verlo.

— ¿Y, que pasó? —pregunte—. ¿Está molesto tu papá? ¿Qué dijo?

—Quería ir a Cousins el mismo, pero le dije que yo lo haría. No hay manera de que Conrad escuche a mi papá en este momento. Si mi papá viene, solo lo haría enfadarse más —Jeremiah se sentó sobre la cama—. Entonces, supongo que vamos a ir a Cousins este verano después de todo.

Tan pronto como lo dije, se volvió real. En mi cabeza, quiero decir. Ver a Conrad no era una cosa lejana imaginaria; iba a pasar. Justo así olvide todo acerca de mis planes de salvar a Conrad y solté, —Tal vez deberías tirarme en el camino.

Jeremiah me miro. — ¿Hablas en serio? No puedo manejar esto yo solo. Tú no sabes lo malo que ha sido. Todo este tiempo, desde que mi mamá enfermo otra vez, Conrad ha estado en modo autodestructivo. No le importa nada —Jeremiah dejo de hablar y entonces añadió—. Pero yo se que a él aun le importa lo que tu pienses sobre él.

Lamí mis labios; de repente se sentían muy secos. —Yo no estoy tan segura de eso.

—Bueno, yo sí. Conozco a mi hermano. Por favor sólo ven con conmigo.

Cuando pensé en la última cosa que le dije a Conrad, la vergüenza se apodero de mí y me quemó por dentro. No le dices ese tipo de cosas a una persona cuya madre acababa de morir. Simplemente no lo haces. ¿Cómo podría enfrentarlo? Simplemente no podía. Entonces, Jeremiah dijo, —Te traeré de vuelta a tiempo para tu fiesta en el barco, si es eso lo que te está preocupado tanto.

Lo que dijo fue tan no-Jeremiah, que me sacó de mi espiral de vergüenza y voltéé a verlo. — ¿Crees que me importa una estúpida fiesta de cuatro de julio, en un barco?

Me miró. —Te encantan los fuegos artificiales.

—Cállate —Le dije, y él sonrió—. De acuerdo. Tú ganas. Iré.

—Muy bien, entonces —Se levantó—. Voy a orinar antes de irnos. Ah, ¿Y, Belly?

— ¿Sí?

Jeremiah me sonrió de manera arrogante. —Sabía que ibas a ceder. Nunca tuviste ninguna oportunidad.

Le lancé una almohada y él la esquivó e hizo una pequeña vuelta de victoria hacia la puerta.

—Date prisa y orina, idiota.

Cuando él se había ido, me puse el collar, debajo de mi camiseta sin mangas. Había dejado una pequeña marca en mi mano, la había estado apretando muy fuerte.

¿Por qué hacerlo? ¿Por qué ponérmelo? ¿Por qué no sólo meterlo en mi bolsillo, o dejarlo en la caja? Aún no puedo explicarlo. Todo lo que sabía era que, real, realmente quería llevarlo puesto. Sentía que me pertenecía.

# Capítulo 15



**A**ntes de dirigirnos al carro tomé los libros, libretas y la laptop de Conrad y metí todo lo que pude en una mochila que encontré en su armario. —De esta manera podrá estudiar para los exámenes del lunes, —dije, entregando a Jeremiah la laptop.

Él lo aprobó y dijo, —Me gusta tu manera de pensar, Belly Conklin.

En el camino de salida, nos detuvimos con Ari, la habitación de él AA. Su puerta estaba abierta y estaba sentado en su escritorio. Jeremiah asomó su cabeza y dijo, —Hey, Ari. Soy el hermano de Conrad, Jeremiah. Encontramos a Conrad. Gracias por la información, hombre.

Ari sonrió en su dirección y dijo. —No hay problema. —Jeremiah hacía amigos a dondequiera que iba. Todos querían ser amigos de Jeremiah Fisher.

Entonces nos pusimos en camino. Nos dirigimos directamente a Cousins, y listo. Condujimos con las ventanas abajo, la radio alta. No hablamos mucho, pero en esta ocasión no me importó. Creo que ambos estábamos demasiado ocupados pensando. Yo, pensaba sobre la última vez que conduje por este camino. Sólo que no había sido con Jeremiah. Había sido con Conrad.

# Capítulo 16



**F**ue, sin duda, una de las mejores noches de mi vida. Justo encima del día de año nuevo en Disney World. Mis padres aun estaban casados y yo tenía nueve años. Vimos los fuegos artificiales justo sobre en el Palacio de Cenicienta, y Steven ni siquiera se quejó.

Cuando él llamó, no reconocí su voz, en parte porque no lo esperaba y en parte porque estaba aún soñolienta. Dijo, —Estoy en mi auto camino a tu casa. ¿Puedo verte?

Eran las doce y media de la madrugada. Boston estaba a cinco horas y medias de distancia. Manejo toda la noche. Quería verme.

Le dije que estacionara una calle abajo y me encontraría con él en la esquina, después de que mi madre se fuera a la cama. Él dijo que esperaría.

Apagué las luces y esperé junto a la ventana, observando las luces traseras. Tan pronto como vi su auto, quería corre fuera, pero tenía que esperar. Podía escuchar el ruido de mi madre alrededor de su habitación, y sabía que ella podía leer en su cama por al menos media hora antes de que cayera dormida. Se sentía como una tortura, sabiendo que él estaba allí afuera esperándome, sin poder ir con él.

En la oscuridad me puse una bufanda y un gorro que mi Abu me regalo para navidad. Luego cerré la puerta de mi dormitorio y de puntillas camine el pasillo de la habitación de mamá, presioné mi oído contra la pared. La luz estaba apagada y pude escucharla roncar suavemente. Steven ni siquiera estaba en casa aún, era una suerte para mí, porque él tenía el sueño ligero al igual que nuestro padre.

Mi madre finalmente dormía, la casa permanecía en calma y silencio. Nuestro árbol de navidad estaba arriba. Manteníamos las luces encendidas toda la noche porque nos hacía sentir el espíritu navideño, como si en cualquier momento, Santa pudiera llegar con los regalos. No me importo salir sin dejar una nota. La llamaría en la mañana, cuando se despertara y se preguntara donde estoy.

Me arrastré escalera abajo, cuidadosa de los pasos chirriantes, pero una vez que estuve fuera de la casa, estuve volando por los escalones de la entrada, cruzando el césped helado.

Mis zapatos crujían con mis pasos. Olvidé ponerme un abrigo. Recordé la bufanda y el gorro, pero no el abrigo.

Su auto estaba en la esquina, justo donde se suponía debía estar. El auto era oscuro, sin luces, y abrí la puerta del lado del pasajero, como si lo hubiera hecho millones de veces, pero no lo hice. Nunca había estado dentro. No lo había visto desde agosto.

Incliné mi cabeza hacia dentro, pero no entré, no aún. Quería mirarlo primero. Tenía que hacerlo. Era invierno, y él vestía un chamarra gris. Sus mejillas eran rosas por el frío, su bronceado ha desaparecido, pero aún tiene el mismo aspecto, —Hola, — dije, y luego me deslicé dentro.

—No estás usando un abrigo, —dijo.

—No hace frío, —dije, a pesar de que cuando hable estaba temblando.

—Aquí, —dice, quitándose su chamarra y entregándomela.

Me la puse. Era cálida, y no olía a cigarros. Sólo olía como a él. Así que Conrad dejó de fumar después de todo. La idea me hizo sonreír.

Él encendió el motor.

Dije, —No puedo creer que de verdad estés aquí.

Sonó casi tímido cuando dijo, —Yo tampoco, —Y entonces vaciló—. ¿Aún vendrás conmigo?

No podía creer que incluso preguntara. Iría a cualquier parte. —Sí, —Le dije. Se sentía como si nada existiera fuera de esa palabra, de este momento. Aquí, sólo nosotros. Todo lo que ocurrió este verano pasado, y cada verano antes, nos ha llevado a esto. Para ahora. Sentada junto a él en el asiento del copiloto se sentía como un regalo imposible. Se sentía como el mejor regalo de Navidad de mi vida. Porque él me sonreía, y no estaba sombrío, o solemne o triste, o cualquiera de las otras palabras que había llegado a asociar con Conrad. Era luz, era vivaz, era las mejores partes de él mismo.

—Creo que voy a ser doctor, —dijo, mirándome de lado.

— ¿En serio? Wow.

—La medicina es asombrosa. Durante un tiempo, pensé que me gustaría entrar en el campo de la investigación, pero ahora creo que más bien preferiría estar trabajando con personas reales.

Dudé y luego dije, — ¿Por lo de tu mamá?

Él asintió. —Está mejorando, sabes. La medicina lo está haciendo posible. Ella responde muy bien a su nuevo tratamiento. ¿Te platicó tú mamá?

—Sí, lo hizo, —dije. A pesar de que ella no había hecho eso. Probablemente no quería aumentar mis esperanzas. Ella probablemente no quiere aumentar sus propias esperanzas. Mi madre era así. No se permite emocionarse hasta que sabe que es algo seguro. Yo no. Ya me sentía más ligera, más feliz. Susannah estaba mejorando. Estaba con Conrad. Todo estaba sucediendo de la manera que debía.

Me incliné sobre él y le apreté el brazo. —Es la mejor noticia del mundo, —dije, y lo decía en serio. Él me sonrió, y estaba escrito en cara: esperanza.

Cuando llegamos a la casa, hacia muchísimo frío. Aumentamos la calefacción y Conrad prendió fuego. Lo observe agacharse y romper trozos de papel y empujarlos a la madera. Apuesto a que había sido gentil con su perro, Boogie. Apuesto que solía



dejar Boogie dormir en la cama con él. El pensamiento de camas y sueño de repente me puso nerviosa. Pero no debía de estarlo, porque después de encender el fuego, Conrad se sentó en el sillón reclinable y no en el sofá junto a mí. El pensamiento me llegó repentinamente: El estaba nervioso también. Conrad, quien nunca se ponía nervioso. Nunca.

— ¿Por qué te sientas hasta allá? —Le pregunté y pude escuchar mi corazón latiendo detrás de mis oídos. No podía creer que había sido lo suficientemente valiente como para decir lo que estaba pensando.

Conrad se veía sorprendido también, y vino a sentarse a mi lado. Me acerque a él. Yo quería que el merodeara con sus brazos. Quería hacer todas las cosas que sólo había visto en televisión y escuchar a Taylor hablar. Bueno, quizás no todo, pero si algunas cosas.

En voz baja, Conrad dijo, —No quiero que estés asustada.

Susurré, —No lo estoy —Aunque lo estaba. No estaba asustada por él, sino por todo lo que sentía. A veces era demasiado. Lo que sentía por él era más grande que el mundo, que todo.

—Bien —Respiró, y entonces estaba besándome.

Él me besó largo y lento y aunque nos habíamos besado una vez antes, yo nunca pensé que podría ser así. Tomó su tiempo; corrió a su mano a lo largo de la parte inferior de mi pelo, de la forma en que lo haces cuando caminas tocando campanas de viento.

Besarlo, estar con él así... era como una limonada fría con una paja larga, dulce y medida y agradable de una manera que se sentía infinita. La idea de que quería que nunca dejara de besarme cruzó mi mente. *Podría hacer esto para siempre*, pensé.

Nos besamos en el sofá de esa forma lo que podrían haber sido horas o minutos. Todo lo que hicimos esa noche fue besarnos. Fue cuidadoso, en la manera en que me tocaba, como si fuera un adorno de Navidad el cual él temía romper.

Una vez, murmuró, — ¿Estás bien?

Una vez, subí mi mano hasta su pecho y pude sentir su corazón latiendo tan rápido como el mío. Abrí los ojos y le eché un vistazo, y por alguna razón, me alegró verlo con los ojos cerrados. Sus pestañas eran más que largas que las mías.

Él fue el primer en quedarse dormido. Había escuchado algo acerca de no dormir con fuego encendido, así que esperé a que se apagara. Observe a Conrad dormir un rato. Parecía un niño pequeño, la forma de que su pelo caía en su frente y sus pestañas tocaban su mejilla. Ni siquiera lo recuerdo luciendo así de pequeño. Cuando estaba segura de que estaba dormido, me incliné hacia él, y susurré, — Conrad. Sólo eres tú. Para mí, siempre has sido sólo tú.



Mi madre enloqueció cuando descubrió que no estaba casa esa mañana. Perdí dos llamadas de ella porque estaba dormida. Cuando llamó por tercera vez, furiosa, le dije, — ¿No encontraste mi nota?

Entonces recordé que no le había dejado una.

Ella prácticamente gruñó. —No, yo no vi ninguna nota. No vuelvas a salir en medio de la noche sin decirme, Belly.

— ¿Incluso si solo voy a un dar paseo de medianoche? —Bromeé. Hacer que mi madre riera era una cosa segura. Yo diría una broma y su ira se evaporaría lejos. Comencé a cantar su canción favorita de Patsy Cline.

—I go out walkin', after midnight, out in the moonlight...

—No es gracioso. ¿Dónde estás? —Su voz era dura, cortante.

Dudé. No había nada que mi madre odiara más que a un mentiroso. Se enteraría de todas formas. Era como una psíquica. —Umm. ¿Cousins?

La escuche tomar aire. — ¿Con quién?

Volteé a verlo. Él escuchaba atentamente. Deseaba que no lo estuviera haciendo. —Conrad, —dije bajando la voz.

Me sorprendió su reacción. La escuche tomar aire nuevamente, pero esta vez fue más un suspiro, como un suspiro de alivio. — ¿Estas con Conrad?

—Sí.

— ¿Cómo esta él? —Era una pregunta extraña, que pasaba con ella a la mitad de su enojo conmigo.

Volteé a sonreírle y abaniqué mi rostro como si estuviera aliviada. Él me guiñó un ojo. —Genial —dije, relajándome.

—Bien, bien —dijo, pero fue como si ella se estuviera hablando a sí misma—. Belly, te quiero en la casa esta noche. ¿Está claro?

—Sí, —dije. Estaba agradecida. Pensé que me exigiría que me fuera enseguida.

—Dile a Conrad que conduzca con cuidado, —Hizo una pausa—. ¿Y Belly?

— ¿Sí, Laurel? —Ella siempre sonreía cuando la llamaba por su nombre.

—Diviértete. Este va a ser tu último día de diversión en mucho, mucho tiempo.

Gemí. — ¿Estoy castigada? —Estar castigada era una novedad; mi madre nunca me había castigado antes, pero creo que nunca le había dado una razón para hacerlo.

—Esa es una pregunta muy estúpida.

Ahora que ella ya no estaba enojada, no lo pude resistir. —Pensé que decías que no había ninguna pregunta estúpida.

Ella colgó el teléfono. Pero yo sabía que la había hecho sonreír.

Cerré mi teléfono y me volví hacia a Conrad. — ¿Qué hacemos ahora?

—Lo que queramos.

—Quiero ir a la playa.

Y eso fue lo que hicimos. Nos abrigamos y nos dirigimos a la playa en unas botas de lluvia que encontramos. Yo me puse las de Susannah, y también eran dos tallas más grandes y me mantuvieron resbalándome en la arena. Caí sobre mi trasero dos veces. Me reí todo el tiempo, pero apenas podía oírlo porque el viento soplaba muy fuerte. Cuando regresamos al interior, puse mis heladas manos en sus mejillas y en lugar de apártalas, él dijo, —Ahh, se siente bien.

Me reí y dije, —Eso es porque eres frío.

Puso mis manos en los bolsillos de su abrigo y dijo con una voz tan suave que me pregunte si había oído bien, —Para todo el mundo, tal vez. Pero no para ti. —Él me miró cuando dijo esto, por lo cual se que lo decía en serio.

No supe que decir, en cambio, me puse de puntitas y lo bese en la mejilla. Estaba frío y suave bajo mis labios.

Conrad sonrió brevemente y luego empezó a caminar. — ¿Tienes frío? — preguntó, de espaldas a mí.

—Algo así, —Respondí. Estaba ruborizada.

—Prenderé otra vez el fuego —dijo.

Mientras él trabajaba en el fuego, encontré una vieja caja de chocolate caliente Swiss Miss en la despensa, junto a los tés de Twinings y café Chock full o'Nuts de mi madre. Susannah solía hacernos chocolate caliente en los días de lluvia, cuando el aire estaba frío. Ella usaba leche, pero por supuesto no había ninguna, por lo que use agua.

Mientras me sentaba en el sofá y removía mi taza, viendo como los mini malvascos se desintegran, pude sentir mi corazón latiendo, como un millón de veces por minuto. Cuando estaba con él, no podía controlar mi respiración.

Conrad no paró de moverse. Rompía piezas de papel, las metía a las brasas, él estaba en cuclillas delante de la chimenea, apoyando su peso en un lado a otro.

— ¿Quieres tu cocoa? —Le pregunte.

Volteó hacia atrás en mi dirección. —Sí, claro.

Se sentó a mi lado en el sofá y bebió de la taza de los Simpson. Siempre fue su favorita. —Esto sabe...

— ¿Increíble?

—A polvo.

Nos miramos y nos reímos. —Para tu información, la cocoa es mi especialidad. Y de nada, —dije, tomando mi primer sorbo. Y si sabía un poco como a polvo.

Me observó y apunto a mi rostro. Luego levanto su mano y froto mi mejilla con su pulgar como si estuviera borrando una mancha. — ¿Tengo polvo de cocoa en mi cara? —pregunté, repentinamente paranoica.

—No, —dijo—. Sólo un poco sucio, perdón, quiero decir, pecas.

Reí y le di un golpe en el brazo, y luego tomó mi mano y me acercó a él. Retiro el mi cabello de mis de mis ojos, y me preocupo que él pudiera haber oído la manera en que saqué el aire en cuando me tocó.

Se estaba haciendo más y más oscuro fuera. Conrad suspiró y dijo, —Sera mejor que lleve de vuelta.

Baje la mirada hacia mi reloj. Eran a las cinco de la tarde. —Sí... Supongo que sería lo mejor.

Ninguno de los dos se movió. Levantó su mano y enrolló sus dedos en mi cabello, como una bola de estambre. —Me encanta lo suave que es tu pelo, —dijo.

—Gracias, —murmure. Nunca había pensado de mi cabello como algo especial. Era sólo cabello. Y era castaño y el castaño no era tan especial como el rubio o negro o rojo.

La forma en que lo miraba... a mí. Como si poseyera alguna especie de fascinación por él, como si él nunca se pudiera llegar a cansarse de tocarlo.

Nos besamos otra vez, pero fue distinto a la noche anterior. No había nada lento o perezoso esta vez. La forma en que me miraba... con urgencia, queriéndome, necesiándome. Era como una droga. Era querer más y más y más. Pero era yo quien quería más.

Cuando lo acerque más a mí, cuando puse mis manos debajo de su camisa y las lleve a su espalda, tembló durante un segundo. — ¿Están muy frías mis manos? — pregunté.

—No, —dijo. Entonces me soltó y se sentó. Su rostro estaba un poco rojo y su cabello aplastado por la parte de atrás. Dijo—. No quiero presionar nada.

Me senté también. —Pero yo pensé que tú ya... —no supe cómo terminar la frase. Esto era muy vergonzoso. Nunca había hecho esto antes.

Conrad enrojeció aún más. Dijo, —Sí, quiero decir, lo he hecho, pero tú no.

— ¡Oh! —Dije, bajando mi mirada hacia a mi calcetín. Luego levante la vista—. ¿Cómo sabes que yo no lo he hecho? —Ahora lucia rojo como una remolacha y sufrían de tartamudez

—Solo pensé que no habías... es decir, solo asumí...

—Pensaste que no había hecho nada antes, ¿Verdad?

—Bueno, sí. Es decir, no.

—No debería hacer suposiciones, —dije.

—Lo siento, —dijo. Dudó—. ¿Entonces, lo has hecho?

Sólo me quede mirándolo.

Cuando abrió la boca para hablar, lo detuve. Dije, —No, no lo he hecho. Ni siquiera he estado cerca.

Luego me incline hacia adelante y le bese en la mejilla. Se sentía como un privilegio el sólo ser capaz de hacerlo, besarlo cuando quería. —Eres realmente dulce

conmigo —Susurré, y me sentí tan contenta y agradecida de estar ahí, en ese momento.

Sus ojos estaban oscuros y serios cuando dijo, —Solo... quiero saber siempre que estarás bien. Es importante para mí.

—Estoy bien, —dije—. Mejor que bien.

Conrad asintió. —Bueno —dijo. Se levanto y me dio la mano para ayudarme—. Vamos a tú casa, entonces.

No llegue a casa esa noche hasta después de medianoche. Nos detuvimos y cenamos en un restaurante fuera de la carretera. Pedí panqueques y papas fritas, y él pagó. Al llegar a casa, mi madre estaba muy enojada. Pero no me arrepiento. Nunca me arrepentí, ni por un segundo. ¿Cómo arrepentirte de una de las mejores noches de toda tu vida? No lo haces. Recuerdas cada palabra, cada mirada. Incluso cuando duele, todavía lo recuerdas.

# Capítulo



**C**ondujimos en la ciudad, por todos los lugares antiguos, el minigolf, The Crab Shack, y Jeremiah condujo lo más rápido que pudo, silbando. Deseo que lo hiciera más lento, hacer que el viaje durara para siempre. Pero no lo hizo, por supuesto. Ya casi llegábamos.

Metí la mano en mi bolso y saque un pequeño brillo labial. Aplique un poco de brillo en mis labios y pase mis dedos a por mi cabello. Estaba todo enredado porque teníamos las ventanas abajo, y era un desastre. En mi visión periférica, pude sentir los ojos de Jeremiah puestos en mí. Él probablemente estaba sacudiendo su cabeza y pensando qué que chica tan tonta era yo. Quería decirle, lo sé, soy una chica tonta. No soy mejor que Taylor. Pero simplemente no podía caminar enfrente a Conrad con el cabello todo enredado.

Cuando vi su coche en el camino, pude sentir mi corazón encogerse. Él estaba allí. Como si fuera una bala, Jeremiah salió del coche y dirigiéndose hacia la casa. Subió las escaleras de dos en dos, y yo fui tras él, intentando alcanzarlo.

Era extraño; la casa todavía olía igual. Por alguna razón, no lo esperaba. Tal vez porque Susannah se había ido, yo pensaba que todo se sentiría diferente. Pero no lo fue. Casi esperaba verla andando por ahí en uno de sus vestidos para estar en casa, esperándonos en la cocina.

Conrad, de hecho, tuvo el coraje verse molesto cuando nos vio. Acababa de llegar de surfear; su pelo estaba húmedo y todavía llevaba su traje. Me sentí aturdida. Aunque sólo habían sido dos meses, fue como ver un fantasma. El fantasma de mi pasado primer amor. Parpadeó en mi dirección durante un segundo antes de dirigirse hacia Jeremiah. — ¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó.

—Estoy aquí para recogerte y llevarte de vuelta a la escuela —dijo Jeremiah, y podría decir que estaba trabajando muy duro para sonar relajado, tranquilo—. Realmente eres un desastre hombre. Papá se está volviendo loco.

Conrad agito su mano frente a él. —Dile que lo olvide. Yo me quedo.

—Con, has perdido dos clases y tienes exámenes el lunes. No puedes simplemente no hacerlos. Te sacaran de la escuela de verano.

—Ese es problema mío. ¿Y ella que está haciendo aquí? —Ni siquiera me miro cuando lo dijo, y fue como si me hubiera apuñalado en el pecho.

Comencé a retroceder alejándome de ellos, dirigiéndome hacia las puertas de corredizas de vidrio. Era difícil respirar.

—La traje conmigo para ayudar, —dijo Jeremiah. Él volteo a verme y luego suspiro—. Mira, tenemos todos sus libros y todo. Puedes estudiar esta noche y mañana y luego podemos regresar a la escuela.

—Que importa. No me interesa —dijo Conrad, caminando hacia el sofá. Se quitó la parte superior de su traje. Sus hombros ya estaban poniéndose bronceados. Él se sentó en el sofá, aunque aún estaba mojado.

— ¿Cuál es tu problema? —Jeremiah le preguntó, su voz apenas se elevó.

—Ahora mismo, este es mi problema. Tú y ella. Aquí, —Por primera vez desde que habíamos llegado, Conrad me miro a los ojos—. ¿Por qué quieres ayudarme? ¿Por qué estás aquí?

Abrí mi boca para hablar, pero nada salió. Al igual que siempre, él podría devastarme con una mirada, una palabra.

Pacientemente, esperó que dijera algo, y cuando no lo hice, él habló.

—Pensé que no querías volverme a ver. Me odias, ¿Recuerdas? —Su tono fue sarcástico, despreciativo.

—Yo no te odio, —dije, y entonces hui. Empuje la puerta corrediza y salí hacia el pórtico. Cerré la puerta detrás de mí y corrí por las escaleras, hasta la playa.

Sólo necesitaba estar en la playa. La playa me haría sentir mejor. Nada, nada se sentía mejor que la manera en que la arena se sentía bajo mis pies. Eran ambos, sólido y moldeable, constante y cambiante. Era verano.

Me senté en la arena y observe como las olas llegaban a la orilla y luego se extendían a lo largo, como el glaseado blanco de una galleta. Había sido un error venir aquí. Nada que pudiera decir o hacer podría borrar el pasado. La manera en que había dicho "ella", con tal desprecio. Ni siquiera me llamo por mi nombre. Después de un rato, me dirigí a la casa. Jeremiah estaba en la cocina solo. No había señales de Conrad.

—Bueno, eso ha ido bien, —dijo.

—Nunca debí haber venido.

Jeremiah me ignora. —Diez a uno a que lo único que tiene en la nevera es cerveza, —dijo—. ¿Alguien la toma?

Estaba tratando de hacerme reír, pero yo no lo haría. No podía. —Sólo un idiota tomaría esa apuesta. —Mordí mis labios. Realmente no quería llorar.

—No dejes que él te afecte —dijo Jeremiah. Tomo mi cola de caballo y la enrolló alrededor de su muñeca como una serpiente.

—No puedo evitarlo—La forma que él me había mirado, como si no significara nada para él, menos que nada.

—Es un idiota; no decía en serio nada de lo que dijo. —Me dio un codazo—. ¿Lamentas haber venido?

—Sí.

Jeremiah me dio una sonrisa torcida. —Bueno, yo no lo hago. Me alegra que vinieras. Estoy contento que no encargarme de sus tonterías yo solo.

Porque él lo estaba intentando, lo intente yo también. Abrí el refrigerador como si fuera una de esas mujeres de Atínale al precio, esas que llevaban vestidos de noche y tacones enojados.

—Ta-da, —dije. Tenía razón, lo único que había en el interior eran dos latas de Icehouse. Susannah se habría enfadado si hubiera visto en lo que se había convertido su refrigerador de Sub-Zero—. ¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

Miró por la ventana, a la playa. —Probablemente vamos a tener permanecer aquí esta noche. Me ocupare de él; ya vendrá. Sólo necesito algo de tiempo. —Hizo una pausa—. Entonces, que tal esto. ¿Por qué no vas y consigues algo para la cena, y yo me quedare aquí y hablare con Conrad?

Sabía que Jeremiah estaba tratando de deshacerse de mí, y eso me alegró. Tenía que salir de esa casa, lejos de Conrad — ¿Rollo de almeja para la cena? —Le pregunte.

Jeremiah asintió y pude notar que fue un alivio para él. —Suena bien. Cualquier cosa que tú quieras —Comenzó a sacar su billetera, pero lo detuve—. Está bien.

Él sacudió la cabeza. —No quiero que gastes dinero, —dijo y me entrego dos billetes de 20 y sus llaves—. Ya viniste hasta aquí para ayudar.

—Yo quería hacerlo.

—Porque eres una buena persona y querías ayudar a Con —dijo.

—Quería ayudarte a ti también —dije—. Quiero decir, aun quiero hacerlo. No tienes que lidiar con todo esto tu solo.

Por un breve momento, no pareció el mismo. Se pareció a su padre. — ¿Quién mas lo haría? —Y luego me sonrió y nuevamente era Jeremiah. El niño de Susannah, luz de sol y sonrisas. Su angelito.

Aprendí a conducir en el coche de Jeremiah. Se sentía bien el volver a estar en el asiento del conductor. En lugar de poner el aire acondicionado, baje las ventanas y dejé que el aire salado entrara. Manejé despacio en la ciudad, y estacione el coche por la antigua iglesia Bautista.

Había niños corriendo en trajes de baño y shorts, y también los padres en kaki y perros sin correas. Era, probablemente, el primer fin de semana desde que la escuela había terminado para la mayoría de ellos. Había un sentimiento en el aire. Sonreí cuando vi a un niño tratando de alcanzar a dos niñas mayores, probablemente sus hermanas. —Esperen —él gritó, sus sandalias golpeaban la acera. Ellas sólo caminaron más rápido, no mirando hacia atrás.

Mi primera parada fue a la tienda. Solía pasar horas allí, analizando los dulces de un centavo. Cada elección parecía de vital importancia. Los chicos los tomaban al azar, cucharada de estos, un puñado de aquellos. Pero yo era cuidadosa, diez grandes Swedish Fish, cinco bolas de Malta, una bola de tamaño mediano de pera Jelly Bellys.



Por los viejos buenos tiempos, llene una bolsa. Tome unos Goobers para Jeremiah, un Bar de Clark para Conrad, y aunque ni siquiera estaba aquí, un Lemonhead para Steven. Fue un dulce homenaje, un tributo para Cousins de nuestra infancia, cuando elegir caramelos de un centavo era la más grandiosa y mejor parte de nuestro día.

Estaba parada en la fila esperando para pagar cuando escuché a alguien decir, — ¿Belly?

Me di la vuelta. Era Maureen O'Riley, dueña de la lujosa tienda de sombreros de la ciudad: Maureen's Millinery. Ella era mayor que mis padres, en sus últimos años de los cincuenta y ella era amiga de mi madre y Susannah. Tomaba muy en serio sus sombreros.

Nos abrazamos, y ella olía a lo mismo, como a jabón de Murphy Oil.

— ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo está Susannah? —Me interrogó.

—Mi madre está bien, —Le dije. Avancé en la fila alejándome de Maureen.

Ella avanzo conmigo. — ¿Y Susannah?

Aclare mi garganta. —Su cáncer volvió, y falleció.

El rostro bronceado de Maureen se arrugo en una mueca de espanto. —No lo había oído. Lamento escuchar eso. Le tenía mucho cariño. ¿Cuándo?

—A principios de mayo, —dije. Era casi mi turno de pagar, y luego podía irme y esta conversación estaría terminada.

Luego, Maureen tomo mi mano, y mi primer impulso fue retirarla, a pesar de que siempre me había agradado Maureen. Yo no quería seguir en la tienda, hablando de cómo era que Susannah estaba muerta, como si fuera un chisme de la ciudad. Estábamos hablando de Susannah.

Ella debió haberlo entendido, porque ella lo dejó ir. Dijo, —Ojalá lo hubiera sabido. Por favor, envía mis condolencias a los chicos y a tu madre. Y Belly, ven a la tienda y ven verme en algún momento. Conseguiremos encontrarte un sombrero. Creo que es hora de que tengas uno, algo con un adorno.

—Nunca he usado sombrero —dije, buscando mi cartera.

—Ya es tiempo, —dijo otra vez Maureen—. Algo que te quede. Vamos, me encargare de ti. Un regalo.

Después, caminé lentamente por ciudad, deteniéndome en la librería y la tienda de surf. Camine sin rumbo, sumergiendo mi mano en la bolsa de dulces en alguna ocasión. No quería estar con nadie, pero no tenía prisa por volver a la casa. Era obvio que Conrad no me quería cerca. ¿Estaba haciendo mal las cosas? La forma en que él me había mirado... fue más difícil de lo que pensé que iba a ser, verlo de nuevo. En esa casa otra vez. Un millones de veces más difícil.

Cuando volví a la casa con los rollos en una bolsa de papel, Jeremiah y Conrad estaban bebiendo cerveza afuera en la parte de atrás. El sol se estaba metiendo. Iba a ser una hermosa puesta de sol.



Dejé las llaves y la bolsa en la mesa y me senté en una silla de playa. —Pásame me una cerveza, —dije. No era porque me gustara particularmente la cerveza. No me gustaba. Era porque quería ser parte de ellos, tener unas cuantas cervezas y reunirnos de alguna pequeña manera. Al igual que en los viejos tiempos, lo único que quería era incluirme.

Esperaba que Conrad me volteara a ver y me dijera que no, que no me pasaría ninguna cerveza. Cuando no lo hizo, me sorprendió sentirme decepcionada. Jeremiah fue al refrigerador y me lanzó un Icehouse. Me guiño un ojo — ¿Desde cuándo nuestra Belly Button bebe? —dijo.

—Tengo casi 17 años, —Le recordé—. No crees que esté demasiado grande para que me llames así.

—Sé qué edad tienes, —dijo Jeremiah

Conrad busco en la bolsa de papel y sacó un sándwich. Lo mordió con avidez, y me pregunte si él había comido algo durante todo el día.

—De nada, —dije. No pude controlarme. Él no me había volteado a ver desde que regresé. Quería que me notara. Gruñó un gracias y Jeremiah me lanzo una mirada de advertencia. Como, *no lo hagas molestar justo cuando las cosas están bien.*

El teléfono de Jeremiah vibro en la mesa, y él ni siquiera se movió para contestarlo. Conrad dijo, —Yo no voy a irme de esta casa. Dile eso a él.

Sacudí mi cabeza con fuerza. ¿Qué quería decir con que él no se iba a ir? ¿Como nunca? Mire fijamente a Conrad, pero su cara era impassible como siempre.

Jeremiah se levantó, tomó el teléfono y caminó hacia la casa. Cerró la puerta corrediza tras de él. Por primera vez, Conrad y yo quedamos solas. El aire entre nosotros se sentía pesado, y me pregunte si él lamentaba lo que había dicho antes. Me preguntaba si debía decir algo, intentar arreglar las cosas. Pero ¿Qué le diría? No sabía si había algo que *podía* decir.

Así que no lo intente. En vez de eso deje que el momento pasara y solo suspire y me recosté sobre mi silla. El cielo era rosa dorado. Tuve la sensación de que no había nada más hermoso que esto, que este particular atardecer combinaba todo lo hermoso de este mundo, diez veces más. Pude sentir toda la tensión del día irse a la deriva mar adentro. Quería memorizar todo en caso de no llegar a volver a verlo una vez más. Nunca se sabe cuándo es la última vez que verás algún lugar. A una persona.

## Capítulo 18



**N**os sentamos a ver la televisión durante un rato. Jeremiah no hizo ningún intento más por hablar con Conrad, y nadie mencionó la escuela o al Sr. Fisher. Me pregunte si Jeremiah estaba esperando a estar a solas con él nuevamente.

Forcé un bostezo. A nadie en particular, dije, —Estoy tan cansada, —Tan pronto como lo dije, me di cuenta de que realmente lo estaba. Estaba tan cansada. Se sentía como si hubiera sido el día más largo de la historia. A pesar de que todo lo que realmente hice fue viajar en un coche, me sentí completamente drenada de energía.

—Me voy a dormir, —Anuncié, bostezando nuevamente, esta vez de verdad.

—Buenas noches, —dijo Jeremiah, y Conrad no dijo nada.

Tan pronto como llegué a mi habitación, abrí mi maleta, y me horrorice cuando vi lo que había dentro. Estaba el nuevo bikini de Taylor, sus apreciadas sandalias de plataforma, un vestido para salir a sol de cuello de ojal, los shorts cortos, al que su papá denominaba como "calzones de mezclilla," algunas blusas de seda y en lugar de la playera grande que había estado esperando ponerme para dormir, un conjunto rosa con corazones rojos. Un pequeño short y una camiseta sin mangas. Quería matarla. Había supuesto que ella iba a agregarlo a lo que ya había empacado, no reemplazarlo. Lo único mío que ella había dejado fue la ropa interior.

La idea de caminar por la casa en esas pijamas, ser vista en el camino a cepillarme los dientes en la mañana me hizo querer golpearla. Fuerte. Sabía que Taylor tenía buenas intenciones. Ella pensó que me estaba haciendo un favor. Renunciar a sus sandalias de plataforma fue altruista, para Taylor. Pero aun así, estaba loca.

Era igual que con Cory. Taylor hizo lo que quería hacer y no le importo lo yo pensaba sobre él. A ella nunca le importo lo que pensaba sobre él. No fue sólo su culpa, porque yo la dejé hacerlo.

Después de cepillar mis dientes, me puse la pijama de Taylor y me metí en la cama. Estaba deliberando sobre si leer o no un libro antes de irme a dormir, uno de los antiguos libros de bolsillo de mi estante, cuando alguien llamó a mi puerta. Jale las mantas hasta mi cuello y grité, — ¡Pasa!

Era Jeremiah. Cerró la puerta detrás de él y se sentó al pie de la cama. —Hey, —susurró.

Aflojé el agarre sobre las mantas. Sólo era Jeremiah. —Hey. ¿Qué pasa? ¿Hablaste con él?

—Todavía no. Voy a dejarlo tranquilo esta noche e intentare nuevamente mañana. Sólo intento construir las bases primero, preparar el terreno. —Me dio una mirada de confabulación—. Ya sabes cómo es él.

Y lo sabía. —Bien. Suena bien.

Levantó su mano para que las chocara. —No te preocupes. Nos encargaremos de esto.

Yo las choqué. —Nos encargaremos de esto, —repetí. Podía oír la duda en mi voz, pero Jeremiah sólo sonrió como acabara de cerrar un trato.

# Capítulo 19



## *Jeremiah*

Cuando Belly se levantó para irse a la cama, supe que ella quería que me quedase e intentara hablar de la escuela con Conrad. Lo sabía porque cuando éramos pequeños solíamos practicar telepatía mutuamente.

Belly estaba convencida yo de que podía leer su mente y ella la mía. La verdad era que sólo yo podía leer la de Belly. Cuando estaba a punto de decir una mentira, su ojo izquierdo se desviaba un poco. Cuando estaba nerviosa, succionaba sus mejillas antes de que hablar. Ella era muy fácil de leer, siempre lo ha sido.

Miré a Conrad. — ¿Quieres levantarte mañana temprano para ir a surfear? —Le pregunté.

—Seguro, —dijo.

Mañana hablaría con él acerca de la escuela y que tan importante era volver. Todo funcionaría.

Vimos un poco más de televisión, y cuando Conrad se quedó dormido en el sofá, subí a mi habitación. En el pasillo, luz del Belly aún estaba encendida. Camine hacia ella, me pare afuera de su puerta y toque suavemente. Me sentí como un idiota parado en su puerta, tocando. Cuando éramos niños, solo entrábamos y salíamos de las habitaciones de los demás sin pensarlo. Desearía que fuera tan simple como eso.

—Pasa —dijo.

Entre y me senté al borde de su cama. Cuando me di cuenta ya estaba en pijama, casi me di la vuelta y fue fui. Tuve que recordarme a mí mismo que la había visto en pijama un millón de veces antes, y ¿Cual era la gran cosa? Pero ella solía llevar siempre una playera grande como el resto de nosotros, y ahora tenía puesta una pequeña playera de tirantes rosa. Me pregunte si sería cómoda para dormir.

# Capítulo 20

*04 de Julio*

Cuando desperté a la mañana siguiente, no me levante de la cama inmediatamente. Solo me quede acostada allí e imagine como si fuera cualquier otra mañana en la casa de verano. Mis sábanas olían igual; mi oso de peluche, Junior Mint, todavía estaba sentado en el vestidor. Como siempre. Susannah y mi madre estaban dando un paseo por la playa, y los chicos estaban comiendo todos los panqueques de arándanos y dejándome con los cereales Kashi de mi madre. Solo quedaría un poco de leche, y nada de jugo. Solía ponerme furiosa; Ahora ese pensamiento me hacia sonreír.

Pero todo era una fantasía. Lo sé. No había ninguna madre, ningún hermano, ni Susannah aquí.

A pesar de que había ido a dormir temprano la noche anterior, dormí hasta tarde. Ya eran casi las once. Había dormido durante doce horas. No había dormido tan bien en semanas.

Salí de la cama y mire por mi ventana. Ver por la ventana de mi dormitorio en la casa de verano siempre me hizo sentir mejor. Desearía que todas las ventanas tuvieran vista a un océano, nada más que millas y millas de arena y mar. En la playa, Jeremiah y Conrad estaban flotando en tablas de surf en trajes negros. Era una imagen familiar. Y simplemente así, tuve esperanza. Tal vez Jeremiah tenía razón. Tal vez Conrad volvería con nosotros después de todo.

Y entonces yo regresaría a casa, lejos de él y de todo lo que él me recordaba. Iría a la piscina de mi vecindario y saldría al bar con Taylor, y muy pronto el verano pasaría. Olvidaría como solía ser.

Esta vez, realmente era la última vez.

Antes de hacer cualquier cosa, llamé a Taylor. Le expliqué cómo era que estábamos todos en Cousins, cómo era que necesitábamos convencer a Conrad de volver a la escuela y acabar las clases de verano.

Lo primero que dijo fue, —Belly, ¿Qué crees que estás haciendo?

— ¿Qué quiere decir?

—Sabes lo que quiero decir. Toda esta situación es de retrasados. Deberías estar en casa donde perteneces.

Suspire. No importa cuántas veces le pedí que no dijera "de retrasados", seguía haciéndolo. Ella incluso tenía un pequeño primo con síndrome de Down. Creo que lo hizo a propósito porque sabía que me molestaría.

— ¿Qué te importa si Conrad abandono la Universidad? —dijo—. Déjalo que sea un perdedor si él quiere.

A pesar de que sabía que nadie me podía oír, baje la voz. —Está pasando por muchas cosas ahora. Él nos necesita.

—Necesita a su hermano. Que, por cierto, es más sexi que él, ¡Hola! Conrad no te necesita. Él te engañó, ¿Recuerdas?

Estaba susurrando ahora. —Él no me engañó y lo sabes. Nosotros ya habíamos terminado. No es como si alguna vez hubiéramos sido una pareja real en primer lugar. —La última parte fue difícil de decir.

—Oh, de acuerdo, él no te engañó, te boto inmediatamente después de la graduación. Que chico tan *sorprendente*.

Ignore lo que dijo. — ¿Podrías seguir cubriéndome si mi mamá llama?

—Duh. Sucede que soy una amiga fiel.

—Gracias. Ah, y *muchas gracias* por tomar toda mi ropa.

—De nada, —dijo altaneramente—. ¿Y Belly?

— ¿Sí?

—No pierdas de vista la misión encomendada.

—Bueno, Jeremiah está trabajando en eso...

—No en esa, tonta. Estoy hablando de la *misión*. Tienes que conseguir Conrad te quiera de vuelta y luego tienes que rechazarlo. Brutalmente.

Me alegre que estuviéramos en el teléfono así, ella no podía verme rodar mis ojos. Pero la cosa era que ella tenía un punto. Taylor nunca había sido lastimada, porque era ella quien estaba a cargo. Ella tenía la última palabra. Los chicos la querían a ella, no al revés. Ella siempre estaba citando esa línea de Mujer Bonita, acerca de ser una prostituta. "Yo digo quien, yo digo cuando, yo digo donde"

No era como si la idea no me resultara atractiva. Es sólo que nunca funcionaría. Lograr que Conrad me notara la primera vez, como sea, en resumen, había sido casi imposible. No iba a funcionar una segunda vez.

Después de que Taylor y yo colgamos, llamé a mi madre. Le dije que me quedaba en casa de Taylor nuevamente esa noche, que ella está todavía muy triste como para que yo me fuera. Mi madre estuvo de acuerdo. —Eres una buena amiga —dijo. Hubo un alivio en su voz cuando me pidió que le saludara a los padres de Taylor.

Ni siquiera cuestionó la mentira. Podía escucharlo por el teléfono: todo lo que ella quería era quedarse sola con su pena.

Después, tomé una ducha y me puse la ropa que Taylor había elegido para mí.

Una camisola blanca con flores bordadas en la parte superior y sus famosos shorts rotos. Fui abajo con el pelo mojado todavía, tirando de mis shorts. Los chicos estaban devuelta, sentados en la mesa de la cocina y comiendo panques, los grandes panqueques de canela azucarados que Susannah solía levantarse temprano para comprar.

—Mira lo que tengo, —dijo Jeremiah. Empujó la bolsa de papel blanco hacia mí.

Agarre la bolsa y metí la mitad de un panque dentro de mi boca. Estaba todavía caliente. —Yum, —dije, mi boca estaba llena—. Y... ¿Qué ocurre?

Jeremiah miró Conrad esperanzado. — ¿Con?

—Ustedes deberían irse pronto, si quieren evitar el tráfico del cuatro de julio —dijo Conrad, y me mató a ver la mirada en la cara de Jeremiah.

—No nos vamos a ir sin ti, —Le dijo Jeremiah.

Conrad suspiró. —Mira, Jere, aprecio que hallas venido hasta aquí. Pero como puedes ver, estoy bien. Tengo todo bajo control.

—Y un demonio que lo tienes. Con, si no estás de vuelta el lunes para tus exámenes, quedarás fuera. La única razón por la que estás yendo a la escuela de verano es por las faltas del semestre pasado. Si no vuelves, ¿Entonces qué?

—No te preocupe por eso. Lo resolveré.

—Sigues diciendo eso, pero no has resuelto ni una mierda. Todo lo que has hecho hasta ahora es huir.

Por la forma que Conrad le dirigió esa mirada asesina, yo sabía que Jeremiah había dicho lo correcto. El sistema de valores del antiguo Conrad seguía ahí enterrado debajo de la ira. El viejo Conrad jamás habría renunciado.

Era mi turno de decir algo. Tomé un respiro y dije, —Así que, ¿Cómo vas a ser un medico sin un título universitario, Conrad?

Él tomo un par de respiraciones, y me miro fijamente. Yo le devolví la mirada. *Si*, lo dije. Diría lo que sea que tenga que decir, aunque eso lo lastime.

Fue algo que aprendí observando a Conrad en cada uno de nuestros juegos. Al primer signo de debilidad, atacas con toda tus fuerzas. Utilizando todas las armas de tu arsenal, y no te rindes. Sin misericordia.

—Nunca dije que iba a ser un médico, —se quebró—. No sabes de lo que estás hablando.

—Entonces dinos, —Mi corazón estaba latiendo muy rápido.

Nadie habló. Durante un minuto, pensé que realmente podría dejarnos entrar.

Y luego, finalmente, Conrad se levantó. —No hay nada que decir. Voy a salir. Gracias por los panques, Jere. —Para mí, dijo—. Tienes azúcar por toda la cara. —Y solo así, estaba de pie y abriendo la puerta del pórtico.

Cuando se fue, Jeremiah grito, — ¡Mierda!

—Pensé que ibas a encargarte de él. —Sonó mas acusadoramente de lo que pretendía.

—No se puede presionar a Conrad tan duro, él sólo se cierra, —dijo Jeremiah, arrancando pedazos la bolsa de papel.

—Él ya está cerrado.

Mire a Jeremiah y se veía tan derrotado. Me sentí mal por desquitarme con él. Entonces me acerque, toque su brazo y dije, —No te preocupes. Aún tenemos tiempo. Apenas es sábado, ¿Cierto?

—Cierto, —dijo, pero no lo dijo como si lo sintiera.

Ninguno de los dos dijo nada más. Como siempre, fue Conrad que dictó el estado de ánimo de la casa, como todos los demás se sentían. Nada podría volver a sentirse bien hasta que las cosas estuvieran bien con Conrad.



# Capítulo



La primera vez que me golpeó ese día fue cuando estaba en el baño, lavado el azúcar mi cara. No había ninguna toalla colgada, por lo que abrí el armario, y en el estante debajo de las toallas, estaba el gran sombrero de Susannah. El que usaba cada vez se sentaba en la playa. Ella era cuidadosa con su piel. *Era.*

No pensar en Susannah, conscientemente no pensar en ella, era más fácil. Porque, entonces, no se había ido realmente. Ella había salido simplemente a algún otro lugar. Eso era lo que había estado haciéndome desde que ella murió. No pensar en ella. Era más fácil hacerlo en casa. Pero aquí, en la casa de verano, ella estaba en todas partes.

Tomé su sombrero, lo sostuve por un segundo y luego lo devolví a su sitio. Cerré la puerta, y mi pecho me dolía tanto que no podía respirar. Era muy duro. Estar ahí, en esta casa, era demasiado duro.

Subí las escaleras lo más rápido que pude. Me quite la cadena de Conrad y me cambie la ropa que traía puesta por un bikini de Taylor. Ni siquiera me importo que tan estúpida me viera. Solo quería estar en el agua. Quería estar donde podía no pensar en nada, donde nada más existía. Nadaría y flotaría e inhalaría y exhalaría y solo estaría ahí.

Mi vieja toalla Ralph Lauren con osos de peluches estaba en el armario, igual que siempre. La puse alrededor de mis hombros como una manta y me dirigí hacia fuera. Jeremiah estaba comiendo un sándwich y bebiendo del bote de leche. —Hola — Saludo.

—Hola. Voy a nadar, —No le pregunte donde estaba Conrad, y no invite a Jeremiah a acompañarme. Necesitaba un momento solo para mí.

Salí por la puerta y la cerré tras de mí sin esperar a que me respondiera. Lance mi toalla a la silla de playa y salte al agua. No salí de inmediato por aire. Me quede debajo del agua; aguantando la respiración hasta el último segundo.

Cuando salí, sentí como si pudiera respirar nuevamente, como si mis músculos se estuvieran relajando. Nade de un lado a otro una y otra vez. Aquí, nada más existía. Aquí no tenía que pensar. Cada vez que me sumergía, sostenía mi respiración tanto como me era posible.

Debajo del agua, escuche a Jeremiah llamándome, a regañadientes, salí a la superficie y él estaba agachado al borde la piscina. —Voy a salir un rato. Tal vez vaya por una pizza de Nello's —dijo levantándose.

Me quite el cabello de los ojos—. Pero acabas de comerte un sándwich. Y te comiste aquellos panques.

—Soy un chico en crecimiento. Y eso fue hace una hora y media.

¿Hace una hora y media? ¿He estado nadando durante una hora y media? Sentí que fueron minutos. —Oh, —dije. Examine mis dedos. Estaban totalmente arrugados.

—Continua, —dijo Jeremiah despidiéndose.

Pateando un lado de la piscina, dije—Nos vemos, —Y luego nadé lo más rápido que pude hasta el otro extremo y di la vuelta con una pirueta, solo en caso de que él aun estuviera viendo. Siempre admiraba mis piruetas al dar la vuelta.

Me quede en la piscina durante una hora más. Cuando salí por aire en mi última vuelta, vi que Conrad estaba sentado en la silla donde había dejado mi toalla. Me la tendió en silencio.

Salí de la piscina. De pronto estaba temblando. Tomé la toalla que me ofrecía y envolví mi cuerpo con ella. Él no volteo a verme. — ¿Todavía finges que está en las Olimpiadas? —Me preguntó.

Iba a decir algo, y pero luego sacudí mi cabeza y me senté junto a él. —No — Respondí, y la palabra pareció quedarse en el aire. Abrace mis rodillas—. Ya no.

—Cuando nadas... —Comenzó a decir. Pensé que no iba a continuar, pero luego dijo—. No notarías si la casa estuviera en llamas. Esta tan concentrada en lo que estás haciendo, es como si estuvieras en otro lugar. —Lo dijo con un forzado respeto. Como si me hubiera estado mirando durante mucho tiempo, como si hubiera estado viéndome durante años. Quisiera suponer que lo había hecho.

Abrí mi boca para responder, pero ya se había puesto de pie, volviendo a la casa. Mientras cerraba la puerta corrediza, dije en voz alta, —Es por eso que me gusta.

# Capítulo 22

**E**staba de vuelta en mi habitación, a punto cambiarme mi bikini cuando sonó mi teléfono. Era el tono de llamada de Steven, una canción de Taylor Swift, canciones que él pretendía odiar pero secretamente amaba. Por un segundo pensé en no contestar. Pero si no lo hacía, llamaría hasta que lo hiciera. Él era molesto en ese sentido.

— ¿Hola? —Lo dije como una pregunta, como si no supiera ya que era Steven.

—Hey, —dijo—. No sé dónde estás, pero sé que no estás con Taylor.

— ¿Cómo lo sabes? —susurré.

—Acabo de encontrármela en el centro comercial. Ella es peor que tu para mentir. ¿Dónde demonios estas?

Mordí mi labio superior y dije, —En la casa de verano. En Cousins.

— ¿Qué? —Como que gritó—. ¿Por qué?

—Es una larga historia. Jeremiah necesitaba mi ayuda con Conrad.

— ¿Por qué te llamo a ti? —La voz de mi hermano era incrédula y también un poco celosa.

—Sí. —Se estaba muriendo por preguntarme más, pero yo apostaba que su orgullo no lo dejaría. Steven odiaba quedar fuera. Se quedo en silencio por un momento, y en esos segundos, sabía se estaba preguntó sobre todas las cosas en casa de verano que estábamos haciendo sin él.

Por fin, dijo, —Mamá va se va a molestar mucho.

— ¿Qué te importa?

—No me importa, pero mamá lo hará.

—Steven, tranquilízate. Voy a estar en casa pronto. Sólo tenemos que hacer una última cosa.

— ¿Qué última cosa? —Lo mataba que yo supiera algo que él no sabía, por una vez, él era el que sobraba. Pensé que debería aprovecharme más de esto, pero, extrañamente, lo sentía por él.

Así que en vez de alardear de la forma que lo haría normalmente, dije—Conrad abandono la escuela de verano y tenemos que llevarlo de vuelta para sus exámenes este lunes, —Esta sería la última cosa que haría por él. Devolverlo a la escuela. Y entonces él sería libre, y también lo sería yo.

Después de que Steven y yo colgamos, escuché a un coche estacionarse frente a la casa. Miré por la ventana y había un Honda rojo, un coche que no reconocía. Casi nunca teníamos visitas en la casa de verano.

Pase un peine por mi cabello y baje corriendo las escaleras con mi toalla envuelta alrededor de mí. Me detuve cuando vi Conrad abrir la puerta, y una mujer que entro. Ella era pequeña, con el cabello rubio teñido en un moño desordenado, y vestía un pantalón negro y una blusa coral de seda. Sus uñas estaban pintadas para combinar. Tenía una gran carpeta en su mano y unas llaves.

—Bueno, hola, —dijo. Ella se sorprendió al verlo, como si ella fuera la que se suponía que debía estar ahí y no él.

—Hola, —dijo Conrad—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Debes ser Conrad, —dijo ella—. Hablamos por teléfono. Soy Sandy Donatti, la agente de bienes raíces del tu papá.

Conrad no dijo nada.

Ella agitó juguetonamente su dedo en dirección a él. —Me dijiste que tu papá cambió de opinión acerca de la venta.

Cuando Conrad seguía sin decir nada, ella miró a su alrededor y me vio parada al final de las escaleras. Frunció el ceño y dijo, —Estoy aquí para revisar la casa, y asegurarme de que todo va bien y está siendo empacado.

—Sí, he enviado lejos a los de la mudanza, —dijo Conrad casualmente.

—Realmente desearía que no hubieras hecho eso, —dijo, apretando sus labios. Cuando Conrad se encogió de hombros, añadió—. Me dijo de la casa estaría vacía.

—Recibió información equivocada. Voy a estar aquí por el resto del verano. — Él me señalo—. Ella es Belly.

— ¿Belly? —repitió.

—Sip. Ella es mi novia.

Creo que me atragante en voz alta.

Cruzando los brazos y apoyándose contra la pared, continuó. — ¿Y usted y mi papá cómo se conocieron?

Sandy Donatti se ruborizo. —Nos reunimos cuando decidió poner en venta la casa —saltó.

—Bueno, la cosa es, Sandy, que no es su casa como para que la venda. Es la casa de mi madre, de hecho. ¿Mi padre le dijo eso?

—Sí.

—Entonces supongo que también le dijo que está muerta.

Sandy dudó. Su enojo parecía evaporarse a la mención de madres muertas. Ella estaba tan incómoda, caminaba hacia la puerta. —Sí, si me lo dijo. Lamento mucho tu pérdida.

Conrad dijo, —Gracias, Sandy. Eso significa mucho, viniendo de usted.

Sus ojos pasearon alrededor de la sala una última vez. —Bien, voy a hablar las cosas con tu padre y, luego, volveré.

—Hazlo. Asegúrate de hacerle saber que la casa está fuera del mercado.

Ella frunció sus labios y luego abrió la boca para hablar, pero lo pensó mejor. Conrad abrió la puerta para ella, y, luego ella se fue.

Deje salir a un gran suspiro. Un millón de pensamientos estaban pasando por mi cabeza, estoy avergonzada decir que *novia* estaba bastante cerca de la parte superior de la lista. Conrad no me volteo a ver cuando dijo, —No le cuentes Jeremiah acerca de la casa.

— ¿Por qué no? —Pregunté. Mi mente todavía estaba atascada en la palabra "novia".

Le tomó tanto tiempo responderme que yo ya estaba subiendo las escaleras cuando dijo, —Yo se lo diré. Simplemente no quiero que lo sepa aún. Sobre nuestro papá.

Dejé de caminar. Sin pensar pregunte, — ¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir. —Conrad me miro. Sus ojos estaban fijos en mí.

Supongo que lo sabía. Quería proteger a Jeremiah del hecho de que su padre era un imbécil. Pero no era como si Jeremiah no supiera ya quién era su padre. No era como si Jeremiah fuera algún niño tonto sin alguna pista. Tenía derecho de saber si la casa estaba en venta.

Supongo que Conrad leyó todo esto en mi rostro, porque me dijo burlón, como si no tuviera importancia, —Así que ¿Puedes hacer eso por mí, Belly? ¿Puedes guardar un secreto de tu mejor amigo Jeremiah? Sé que ninguno de los dos se guarda secretos, pero, ¿Puedes hacerlo sólo por esta vez?

Cuando le lance una mirada asesina, lista para decirle lo que podía hacer con su secreto, él dijo, — ¿Por favor? —y su voz estaba suplicando.

Así que dije, —Esta bien. Por ahora.

—Gracias—dijo y me rozo cuando paso a mi lado y se dirigió hacia arriba de las escaleras. Cerrando la puerta de su habitación y encendiendo el aire acondicionado.

Me quedé ahí parada.

Tomó un minuto para entenderlo todo. Conrad no sólo huyo solo por huir. Él vino a salvar la casa.

# Capítulo 23



Por la tarde, Jeremiah y Conrad fueron nuevamente a navegar. Pensé que tal vez Conrad quería decirle sobre la casa, solo entre ellos. Y tal vez Jeremiah quería tratar de hablar con Conrad sobre la escuela de nuevo, solo entre ellos. Eso estaba bien para mí. Estaba contenta, simplemente observando.

Los miraba desde el pórtico. Me senté en una silla de playa con mi toalla apretada a mí alrededor. Había algo tan reconfortante y correcto en salir de la piscina húmeda y tu mamá poniendo una toalla alrededor de tus hombros, como una capa. Incluso sin una madre que lo haga por ti, era bueno y acogedor.

Tan dolorosamente familiar que me hizo desear todavía tener ocho años. Ocho años fue antes de la muerte o el divorcio o la angustia. Ocho solo eran ocho. Los perros calientes y mantequilla de maní, las picaduras de mosquitos y astillas, bicicletas y tablas de surf. El cabello enmarañado, los hombros quemados por el sol, Judy Blume, en la cama a las nueve y media.

Me senté allí teniendo estos pensamientos melancólicos por un largo tiempo. Alguien estaba haciendo una parrillada; podía oler el carbón quemado. Me pregunté si eran los Rubensteins, o tal vez eran los Tolers. Me pregunté si asarian hamburguesas, o carne. Me di cuenta de que tenía hambre.

Entré en la cocina pero no pude encontrar nada para comer. Sólo la cerveza de Conrad.

Taylor me dijo una vez que la cerveza era como el pan, con todos los carbohidratos. Me imaginé que a pesar de que odiaba el sabor de la misma, bien podría beber para llenarme.

Así que tomé una y salí al exterior con esta. Volví a sentarme en mi silla y gire la parte superior de la lata. Se rompió muy satisfactoriamente. Era extraño estar en esta casa sola. No de mala forma, sólo diferente. Había venido a esta casa durante toda mi vida y podría contar con una mano el número de veces que había estado sola en ella. Me sentí más vieja ahora. Lo cual supuestamente lo era. Pero supongo que el verano pasado no me sentía así. Tomé un largo trago de cerveza y me alegré de que Jeremiah y Conrad no estuvieran allí para verme, porque el sabor me hizo hacer una mueca terrible y yo sabía que me iban a fastidiar por eso. Estaba tomando otro sorbo cuando oí a alguien aclararse la garganta. Miré hacia arriba y yo casi me ahogo. Era el señor Fisher.

—Hola, Belly—dijo. Llevaba un traje, como si hubiera venido directamente del trabajo, lo cual probablemente lo era, a pesar de que era un sábado. Y de alguna mane-

ra su traje ni siquiera estaba arrugado, incluso después de un largo viaje. —Hola, Sr. Fisher, —dije, y mi voz salió muy nerviosa y temblorosa.

Mi primer pensamiento fue, *debimos obligar a Conrad a entrar al coche y así ir a la escuela para que tomara sus estúpidas exámenes*. Darle tiempo fue un gran error. Lo pude ver ahora. Debí haber presionado a Jeremiah, para que este presionara a Conrad.

El Sr. Fisher levantó una ceja en dirección a mi cerveza y me di cuenta que aun estaba sosteniéndola, mis dedos entrelazados alrededor de ella con tanta fuerza que ya estaban entumecidos. Puse la cerveza en el suelo, y mi cabello cayó en mi cara, lo cual me alegro. Fue un momento de esconderse, de pensar qué decir a continuación.

Yo hice lo que siempre, referirme a los chicos. —Um, Conrad y Jeremiah no están aquí ahora mismo. —Mi mente corría. Pensando que ellos estarían de vuelta en cualquier momento.

El Sr. Fisher no dijo nada, sólo asintió con la cabeza y se frotó la parte de atrás de su cuello.

Luego caminó hasta los escalones del pórtico y se sentó en la silla contigua a la mía. Cogió la cerveza y bebió un largo trago. — ¿Cómo está Conrad?— preguntó, colocando la cerveza en su apoyabrazos.

—Está bien—le dije de inmediato. Y entonces me sentí tonta, porque no estaba bien del todo. Su madre acababa de morir. Se había escapado de la escuela. ¿Cómo eso podía ser bueno? ¿Cómo podría cualquiera de nosotros no saberlo? Pero supongo que, en cierto sentido, él estaba bien, porque él tenía un propósito. Él tenía una razón. Para vivir. Tenía una meta, tenía un enemigo. Aquellos eran buenos incentivos. Incluso si el enemigo era su padre.

—No sé lo que ese chico está pensando—dijo el Sr. Fisher, sacudiendo la cabeza. ¿Qué podía decir a eso? Nunca supe lo que estaba pensando Conrad. Estaba segura de que mucha gente sí. Aún así, me sentía defensiva ante él. De protegerlo.

El Sr. Fisher y yo nos sentamos en silencio. No socializando, el silencio es fácil, pero rígido y horrible. Nunca tenía nada que decirme a mí, y yo no sabía qué decirle. Finalmente, se aclaró la garganta y dijo:

— ¿Cómo te va en la escuela?

—Se acabó—le dije, masticando en mi labio inferior y la sensación de doce años—. Acabo de terminar. Voy a ser una estudiante de último año en el otoño.

— ¿Sabes dónde quieres ir a la universidad?

—En realidad no. —La respuesta incorrecta, lo sabía, porque la universidad era una cosa que el Sr. Fisher estaba interesado en hablar. El tipo correcto de la universidad, quiero decir.

Y luego nos quedamos en silencio otra vez. Esto era también familiar. Esa sensación de miedo, de muerte inminente. La sensación de que yo estaba en problemas. Que todos lo estábamos.



# Capítulo 24



**M**alteadas. Malteadas de leche era la cosa del Sr. Fisher. Cuando el Sr. Fisher llegaba a la casa de verano, había malteadas todo el tiempo. Había comprado una caja de cartón napolitana de helado. Steven y Conrad quería de chocolate, Jeremiah de fresa, y yo una mezcla de vainilla-chocolate, como los Frosties de Wendy. Pero mucho más espesos. Los batidos del Sr. Fisher eran mejores que los de Wendy. Había una licuadora de lujo que le gustaba usar, en la cual ninguno de nosotros, los niños, tenían que meterse. No es que él lo dijera exactamente, pero nosotros sabíamos que no debíamos. Y nunca lo hicimos. Hasta que Jeremiah tuvo la idea de Kool-Aid Slurpees.

No tenían 7-Eleven en Cousins, y aunque teníamos malteadas, a veces anhelábamos Slurpees<sup>6</sup>. Cuando afuera estaba especialmente caluroso, uno de nosotros decía, “Hombre, yo quiero un Slurpee”, y entonces todos nosotros estaríamos pensando en eso durante el día. Así que cuando Jeremiah tuvo la idea de Slurpees de Kool-Aid, decidimos hacerlo. Él tenía nueve años y yo tenía ocho años, y en ese momento sonaba como la idea más grande en el mundo. La mejor.

Miró a la licuadora, que se encontraba muy arriba en el estante superior. Sabíamos que íbamos a tener que usarla. De hecho, queríamos usarla. Pero estaba esa regla no escrita. No había nadie en casa, solo nosotros dos. Nadie tendría que saber.

— ¿De qué sabor lo quieres? — Me preguntó por fin.

Así se decidió. Estaba sucediendo. Sentí miedo y euforia por estar haciendo algo prohibido. Rara vez rompía las reglas, pero esto parecía una buena forma de hacerlo.

— Cereza — le dije.

Jeremiah miró en el armario, pero no había ninguno.

Él preguntó, — ¿Cuál es tu segunda opción?

— Uva.

Jeremiah dijo que Kool-Aid de uva Slurpee sonaba bien para él, también. Cuanto más dijo las palabras “Kool-Aid Slurpee” me gustó el sonido de esto.

Jeremiah tenía un taburete y tomó la licuadora del estante superior. Vertió el paquete entero de uva en la licuadora y añadió dos tazas grandes de azúcar. Él me

<sup>6</sup> Slurpees, marca de bebidas congeladas de diferentes sabores. Conocidos en español como raspados.

dejo revolver. Luego vació la mitad del dispensador de hielo en la licuadora, hasta que se llenó hasta el borde, y espetó que era la forma en que había visto al Sr. Fisher hacerlo más de un millón de veces.

— ¿Licuado? ¿Molido? —Me preguntó.

Me encogí de hombros. Yo nunca prestaba suficiente atención cuando el Sr. Fisher la utiliza.

—Probablemente molido—Le dije, porque me gustaba el sonido de la palabra “molido”.

Así Jeremiah presiono en moler, y la licuadora empezó a picar y batir.

Pero sólo la parte inferior se mezclaba, por lo que Jeremiah presiono licuar. Se mantuvo encendida durante unos minutos, pero luego la licuadora comenzó a oler a goma quemada, y me preocupó que trabajara muy duro con todo ese hielo.

—Tenemos que diluirlo más—dije—. Eso ayudara —Tomé la cuchara de madera grande y le quité la tapa a la licuadora y agité todo.

— ¿Ves?—Le dije.

Puse la tapa nuevamente, pero creo que no la apreté lo suficiente, ya que cuando Jeremiah presiono moler, nuestro *Kool-Aid Slurpee* se derramaba por todas partes. Sobre nosotros.

Toda la cocina, por todo el piso, por el maletín de cuero marrón del Sr. Fisher.

Nos miramos, el uno al otro con terror.

— ¡Rápido, toallas de papel! —Gritó Jeremiah, desenchufando la licuadora.

Tome el maletín, limpiando de arriba para abajo con mi camiseta.

El cuero ya estaba teñido, y se encontraba pegajoso.

—Oh, hombre —murmuró Jeremiah—. Le encanta ese maletín—Y lo hacía. Tenía sus iniciales grabadas en la hebilla de latón. Él realmente lo amaba, tal vez incluso más que su licuadora. Me sentí muy mal. Las lágrimas pinchaban mis párpados. Fue todo culpa mía.

—Lo siento —dije.

Jeremiah estaba en el suelo, con sus manos y rodillas limpiando. Él me miró, con Kool-Aid de uva que goteaba de su frente. —No es tu culpa.

—Sí, lo es —Le dije, mientras frotaba el cuero. Mi camiseta estaba empezando a tomar color mientras frotaba el maletín, era tan difícil.

—Bueno, sí lo es, un poco—coincidió Jeremiah. Entonces él se acercó y puso su dedo en mi mejilla y lamió una parte del azúcar—. Sabe bien, sin embargo.

Estábamos riendo y deslizando los pies por el suelo con toallas de papel cuando regresaron a casa. Caminaban con bolsas de papel, el tipo que se usa para las langostas, y Steven Conrad y tenían helados de cucurucho.

El Sr. Fisher dijo. — ¿Qué demonios paso?

Jeremiah intervino. — Estábamos justo...

Le entregué el maletín a Sr. Fisher, mi mano temblaba. —Lo siento—le dije en voz baja—. Fue un accidente.

Él me lo quitó y lo miró, la piel manchada. — ¿Por qué están utilizando mi licuadora?—preguntó el Sr. Fisher, pero le preguntaba a Jeremiah. Tenía el cuello de color rojo brillante—. Tú sabes que no puedes usar mi licuadora.

Jeremiah asintió con la cabeza. —Lo siento—dijo.

—Fue mi culpa—dije en voz baja.

—Oh, Belly, —mi madre me dijo, moviendo la cabeza hacia mí. Se arrodilló en el suelo y recogió las toallas de papel mojadas. Susannah había ido a buscar la escoba.

El Sr. Fisher exhaló en voz alta. — ¿Por qué nunca escuchan cuando les digo algo? Por el amor de Dios. ¿No te dije que nunca usaras mi batidora?

Jeremiah se mordió el labio, y de la forma en que la barbilla le temblaba, me di cuenta de que estaba muy cerca de llorar. —Respóndeme cuando estoy hablando contigo.

Susannah regresó entonces con el trapeador y una cubeta. —Adam, fue un accidente. Déjalo pasar, —Puso sus brazos alrededor de Jeremiah.

—Suze, si lo mimas, él nunca va a aprender. Él siempre será un bebe, —El Sr. Fisher, dijo—. Jere, ¿No les dije que nunca usaran la batidora?

Los ojos de Jeremiah contenían las lágrimas y parpadeó rápidamente, pero se escaparon algunas. Y luego un poco más. Fue horrible. Me sentí tan avergonzada por Jeremiah y también me sentí culpable, era yo quien había creado todo este problema. Pero también me sentí aliviada de que no era yo la que se metía en problemas, la que lloraba en frente de todos.

Y luego Conrad dijo, —Pero papá, nunca lo hiciste. —Tenía helado de chocolate en su mejilla.

El Sr. Fisher se dio la vuelta y lo miró. — ¿Qué?

—Nunca lo dijiste. Técnicamente, lo sabíamos, pero nunca lo dijiste — Conrad parecía asustado, pero su voz sonaba segura.

El Sr. Fisher negó con la cabeza y miró a Jeremiah. —Ve a limpiar —dijo bruscamente. Note que él se sintió avergonzado. Susannah lo miró y envió a Jeremiah al cuarto de baño.

Mi madre limpiaba el mostrador, con los hombros rectos y rígidos.

—Steven, lleva a tu hermana al baño —dijo. Su voz no dejaba lugar a discusión, y Steven me agarró del brazo y me llevó escaleras arriba.

— ¿Crees que estoy en problemas? —Le pregunté a Steven.

Me secó las mejillas bruscamente con un pedazo húmedo de papel higiénico. — Sí. Pero no en problemas como el Sr. Fisher. Mamá le va a decir unas cuantas.

— ¿Qué significa eso?

Steven se encogió de hombros. —Sólo es algo que he oído. Esto significa que él es el único en problemas.

Después de que mi cara estaba limpia, Steven me arrastró de nuevo al pasillo. Mi madre y el Sr. Fisher estaban discutiendo. Nos miramos unos a otros, los ojos enormes cuando escuchamos a nuestra madre decirle,

—Adam, tu parece llevar un sombrero en tu culo. —Yo abrí mi boca, a punto de exclamar, cuando Steven puso su mano en mi boca y me arrastró a la habitación de los niños. Cerró la puerta detrás de nosotros. Sus ojos fueron brillantes de toda la emoción. Nuestra madre había discutido con el Sr. Fisher. Me dijo, —Mamá le dijo al Sr. Fisher un sombrero en tu culo— Yo ni siquiera sabía lo que es un sombrero en tu culo, pero seguro que sonaba divertido. Me imaginé un sombrero que parecía un culo sentado en la cima de la gran cabeza del Sr. Fisher. Y entonces me reí.

Todo fue muy emocionante y terrible. Ninguno de nosotros se había metido nunca en problemas en la casa de verano. No en un gran problema de todos modos. Era prácticamente una zona sin problemas grandes.

Las madres se relajaban en la casa de verano. En cambio en casa, si Steven se metía en problemas, aquí a mamá no parecía importarle tanto. Probablemente porque en la casa de Cousins, nosotros los niños no éramos el centro del mundo. Mi madre estaba ocupada haciendo otras cosas, con macetas y plantas, yendo a galerías de arte con Susannah y dibujando y leyendo libros. Estaba demasiado ocupada para enojarse o molestarse. No teníamos toda su atención.

Esto era a la vez una cosa buena y mala. Buena, porque nos salíamos con la nuestra. Si me quedaba jugando en la playa pasada la hora de dormir, teníamos doble

ración de postre, nadie nos vigilaba. Mal, porque yo tenía la vaga sensación de que Steven y yo no éramos tan importantes aquí, de que había otras cosas que ocupaban la mente de mi madre, recuerdos de una vida pasada, en la cual nosotros no formábamos parte. Y también, la vida secreta dentro de sí misma, donde Steven y yo no existíamos. Como cuando se iba de viaje sola, sin nosotros, sabía que no nos extrañaba mucho, que no pensaba en nosotros.

Odiaba ese pensamiento, pero era la verdad. Las madres tuvieron una vida separada de nosotros. Supongo que nosotros, los niños, también.

# Capítulo 25

Cuando Jeremiah y Conrad volvieron de la playa con sus tablas bajo sus brazos, tenía esta idea loca de que debía avisarles. Con un silbato o algo. Pero yo no sabía silbar, y ya era demasiado tarde de todos modos.

Ellos pusieron las tablas en la casa, y luego subieron los escalones y nos vieron sentados allí. Conrad se tensó, y vi a Jeremiah murmurar, —Mierda— en voz baja. Y luego dijo—. Hola, papá.

Conrad solo se dirigió a la casa. El Sr. Fisher lo siguió y Jeremiah y yo nos miramos el uno al otro por un momento. Se inclinó hacia mí y dijo: —¿Qué tal si tu sacas el auto, mientras yo busco nuestras cosas, y escapamos de aquí?

Me reí, y cubrí mi mano sobre mi boca. Yo dudaba de que el Sr. Fisher apreciara que me riera con todo lo serio que estaba ocurriendo.

Me puse de pie y tiré la toalla a mí alrededor, debajo de mis axilas. Después nos fuimos adentro también.

Conrad y el Sr. Fisher se encontraban en la cocina. Conrad estaba abriendo una cerveza, ni siquiera miraba a su padre— ¿A qué demonios están jugando aquí, niños?—dijo el Sr. Fisher. Su voz sonaba muy fuerte y para nada natural. Él estaba buscando alrededor de la cocina, la sala de estar.

Jeremiah comenzó, —Papá...

El Sr. Fisher miró directamente a Jeremiah y le dijo, —Sandy Donatti me llamó esta mañana y me dijo lo que pasó. Se supone que debías llevar de nuevo a Conrad a la escuela, y no quedarse aquí interfiriendo con la venta.

Jeremiah parpadeó. —¿Quién es Sandy Donatti?

—Ella es nuestro agente de bienes raíces—dijo Conrad. Me di cuenta de que mi boca estaba abierta, y la cerré. Me abracé apretadamente, tratando de hacerme invisible. Tal vez no era demasiado tarde para que Jeremiah y yo hiciéramos esa carrera. Tal vez de esa manera nunca se iba a enterar de que yo sabía acerca de la venta de la casa. ¿Habría alguna diferencia de que yo hubiera sabido eso antes de él solo por esta tarde? Lo dudaba. Jeremiah miró a Conrad, y luego a su padre.

—Yo no sabía que había un agente de bienes raíces. Nunca me dijiste que estabas vendiendo la casa.

—Te dije que era una posibilidad.

—Nunca me dijiste en realidad lo estabas haciendo.—intervino Conrad, hablando sólo a Jeremiah—. No importa. No va vender la casa. —Tomó su cerveza con calma, y todos esperamos para escuchar lo que diría a continuación—. No la puede vender porque no es de él.

—Sí, lo es —dijo el Sr. Fisher, respirando pesadamente—. No estoy haciendo esto por mí. El dinero será para ustedes chicos.

— ¿Crees que me importa el dinero?—Conrad finalmente lo miró, sus ojos estaban fríos. Su voz era monótona—. Yo no soy como tú. Me importa una mierda el dinero. Lo que me importa es la casa. La casa de mamá.

—Conrad...

—Tú no tiene derecho a estar aquí. Deberías irte.

El Sr. Fisher tragó saliva y su nuez de Adán subió y bajó. —No, no me voy a ir.

—Dile a *Sandy* que no se moleste en volver. —dijo Conrad. La palabra “Sandy” fue como un insulto. Lo cual supongo que era.

—Yo soy tu padre —dijo Fisher con voz ronca—. Y tu madre me dejó a mí decidir. Esto es lo que ella hubiera querido.

Conrad habló suave, ásperamente y con su voz temblando cuando dijo, —No hables de lo que ella hubiera querido.

—Ella era mi esposa, maldita sea. Yo también la perdí. —Lo cual era cierto, pero no era lo correcto para decirle a Conrad en ese momento. Solo hizo que alzara el puño y golpeará la pared más cercana a él.

Yo me estremecí. Me sorprendió que no dejara ningún hueco.

Él dijo, —No la perdiste. Tú la dejaste. Tú no sabes nada de lo que ella hubiera querido. Porque nunca estuviste ahí. Fuiste un padre de mierda, incluso un marido de mierda. Así que no te moleste en tratar de hacer las cosas bien ahora. Tú terminas por joder todo.

Jeremiah dijo. —Con, cállate. Cállate.

Conrad se dio la vuelta y le gritó, — ¿Todavía lo defiendes? ¡Fue por eso exactamente por qué no te lo dijimos!

— ¿Dijimos?—repitió Jeremiah. Él me miró, y la mirada afligida en su cara me atravesaba.



Le comencé a hablar, a tratar de explicarle, pero sólo llegué a decir, —Me acabo de enterar hoy, lo juro —cuando el Sr. Fisher me interrumpió.

Él dijo, —Tú no eres el único herido, Conrad. No se puede hablar contigo de esta manera.

—Creo que sí.

La habitación se encontraba en mortal silencio y el Sr. Fisher parecía que podría golpear a Conrad, estaba tan enojado. Se miraron el uno al otro, y yo sabía que Conrad no se iba a retirar. Fue el Sr. Fisher, quien miró a otro lado. —Los compradores regresarán, Conrad. Esto va a suceder. Un berrinche no lo va a parar.

Poco después, él se marchó. Dijo que estaría de vuelta en la mañana, y las palabras sonaron siniestras. Dijo que se hospedaba en la posada de la ciudad.

Estaba claro que no podía esperar para salir de esa casa. Los tres nos quedamos en la cocina después de su partida, ninguno de nosotros decía nada, cualquier cosa. Menos yo. Que no debía ni siquiera estar allí. Por una vez, deseé estar en casa con mi madre y Steven, Taylor, y lejos de todo esto.

Jeremiah fue el primero en hablar. —No puedo creer que él esté vendiendo la casa— dijo, casi para sí mismo.

—Créelo —dijo Conrad duramente.

— ¿Por qué no me lo contaste?— Exigió Jeremiah.

Conrad me miró antes de decir: —No pensé que necesitaras saberlo.

Los ojos de Jeremiah se entrecerraron. — ¿Qué demonios, Conrad? Esta es mi casa también.

—Jere, yo me acabo de enterar. —Conrad se apoyó en la cocina, con la cabeza baja—. Estaba en casa recogiendo algo de ropa. Cuando la agente de bienes raíces, Sandy, llamó y dejó un mensaje en el contestador, diciendo que los compradores se vendrían para ver la casa. Volví a la escuela y tome mis cosas y vine directamente aquí. —Conrad había dejado la escuela y todo lo demás para llegar a la casa de verano, y nosotros aquí pensando que él necesitaba ser salvado. Cuando en realidad, él era el que estaba salvando.

Me sentía culpable por no darle el beneficio de la duda, y yo sabía que Jeremiah también. Nos dimos un vistazo y me di cuenta que estábamos pensando exactamente lo mismo.

Entonces creo que se acordó de que estaba enojado conmigo, también, y él miró hacia otro lado.

—Así que, ¿Eso es todo?— dijo Jeremiah.

Conrad no le respondió de inmediato. Luego alzó la vista y dijo, —Sí, supongo que lo es.

—Bueno, buen trabajo cuidando de todo esto, Con.

—He estado manejando esto por mi cuenta—espetó Conrad—. No es como si tuviera algún tipo de ayuda tuya.

—Bueno, tal vez si me lo hubieras dicho...

Conrad lo interrumpió. — ¿Que hubieras hecho?

—Yo hubiera hablado con papá.

—Sí, exactamente, —Conrad no pudo haber sonado más esquivo.

— ¿Qué diablos significa eso?

—Esto significa que estás tan ocupado besando su culo que ya no ves quien es.

Jeremiah no dijo nada de inmediato, y yo tenía mucho miedo de donde estaba yendo esto. Conrad andaba en busca de una pelea y lo último que necesitábamos era que ellos empezaran a luchar en el piso de la cocina, rompiendo cosas entre ellos.

Esta vez, mi madre no estaba para detenerlos. Era sólo yo, y eso era casi nada.

Y entonces Jeremiah dijo, —Él es nuestro padre. —Su voz fue tranquila, incluso, yo deje escapar un pequeño suspiro de alivio- No habría ninguna pelea, ya que Jeremiah no dejaría que sucediera. Lo admiraba por ello.

Sin embargo, Conrad se limitó a sacudir la cabeza con disgusto. —Es un cabrón de mierda.

—No lo llares así.

— ¿Qué clase de hombre engaña a su esposa y la deja cuando tiene cáncer? ¿Qué clase de hombre hace eso? Ni siquiera puedo soportar mirarlo. Me pone enfermo, jugar al mártir ahora, el viudo en duelo. Pero, ¿Dónde estaba cuando mamá lo necesitó? ¿Eh, Jere?

—No sé, Con. ¿Dónde estabas tú?

La sala quedó en silencio, y sentía como el aire fuera casi crujiente. La forma en que Conrad se encogió, la forma en que Jeremiah contuvo el aliento después de que lo dijo. Él quiso retractarse, me di cuenta, y estaba a punto cuando Conrad dijo, calmadamente, —Eso fue un golpe bajo.

—Lo siento— dijo Jeremiah.

Conrad se encogió de hombros, como si no importa de todas formas.

Y entonces, dije, — ¿Por qué no lo dejan pasar? ¿Por qué tienen que seguir con toda esta mierda que les ha pasado?

—Porque yo vivo en la realidad, a diferencia de ti. Qué prefieres vivir en un mundo de fantasía que ver a las personas por lo que realmente son. —Lo dijo de una manera tan seria que fue difícil creer que era él quien estaba hablando.

Jeremiah se erizo. Me miró y luego miró a Conrad y le dijo, —Tú solo estas celoso. Admítelo.

— ¿Celoso?

—Estás celoso de que papá y yo tenemos una relación real ahora. No es todo acerca de ti, y eso te mata.

Conrad se echó a reír. Era un sonido amargo, terrible. —Eso es una porquería — se volvió hacia mí—. Belly, ¿Estás escuchando esto? Jeremiah piensa que estoy celoso.

Jeremiah me miró, como diciendo ponte de mi lado, y yo sabía que si lo hacía él me perdonaría por lo de la casa. Odiaba a Conrad por ponerme en el medio, por hacerme elegir. No sabía de qué lado estaba.

Ambos tenían razón y ambos estaban equivocados.

Supongo que me tomó demasiado tiempo para responder, porque Jeremiah dejó de mirarme y dijo, —Eres un idiota Conrad. Lo único que quieres es que todos sean tan miserables como tú. —Y entonces se fue. La puerta principal se cerró tras él.

Me sentí como si tuviera que ir tras él. Me sentía como si acabara darle la espalda cuando él más me necesitaba. Entonces, Conrad me dijo, — ¿Soy un idiota, Belly?— Él abrió otra cerveza y estaba tratando de sonar indiferente, pero su mano temblaba.

—Sí, —dije—. De verdad lo eres.

Me acerqué a la ventana y vi a Jeremiah en su automóvil. Era demasiado tarde para seguirlo, ya estaba saliendo de la calzada. A pesar de que estaba enojado, él tenía su cinturón de seguridad.

—Él va a volver—dijo Conrad.

Dudé y le dije, —No deberías haber dicho eso.

—Tal vez no.

—No deberías haberme pedido que lo mantuviera eso en secreto.

Conrad se encogió de hombros como si ya hubiéramos terminado, pero luego volvió a mirar hacia la ventana y yo sabía que él estaba preocupado. Me lanzó una

cerveza y la atrape. Abrí la tapa y bebí un largo trago. Casi no tenía mal sabor. Tal vez me estaba acostumbrado a ello. Me limpie los labios con fuerza. Él me miraba, y había una extraña mirada en su rostro. — Así que te gusta la cerveza ahora, ¿eh?

Me encogí de hombros. — Está bien— Le dije, y me hacía sentir muy adulto. Pero entonces añadí—. Sin embargo todavía prefiero el refresco de cereza.

Casi sonrió cuando dijo, — La misma Belly de siempre. Apuesto a que si cortara tu cuerpo, saldría azúcar blanco.

— Esa soy yo— le dije—. Azúcar y dulces y todo lo bueno.

Conrad dijo, — Yo no sé nada de eso.

Y entonces los dos estábamos tranquilos. Tomé otro sorbo de cerveza y lo puso al lado de Conrad. — Creo que realmente heriste los sentimientos de Jeremiah.

Se encogió de hombros. — Necesitaba un poco de realidad.

— Pero no tenias que hacerlo así.

— Creo que tú fuiste la hirió los sentimientos de Jeremiah.

Abrí mi boca y luego la cerré. Si yo le preguntaba qué quería decir con eso, él me lo diría. Y no quería que me lo dijera. Así que me tomé mi cerveza y le dije, — ¿Y ahora qué?

Conrad no me dejó el tema tan fácilmente. Dijo, — ¿Así que será Jeremiah y tu, o tu y yo?

Se estaba burlando de mí y lo odiaba por ello. Noté que me ardían las mejillas por lo que dije, — ¿Y ahora qué pasara con esta casa?

Él se apoyó contra el mostrador. — No hay nada que hacer, de verdad. Quiero decir, yo puedo conseguir un abogado. Tengo dieciocho años. Podría tratar de impedirlo. Pero dudo que hiciera un cambio. Mi padre es un terco. Y es codicioso.

Vacilante, le dije, — No sé si él lo está haciendo por codicia, Conrad.

Conrad me encaro. — Confía en mí. Él lo está haciendo por eso.

Yo no podía dejar de preguntarme: — ¿Qué pasa con la escuela de verano?

— Me importa un bledo la escuela en este momento.

— Pero...

— Déjalo, Belly. — Entonces él salió de la cocina, abrió la puerta corrediza, y salió.

Y la conversación termino.

# Capítulo 26



## *Jeremiah*

Toda mi vida he admirado a Conrad. Siempre ha sido el más inteligente, rápido, sólo el mejor. La cosa es que yo nunca lo envidiaba por eso. No era más que Conrad. Él no podía dejar de ser bueno en las cosas. No podía evitar ganar en las carreras o sacar mejores calificaciones. Tal vez parte de mí necesitaba a alguien a quien admirar. Mi gran hermano, el hombre que no podía perder.

Pero no fue así aquella vez, cuando tenía trece años. Estábamos luchando en la sala, había sido durante media hora. Mi papá siempre estaba tratando de hacer que lucháramos. Él había estado en el equipo de lucha libre en la universidad, y le gustaba enseñarnos nuevas técnicas. Estábamos luchando, y mi mamá estaba en la cocina, cocinando escalopas de tocino ya que íbamos a tener a personas mayores esa noche y eran las favoritas de mi papa.

—Bloquéalo, Con, —mi padre decía.

Estábamos realmente concentrados en la pelea. Ya habíamos derribado uno de los candelabros de mama. A Conrad le costaba respirar, él había esperado que fuese yo fácilmente de vencer. Pero yo estaba bien, yo no iba a rendirme. Él tenía la cabeza bloqueada bajo el brazo y luego cerré la rodilla y los dos estábamos en el suelo. Yo pude sentir un cambio; Casi lo tenía. Iba a ganar. Mi padre iba a estar tan orgulloso.

Cuando iba a hacer mi movimiento, mi padre dijo, —Connie, te dije que mantuvieras las rodillas dobladas.

Miré a mi padre, y vi la mirada en su rostro. Él tenía esa mirada que ponía a veces, cuando Conrad no estaba haciendo algo bien, las arrugas alrededor de los ojos e irritado. Él nunca me miraba de esa manera.

Él no decía "*Buen trabajo, Jere*" Simplemente comenzaba a criticar a Conrad, diciéndole todas las cosas que podía haber hecho mejor. Conrad lo aceptaba. Él asentía con la cabeza, su rostro rojo, el sudor corría por su frente. Entonces se dirigió a mí y me dijo, de una manera que yo sabía que lo decía en serio, —Buen trabajo, Jere.

Fue entonces cuando mi padre intervino y dijo, —Sí, buen trabajo, Jere.

De repente, me entraron ganas de llorar. Ya no quería vencer Conrad nunca más. No valía la pena.

Después de todo lo que sucedió en la casa, me metí en mi auto y empecé a conducir. No sabía a dónde iría y parte de mí ni siquiera quería volver. Una parte de mí

quería dejar a Conrad hacer frente a esta tormenta por sí mismo, de la forma en que él había querido en primer lugar. Dejando a Belly lidiando con él. Dejemos que él la tenga. Manejé durante media hora.

Pero incluso mientras lo hacía, yo sabía que me gustaría volver atrás en todo. No podía solo irme. Porque ese era el estilo de Con, no mío. Y fue bajo lo que dije sobre que él no estuviera allí para nuestra mamá. No era como si él supiera que ella iba a morir. Estaba en la universidad. No fue su culpa. Pero él no estaba allí cuando todo empeoro otra vez. Todo sucedió tan rápido. Él no podía saberlo. Si él hubiera sabido, se habría quedado en casa. Sé que él lo habría hecho.

Nuestro padre no iba a ganar un premio al Padre Del Año. Él estaba defectuoso, eso era seguro. Pero lo que contaba, era que al final, llegó a casa. Dijo que todas las cosas saldrían bien. Él hizo feliz a mamá. Conrad no lo podía ver. Él no quería verlo.

No regrese a casa de inmediato.

En primer lugar, me detuve en el lugar de pizza. Era hora de la cena, y no había alimentos en la casa. Un chico que conocía, Mikey, estaba trabajando en la caja registradora.

Pedí una pizza grande con todo, y entonces le pregunté si Ron estaba haciendo entregas a domicilio. Mikey dijo que sí, que Ron volvería pronto, que debería esperar.

Ron vive en Cousins durante todo el año. Iba a la universidad de la comunidad durante el día y entregaba las pizzas en la noche. Él era un buen tipo. Había sido quien compraba cerveza a los chicos menores de edad desde hace mucho tiempo. Si le dabas un billete de veinte, él te tomaría en cuenta. Todo lo que sabía era que, si esta iba a ser nuestra última noche, no podía terminar así.

Cuando regresé a la casa, Conrad estaba sentado en el pórtico delantero. Yo sabía que él me estaba esperando, sabía que se sentía mal por lo que había dicho.

Le toque la bocina, saqué la cabeza por la ventana y grite, — ¡Ven a ayudarme con esto!

Bajó del auto la cerveza y la bolsa de licor, y dijo, — ¿Ron?

—Sí, —dije mientras le pasaba dos cajas de cerveza—. Vamos a tener una fiesta.

# Capítulo 27



Después de la pelea, después que el Sr. Fisher se fuera, me fui a mi habitación y me quede allí. No quería estar cerca de Jeremiah cuando regresara, en el caso de que él y Conrad fueran a darse una segunda ronda. A diferencia de Steven y yo, los dos casi nunca se peleaban. En todo este tiempo que yo los he conocido, jamás había visto que lo hicieran, solo como en tres ocasiones. Jeremiah miraba irritado hacia Conrad, y Conrad miraba así a Jeremiah. Era tan simple como eso.

Empecé a buscar alrededor de los cajones y en armario para ver si había algo mío abandonada allí. Mi madre era muy estricta acerca de llevarnos nuestras cosas cada vez que nos marchábamos, pero nunca se sabía. Pensé que era mejor estar segura. El Sr. Fisher dijo que los compradores botarían todo a la basura.

En la parte inferior de la gaveta del escritorio me encontré con un viejo cuaderno que constituía mis días como Harriet la espía. Era de color rosa y verde y amarillo. Había seguido a los niños durante días, tomando notas en el cuaderno hasta que volví loco a Steven loco y le dijo a mamá sobre eso.

Yo había escrito:

*28 de junio. Atrape a Jeremiah bailando frente al espejo cuando pensaba que nadie estaba viendo. ¡Lástima que yo sí!*

*30 de junio. Conrad se comió todas las paletas de hielo azul de nuevo a pesar de que no debería. Pero no se lo dije.*

*1 de julio. Steven me dio una patada sin razón alguna.*

Y así sucesivamente. Me había enfermado en mediados de julio y lo había dejado. Los había perseguido tanto aquella vez. Con ocho años de edad, me hubiera gustado haber sido incluida en todas esas aventuras, me hubiera encantado el hecho de tener que pasar el rato con los chicos, mientras que Steven tuviera que quedarse en casa.

Encontré unas cuantas cosas más, correo no deseado, un brillo de labios de cereza a medio usar, un par de bandas para el cabello. En el estante, estaban mis viejos libros de Judy Blume y mi serie de libros de V.C Andrews. Los libros de Andrews ocultos detrás de otros. Me imaginé que todo eso podía dejarlo atrás.

Lo único que tuve que tomar fue Junior Mint, mi viejo oso de peluche polar, el que Conrad había ganado en el paseo marítimo de un millón de años atrás. No podía

dejar que Junior Mint fuera botado como basura. Había sido especial para mí, una vez, hace un tiempo.

Me quedé arriba por un tiempo, buscando entre mis cosas viejas. Me pareció otra cosa más que valía la pena mantener. Un telescopio de juguete. Recuerdo el día que mi padre me lo compró. Lo había visto en una de las pequeñas tiendas de antigüedades a lo largo del paseo marítimo, y fue caro, pero él me dijo que debería tenerlo. Hubo un tiempo cuando yo estaba obsesionada con las estrellas y los cometas y las constelaciones, y pensé que podría llegar a ser un astrónomo. Resultó ser una fase, pero fue divertido mientras duró. Me gustó la forma en que mi padre me miró, como si fueran momentos padre-hija.

Todavía me miraba de esa manera a veces, cuando le pedía la salsa Tabasco en restaurantes, cuando sintonizó la estación de radio NPR, sin tener que preguntárselo.

La salsa de tabasco me gustaba, pero no tanto como NPR. Lo hacía porque sabía que él se sentía orgulloso.

Me alegré de que el fuese mi padre y no el Sr. Fisher. Nunca habría gritado o discutido conmigo, o no se hubiera enojado por el derrame de Kool-Aid. No sé qué tipo de hombre es. Nunca lo he apreciado lo suficiente para ver qué tipo de hombre que es.



# Capítulo 28



**M**i padre rara vez venía a la casa de verano, un fin de semana en agosto, tal vez, pero eso era todo. Nunca se me ocurrió preguntar por qué. No fue hasta un fin de semana, que él y el Sr. Fisher vinieron al mismo tiempo. Como si tuvieran tanto en común, como si fueran amigos o algo así. No podían ser más diferentes. Al Sr. Fisher le gustaba hablar, hablar, hablar, y mi padre sólo hablaba si tenía algo que decir. El Sr. Fisher estaba siempre mirando Sports Center, mientras que mi padre rara vez veía la televisión, y si lo hacía definitivamente no era deportes.

Los padres iban a un restaurante de lujo en Dyerstown. Una banda tocaba allí los sábados por la noche ya que tenía una pequeña pista de baile. Era extraño pensar en mis padres bailando. Yo nunca los había visto bailar antes, pero estaba segura de que Susannah y el Sr. Fisher bailaban todo el tiempo. Los había visto una vez, en la sala. Recordé cómo Conrad se había sonrojado y se alejó.

Yo estaba acostada sobre mi vientre, en la cama de Susannah, viendo a mi madre y a ella alistándose en el baño principal.

Susannah había convencido a mi madre de llevar un vestido de ella, era de color rojo y tenía un profundo escote en V.

— ¿Qué piensas, Beck?—Mi madre le preguntó con incertidumbre. Yo podría decir que se veía graciosa. Por lo general llevaba pantalones.

—Creo que luces fantástica. Deberías conservarlo. El rojo es tu color, Laurel.

Susannah se enchinaba las pestañas y abría mucho los ojos en el espejo. Cuando se marcharan, me gustaría practicar el uso del rizador de pestañas. Mi madre no tenía uno. Yo sabía que el contenido de su bolsa de maquillaje, un rímel de esos de plástico verde Clinique, algo que fue de regalo en una compra. Tenía un labial y un delineador de ojos café, un tubo rosado y verde, máscara de pestañas Maybelline, y una botella de protector solar. Aburrido.

En cambio el maquillaje de Susannah, era un tesoro. Tenía un bolso de una serpiente marina de oro macizo y las iniciales estaban grabadas en ella.

Dentro de ella había sombras para los ojos y rubores y pinceles y muestras de perfume. Ella nunca tiraba nada. Me gustaba clasificar y organizar todo lo que tenía en ordenadas filas, de acuerdo al color. A veces ella me daba un lápiz de labios o sombra de ojos de muestra, nada demasiado oscuro.

—Belly, ¿Quieres que te maquille tus ojos?—me preguntó Susannah.

Me senté. — ¡Sí!

—Beck, por favor, no le dejes ojos de puta otra vez—dijo mi madre, pasando un peine por su cabello mojado.

Susannah hizo una mueca. —Se llama ojos ahumados, Laurel.

—Sí, mamá, ojos ahumados —Le seguí la corriente.

Susannah me señaló con un dedo. —Ven aquí, Belly.

Me escabullí al baño y me apoyé en el mostrador. Me encantaba que me sentaran con las piernas colgando, escuchando todo como una de ellas.

Ella metió un pequeño pincel en un bote de delineador negro. —Cierra los ojos —dijo.

Obedecí, y Susannah arrastró el pincel a lo largo de mi línea de las pestañas, mezclando hábilmente y quitando el exceso con su pulgar. Luego barrió la sombra sobre mis párpados y yo me removía emocionada en mi asiento. Me encantaba cuando Susannah me maquillaba, pues yo no podía esperar el momento de verme en el espejo.

— ¿Tu y el Sr. Fisher va a bailar esta noche? —Le pregunté.

Susannah se echó a reír. —No sé. Tal vez.

—Mamá, ¿Papá y tú?

Mi madre se echó a reír también. —No sé. Probablemente no. A tu padre no le gusta bailar.

—Papá es aburrido—Le dije, tratando de darme una vuelta y echar un vistazo a mi nuevo aspecto.

Suavemente, Susannah puso las manos sobre mis hombros y me sentó recta.

—Él no es aburrido—dijo mi madre—. Él sólo tiene intereses diferentes. ¿Te gusta cuando te enseña las constelaciones, ¿no?

Me encogí de hombros. —Sí.

—Y él es muy paciente y siempre escucha tus historias, —mi madre me recordó.

—Es cierto. Pero, ¿Qué tiene eso que ver con ser aburrido?

—No mucho, supongo. Pero tiene que ver con ser un buen padre, lo cual es.

—Definitivamente, lo es —coincidió Susana, y ella y mi madre intercambiaron una mirada sobre mi cabeza—. Echa un vistazo de cómo quedaste.

Me di media vuelta y me miré en el espejo. Mis ojos estaban muy oscuros, grises y misteriosos. Me sentí como si fuera yo la que iba a ir a bailar.

—Mira, ella no se ve como una prostituta—dijo Susannah triunfante.

—Parece que tiene un ojo negro —dijo mi madre.

—No, no lo tengo. Me veo misteriosa. Me veo como una condesa. —Salté fuera del mostrador del baño—. Gracias, Susannah.

—En cualquier momento, caramelo.

Nos lanzamos un beso al aire, como dos señoras que almuerzan. Entonces ella me tomó de la mano y me llevó a su dormitorio. Ella me dio su joyero y me dijo, —

Belly, tú que tienes mejor gusto. ¿Me ayudarás a recoger algunas joyas para llevar esta noche?

Me senté en su cama con la caja de madera y abrí el joyero con cuidado. Encontré lo que estaba buscando, el colgantes de ópalo, pendientes con el correspondiente anillo de ópalo. —Usa esto —dije, sujetando las joyas.

Susannah obedeció, y como ella siempre llevaba los pendientes, mi madre dijo, —No sé si eso realmente combina.

En retrospectiva, tampoco yo creo que lo hicieran. Pero me encantaba tanto esa joyería de ópalo. La admiraba más que nada. Así que le dije, —Mamá, ¿qué sabes tú sobre el estilo?

De inmediato, me preocupó que ella se molestara, pero se me había escapado, y era verdad, después de todo.

Mi madre sabía tanto sobre joyería como lo hacía sobre el maquillaje. Pero Susannah se echó a reír, y lo mismo hizo mi madre.

—Baja las escaleras y dile a los hombres que vamos a estar listas en cinco minutos, condesa, —ordenó mi madre.

Salté de la cama e hizo una reverencia de forma espectacular. —Sí, mamá.

Los dos se rieron. Mi madre dijo, —Ve, pequeño diablillo.

Corrí escaleras abajo. Cuando yo era una niña, a cualquier parte que debía ir, iba corriendo. —Están casi listas, —Les grité.

El Sr. Fisher estaba mostrando a mi padre la caña de pescar nueva. Mi padre pareció aliviado al verme, y me dijo, —Belly, ¿Qué te han hecho?

—Susannah me lo hizo. ¿Te gusta?

Mi papá me llamó para que me acercara, mirándome con ojos serios —No estoy seguro. Tienes un aspecto muy maduro.

— ¿Lo tengo?

—Sí, muy, muy maduro.

Traté de esconder mi alegría cuando mi papá me dio un abrazo, apoyé mi cabeza a un lado. Para mí, no había cumplido mejor que ser llamada madura.

Todos se fueron un poco más tarde, los papás en pantalones de vestir y camisas de botón y las madres en sus vestidos de verano. El Sr. Fisher y mi padre no parecían tan diferentes cuando se vestían así. Mi papá me abrazó y me dijo adiós, y me dijo que si aún estaba despierta cuando regresaron, nos sentaríamos en el techo por un tiempo y buscaríamos estrellas fugaces. Mi madre me dijo que probablemente volverían demasiado tarde, pero mi papa guiñó un ojo hacía mí.

A la salida, él le susurró algo a mi madre que le hizo cubrir su la boca, su risa era fuerte. Me pregunto lo que él le dijo.

Fue una de las últimas veces que recordaba verlos felices. Realmente me gustaría haberlo disfrutado más.

Mis padres siempre han sido estables, tan aburridos como dos padres podrían ser. Nunca peleaban. Los padres de Taylor peleaban todo el tiempo. Yo estuve más de una vez en fiesta de pijamas, y el Sr. Jewel llegaba tarde y su madre estaba muy molesta, pisando fuerte en sus zapatillas y lanzando cosas por todas partes. Estábamos en la mesa durante la cena y me gustaba hundirme más y más en mi asiento, y Taylor seguía hablando de cosas estúpidas. Como si Veronika Gerard llevaba los mismos calcetines dos días en el gimnasio o si deberíamos ser voluntarias para el equipo de fútbol JV cuando fuéramos estudiantes de primer año.

Cuando sus padres se divorciaron, le pregunté a Taylor si, de alguna manera, fue un alivio. Ella dijo que no. Dijo que a pesar de que había peleado todo el tiempo, todavía eran una familia. —Tus padres nunca pelean, —dijo, y yo pude notar el desdén en su voz.

Sabía lo que quería decir. Me preguntaba sobre eso también. ¿Cómo es posible que dos personas que habían tenido una vez un apasionado amor, ya ni siquiera peleaban? ¿No se importan lo suficiente para pelear? Y no solo entre ellos, sino también por su matrimonio. ¿Estuvieron alguna vez enamorados? ¿Mi madre se sintió alguna vez de la forma que yo me siento hacia Conrad—viva, loca, borracha, sensible? Esas eran las preguntas que me obsesionaban.

Yo no quería cometer los mismos errores que mis padres hicieron. No quería que mi amor desapareciera un día como una vieja cicatriz. Quería que ardiera para siempre.

# Capítulo 29



Cuando finalmente bajé las escaleras, estaba oscuro y Jeremiah estaba de regreso. Él y Conrad estaban sentados en el sofá, viendo la televisión, como si la pelea nunca hubiera ocurrido. Supuse que esta era la manera en que preferirían los chicos solucionarlo. Cada vez que Taylor y yo nos peleábamos, nos volvíamos locas por lo menos durante una semana y había una lucha de poder sobre quién tiene la custodia de los amigos. “¿De qué lado estás?” les demandábamos a Katie y Marcy. Nos decíamos cosas feas, de aquellas que no se pueden olvidar. Llorábamos y nos reconciliábamos. De alguna manera yo dudaba que Conrad y Jeremiah hubieran estado llorando y reconciliándose mientras yo estaba arriba.

Me preguntaba si había sido perdonada también, por mantener el secreto a Jeremiah, por no ponerme de su lado. Porque era cierto, habíamos venido aquí juntos como pareja, un equipo, y cuando él me necesitaba, yo le había decepcionado. Yo me quedé allí en las escaleras de pie por un segundo, no está segura de sí debía bajar o no, a continuación, Jeremiah me miró y yo sabía que lo estaba. Perdonada, eso era. Él me sonrió, una sonrisa real y una sonrisa real de Jeremiah, del tipo que podría derretir hielo. Le devolví la sonrisa, agradecida.

—Estaba a punto de ir por ti—dijo—. Tendremos una fiesta.

Había una caja de pizza en la mesa de café. — ¿Una fiesta de pizza?—Le pregunté. Susannah solía tener fiestas con pizza para los niños todo el tiempo. Nunca se acababa.

—La Pizza es para la cena.

Sería una fiesta de pizza. Excepto que esta vez, con cerveza. Y tequila. Así será esta vez. Nuestra última noche. Se hubiera sentido más real si Steven estuviera. Se habría sentido completo, nosotros cuatro juntos otra vez.

—Me encontré con algunas personas en la ciudad. Ellos van a venir más tarde y traerán un barril.

— ¿Un barril?—Repetí.

—Sí. Un barril, ya sabes, de cerveza.

—Oh, está bien, —dije—. Un barril.

Luego me senté en el suelo y él abrió la caja de pizza. Tomé una rebanada, y era uno pequeño. —Ustedes son como los jabalíes—dije, metiéndola en mi boca.

— ¡Vaya, lo siento!—dijo Jeremiah. Luego fue a la cocina, y cuando regresó, tenía tres vasos. Tenía uno colocado debajo del codo. Él me dio uno para mí—. Salud—dijo. Le entregó un vaso a Conrad también.

Lo olfateé con desconfianza. Era de color marrón claro con una rodaja de limón flotando en la superficie.

—El olor es fuerte —dije.

—Eso es porque es tequila, —cantó. Levantó su vaso en el aire—. Por la última noche.

—Por la última noche, —repetimos.

Ambos bebieron de un solo golpe. En cambio yo solo di un sorbo pequeñito a mí bebida, y no era demasiado malo. Nunca antes había bebido tequila. Bebí el resto rápidamente. —Esto está muy bueno, —Le dije—. No es tan fuerte.

Jeremiah rió. —Eso es porque el tuyo es noventa y cinco por ciento de agua.

Conrad rió también, y los miré a ambos. —Eso no es justo—dije—. Yo quiero beber lo que ustedes están bebiendo.

—Lo siento, pero no le servimos a menores de edad aquí—dijo Jeremiah, cayendo a mi lado en el suelo.

Le di un puñetazo en el hombro. —Tú también eres un menor de edad. Todos lo somos.

—Sí, pero en realidad eres una menor de edad—dijo—. Mi mamá me mataría.

Fue la primera vez que uno de nosotros mencionaba a Susannah. Mis ojos se lanzaron a Conrad, pero su rostro estaba en blanco. Dejé escapar un suspiro. Y entonces tuve una idea, la mejor idea nunca. Di un salto y abrí las puertas de la consola de TV. Pasé los dedos a lo largo de los cajones de DVDs y videos caseros, todos perfectamente etiquetados con la letra cursiva de Susannah.

Encontré lo que estaba buscando.

— ¿Qué estás haciendo?—me preguntó Jeremiah.

—Espera, —dije, de espaldas a ellos. Encendí la televisión y apareció la imagen en la TV. En la pantalla, un Conrad, de doce años. Con frenillos y la piel mala.

Él estaba acostado sobre una toalla de playa, con el ceño fruncido. No dejaría que nadie tomara una foto de él en ese verano.

El Sr. Fisher estaba detrás de la cámara, como siempre, diciendo, —Vamos. Di Feliz Cuatro de Julio, Connie.

Jeremiah y yo nos miramos el uno al otro y nos echamos a reír. Conrad nos miraba.

Hizo un movimiento para alcanzar el mando a distancia, pero Jeremiah lo tomó primero. Lo sostuvo por encima de su la cabeza, riendo sin aliento. Los dos comenzaron a luchar, y luego se detuvieron.

La cámara se había centrado en Susannah, vestida con su sombrero de playa grande y una larga camisa blanca por encima de su traje de baño.

—Suze, cariño, ¿Cómo te sientes hoy, en el cumpleaños de nuestra nación?

Ella rodó los ojos. —Dame un descanso, Adam. Ve a grabar a los niños. —Y después se quitó su sombrero, sonrió de forma lenta. Era la sonrisa de una mujer que real y verdaderamente amaba a la persona con la cámara de vídeo.

Conrad dejó de luchar por el control remoto y observo por un momento, luego dijo, —Apágala.

Jeremiah dijo, — ¡Vamos, hombre. Vamos a ver. —Conrad no dijo nada, pero no dejaba de mirar.

Y luego la cámara estaba sobre mí, y Jeremiah se estaba riendo de nuevo. Conrad también.

Esto era lo que estaba esperando. Sabía que iba a conseguir una risa. Yo, con gafas enormes y un arco iris de rayas en mi bikini, mi estómago redondo apareciendo en el fondo como una niña de cuatro años de edad. Estaba gritando todo lo que permitían mis pulmones, huyendo de Steven y Jeremiah. Me estaban persiguiendo con lo que según ellos era una medusa, pero lo que más tarde se descubrió que era un grupo de algas marinas.

El cabello de Jeremiah era blanco y rubio a la luz del sol, y se veía exactamente como yo recordaba.

—Bells, te ves como una pelota de playa—dijo, jadeando con la risa.

Yo también me reí un poco. —Ten cuidado—dije—. Ese verano fue muy bueno. Todos nuestros veranos fueron realmente... grandiosos—Grandioso ni siquiera los describía.

En silencio, Conrad se levantó y volvió con el tequila. Nos sirvió un poco, y esta vez el mío no estaba diluido.

Todos tomamos una foto juntos, y cuando yo bebí de mi bebida sentí que quemaba, las lágrimas corrían por mi cara. Conrad y Jeremiah comenzaron a reírse nuevamente.

—Chupa el limón —Me dijo Conrad, y así lo hice.

Pronto me sentí caliente y perezosa y genial. Me acosté en el piso con mi pelo desplegándose hacia fuera y me quede mirando el techo y vi el ventilador dando vuelta y vuelta.

Cuando Conrad se levantó y fue al cuarto de baño, Jeremiah se dio la vuelta en su lado.

—Oye, Belly —dijo—. Verdad o reto.

—No seas tonto —Le dije.

—Oh, vamos. Juega conmigo, Bells. ¿Por favor?

Rodé los ojos y me senté. —Reto.

Sus ojos tenían aquel brillo de trampa. No había visto esa mirada en sus ojos desde antes de Susannah se volvió a enfermar. —Te reto a que me des un beso, al estilo de la vieja escuela. He aprendido mucho desde la última vez.

Reí. Lo que yo había estado esperando que dijera no era esto. Jeremiah inclinó su rostro hacia mí y me reí de nuevo. Me incliné hacia él, sacó su mentón hacia mí, y lo bese en la mejilla con un fuerte sonido.

— ¡Oh, hombre! —protestó—. Eso no es un beso de verdad.

—No has especificado —dije, y mi rostro se sentía caliente.

—Vamos, Bells, —dijo—. Así no nos besaríamos la otra vez.

Conrad volvió a entrar en la habitación, entonces, limpiándose las manos en sus pantalones vaqueros. Él dijo, — ¿De qué estás hablando, Jere? ¿No tienes una novia?

Miré a Jeremiah, cuyas mejillas estaban encendidas. — ¿Tienes novia?—Y escuché la acusación en mi voz y lo odié. No era como si Jeremiah me debiera algo. No me pertenecía. Pero él siempre me hizo sentir como si lo hiciera.

Durante todo este tiempo juntos, y ni una sola vez mencionó que él tenía una novia. No lo podía creer. Supuse que no era el único que guardaba secretos, y el pensamiento me entristeció.

—Hemos roto. Ella va a la escuela de Tulane, y yo me quedo por aquí. Es por eso que nosotros decidimos que no hay razón para estar juntos. —Miró a Conrad y luego volvió a mí—. Y siempre hemos estado yendo y viniendo. Ella está loca.

Odiaba la idea de él con una loca, una chica que le gustaba lo suficiente como para ir volver a una y otra vez. —Bueno, ¿Cómo se llama?—Le pregunté.

Dudó. —Mara —dijo al fin.



El alcohol en mí me dio el valor para decir: — ¿La quieres?

Esta vez no lo dudó. —No —dijo.

Elegí un trozo de pizza y le dije, —Bueno, me toca a mí. Conrad, ¿Verdad o reto?

Estaba tendido boca abajo sobre el sofá. —Nunca dije que estaba jugando.

—Gallina—, dijimos Jeremiah y yo juntos.

—Ustedes dos tienen dos años —murmuró Conrad.

Jeremiah se levantó y comenzó a hacer su baile del pollo. —Bock Bock Bock Bock.

— ¿Verdad o reto?— repetí.

Conrad se quejó. —Verdad.

Yo estaba tan contenta de que Conrad estuviera jugando con nosotros, que yo no podía pensar en nada bueno para preguntar. Quiero decir, había un millón de cosas que quería preguntarle. Quería preguntarle qué nos había sucedido a nosotros, si alguna vez le gustó, si nada de eso había sido real.

Pero yo no podía hacer esas cosas. Incluso a través de mi bruma de tequila, yo sabía que era mucho.

En su lugar, le pregunté, — ¿Recuerdas aquel verano donde te gustaba esa chica que trabajaba en el paseo marítimo? ¿Angie?

—No, —dijo, pero yo sabía que estaba mintiendo—. ¿Qué pasa con ella?

— ¿Alguna vez tuviste algo con ella?

Conrad finalmente levantó la cabeza desde el sofá. —No —dijo.

—No te creo.

—Lo intenté, una vez. Pero ella me dio un puñetazo en la cabeza y me dijo que no era esa clase de chicas. Creo que era un testigo de Jehová o algo así.

Jeremiah y yo rompimos en carcajadas. Jeremiah se reía tan fuerte, que se dobló y cayó de rodillas. —Oh, hombre —dijo con voz entrecortada—. Eso es impresionante.

Y lo era. Sabía que era sólo porque había tomado cerca de una caja de cerveza, pero Conrad hablando, diciéndonos cosas... se sentía increíble. Como un milagro.

Conrad se irguió sobre el codo. —Está bien. Me toca a mí.

Él me miraba como si fuéramos las únicas dos personas en la habitación, y de repente estaba aterrorizada. Y eufórica. Pero luego miró a Jeremiah, y ambos me miraban, y tan de repente, lo sabía.

Solemnemente me dijo: —Oh, no. No me puedes preguntar, porque acabo de preguntarte. Es la regla.

— ¿La regla?— repitió.

—Sí, — dije, inclinándome mi cabeza contra el sofá.

— ¿No sientes al menos curiosidad por saber qué iba a hacer?

—Nop. Ni siquiera un ápice. —Lo cual era una mentira. Por supuesto que sentía curiosidad. Me estaba muriendo por saber.

Estiré la mano y echó un poco más tequila en mi vaso y luego me puse de pie, mis rodillas temblando. Me sentía mareada. — ¡Por nuestra última noche!

—Nosotros ya brindamos por eso, ¿Recuerdas?— dijo Jeremiah.

Le saque la lengua. —Bien, entonces. —El tequila me hizo sentir valiente otra vez. Esta vez, permítanme decir lo que realmente quería decir. Lo que yo había estado pensando durante toda la noche. —Esto es por... esto es por todo el mundo que no está aquí esta noche. Por mi mamá, y Steven, y Susannah, por encima de todo. ¿De acuerdo?

Conrad me miró. Por un momento, yo tenía miedo de lo que decía. Y entonces él levantó su vaso también, y así lo hizo Jeremiah. Todos bebiendo de los vasos juntos, y el líquido quemando como el fuego. Tosí un poco.

Cuando me senté de nuevo le pregunté a Jeremiah, —Por lo tanto, ¿Quién va a venir a esta fiesta?

Se encogió de hombros. —Algunos chicos de la piscina del club que conocí verano pasado. Ellos le dirán a otra gente también. Ah, y Mikey y Pete y esos chicos.

Me pregunté quienes eran Mikey y Pete y los chicos. También me pregunté si debía limpiar antes que la gente viniera.

— ¿A qué hora la gente vendrá?— Le pregunté Jeremiah.

Se encogió de hombros. — ¿Diez? ¿Once?

Salté de mi lugar. — ¡Son ya casi las nueve! Tengo que vestirme.

Conrad dijo, — ¿No estás ya vestida?

Ni siquiera me molestó en responderle. Solo subí la escalera.

# Capítulo 30

Tenía el contenido de mi maleta esparcido por el suelo cuando Taylor llamó. Fue cuando recordé que era sábado. Se sentía como si hubiera sido mucho más tiempo. Después me acordé que era cuatro de julio. Y se suponía que debía de estar en un barco con Taylor y Davis y los demás.

—Hey, Taylor —dijo.

— Hey, ¿Dónde estás? —Taylor no sonaba molesta, lo que era un poco raro.

—Um, aún estoy en Cousins. Siento no haber regresado a tiempo para la fiesta en el barco.

Del montón de ropa, escogí una blusa de un solo hombro y me la probé. Cada vez que Taylor la llevaba, usaba el cabello recogido a un lado.

—Ha estado lloviendo todo el día, por lo que se canceló la fiesta. Cory tiene una fiesta en el lugar de su hermano. ¿Y tú?

—Creo que también estamos teniendo una fiesta. Jeremiah acaba de comprar un montón de cerveza y tequila y esas cosas, —le dije, ajustado la blusa. No sabía cuánto hombro se suponía debía mostrar.

— ¿Una fiesta? —gritó—. ¡Quiero ir!

Traté de ponerme una de las sandalias de plataforma de Taylor. Deseé el no haber mencionado la fiesta—o el tequila. Recientemente, Taylor estaba demente por los tragos de tequila. — ¿Qué hay sobre la fiesta de Cory? —dije—. Escuché que el lugar de su hermano tiene un jacuzzi. Tú amas los jacuzzis.

—Oh, sí. Maldición. ¡Pero también quiero ir a la fiesta de ustedes! Las fiestas en la playa son las más divertidas, —dijo—. De todos modos, he oído de Rachel Spiro que un grupo de putas de primer año irán. Ni siquiera valdría la pena que vaya. ¡OMG, tal vez debería simplemente tomar mi coche y conducir a Cousins!

—Para cuándo llegues, todo el mundo se habrá ido. Probablemente deberías ir a la fiesta de Cory.

Oí un coche estacionarse en la calzada. Las personas ya estaban aquí. Por lo tanto, no era como si le estuviera mintiendo.

Estaba a punto de decirle a Taylor que tenía que irme cuando dijo en con una vocecita, — ¿Tú no quieres que vaya?

—Yo no he dicho eso, —dije.

—Básicamente lo dijiste.

—Taylor, —comencé. Pero no sabía cómo continuar. Porque ella tenía razón. Yo no quería que viniera. Si ella venía, todo sería sobre ella, como siempre lo era. Esta era mi última noche en Cousins, en esta casa. Nunca estaría nuevamente en esta casa, nunca. Quería que esta noche fuera sobre Conrad, Jeremiah y yo solamente.

Taylor esperó a que yo digiera algo, para negarlo, al menos, y cuando no lo hice, explotó. —Ni si quiera puedo creer lo egoísta que eres, Belly.

— ¿Yo?

—Sí, tú. Quieres que la casa de verano y los chicos sólo para ti y no quieres compartir nada conmigo. ¡Por fin tenemos un verano para nosotras y ni siquiera me prestas atención! Todo lo que te importar es estar en Cousins, con ellos —Taylor sonaba tan rencorosa. Pero en lugar de sentirme culpable como normalmente lo haría, me sentí molesta.

—Taylor, —le dije.

—Deja de decir mi nombre así.

— ¿Cómo?

—Como si fuera un niño.

—Entonces deberías de dejar de actuar como uno sólo porque no se te invitó a alguna parte —Tan pronto como lo dije, me arrepentí.

— ¡Vete a la mierda, Belly! He soportado tanto. Eres una mierda de amiga, ¿lo sabes?

Dejé escapar un suspiro. —Taylor... cállate.

Se quedó sin aliento. — ¡No te atrevas a decirme que me calle! No he sido nada pero comprensiva contigo, Belly. Escucho toda tu basura sobre Conrad y no me quejo. Cuando ustedes rompieron, ¿Quién fue la que te alimentaba Chunky Monkey y te sacaba de la cama? ¡Yo! Y ni siquiera agradeces eso. Ya ni siquiera eres divertida.

Sarcásticamente, le dije, —Ay, Dios, Taylor, siento mucho el no ser divertida. Pero el perder un ser amado hace eso.

—No hagas eso. No le echas la culpa a eso. Has estado detrás de Conrad desde que te conozco. Se está haciendo patético. ¡Superarlo! Él no te quiere. Tal vez nunca lo hizo.

Eso tal vez fue lo más malvado que me había dicho nunca. Tal vez podría haberle pedido disculpas si no hubiera dicho, — ¡Por lo menos yo no perdí mi virginidad con un chico que se afeita las piernas!

Se quedó callada. En confianza, Taylor me dijo una vez que Davis se afeitaba las pernas para el equipo de natación. Guardó silencio por un momento. Y entonces dijo, —Mas te vale que no uses mis plataformas esta noche.

—Demasiado tarde. ¡Ya las estoy usando! —Y después colgué.

No lo podía creer. Taylor era la amiga de mierda, no yo. Ella era la egoísta. Estaba tan enojada, mi mano temblaba cuando me colocaba el delineador de ojos y tuve que limpiarlo y volver a empezar de nuevo. Llevaba la blusa de Taylor y sus zapatos y el cabello a un lado también. Lo hice porque sabía que la haría enojar.

Y luego, el último de todos, me puse el collar de Conrad. Lo metí debajo de mi camisa, y luego fui abajo.

# Capítulo 31

— **B**ienvenido, —le dije a un muchacho en una camiseta de Led Zeppelin.  
—Lindas botas, —dije a una chicas con botas vaqueras.

Me abrí paso entre la habitación, ofreciendo bebidas y recogiendo latas vacías. Conrad me miraba con los brazos cruzados. — ¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Estoy tratando de hacer que todos se sientan como en casa, —le expliqué, ajustándome la blusa de Taylor.

Susannah era una excelente anfitriona. Ella tenía un talento para que la gente se sintiera bienvenido, querido. Las palabras de Taylor me seguían dando vueltas en la cabeza.

No era egoísta. Era una buena amiga, una buena anfitriona. Se lo demostraría.

Cuando Travis de Video World puso los pies en la mesa de café y casi golpeó un florero, le grité, —Ten cuidado. Y quita tus pies de los muebles —Como una idea de último momento, añadí—. Por favor.

Estaba a punto de regresar a la cocina por más bebidas cuando la vi. La chica del verano pasado. Nicole, la chica que a Conrad le gustaba, estaba de pie en la cocina hablando con Jeremiah. No llevaba su gorra de los Medias Rojas, pero podía reconocer su perfume en cualquier lugar. Olía como extracto de vainilla y rosas en descomposición.

Conrad debió haberla visto al mismo tiempo que yo porque suspiró y murmuró, —Mierda.

— ¿Le rompiste el corazón? —le pregunté. Traté de sonar burlona y sin preocupaciones.

Debí de haber tenido éxito porque me tomó de la mano y agarró la botella de tequila y dijo, —Salgamos de aquí.

Lo seguí como si estuviera en un trance, sonámbula. Porque era como un sueño, su mano en la mía. Estábamos casi fuera de la casa cuando Jeremiah nos vio. Mi corazón se hundió. Él nos hizo señas y gritó, — ¡Chicos! Vengan a saludar.

Conrad soltó mi mano, pero no el tequila. —Hey, Nicole, —dijo, caminando hacia ella. Agarré un par de cervezas y lo seguí.

—Oh, hola, Conrad, —dijo Nicole, sorprendida, como si no lo hubiera estado observando todo el tiempo que habíamos estado en la cocina. Se puso de puntitas y lo abrazó.

Jeremiah captó mi atención y levantó las cejas cómicamente. Él me sonrió.

—Belly, recuerdas a Nicole, ¿verdad?

—Por supuesto, —dije. Le sonreí. Anfitriona perfecta, me recordé.

Desinteresada.

Con mucho cuidado, me devolvió la sonrisa. Le entregué una de las cervezas que llevaba.

—Salud, —le dije, abriendo la mía.

—Salud—hizo eco. Chocamos las latas y bebimos. La mía la bebí rápidamente. Cuando terminé, tomé otra y la bebí, también.

De repente la casa se sentía demasiado tranquila, así que encendí la radio. La puse a todo volumen y me quité los zapatos. Susannah siempre decía que no era una fiesta sin música. Agarré a Jeremiah, lancé un brazo alrededor de su cuello y bailé.

—Belly... —protestó.

— ¡Sólo baila, Jere! —grité.

Y sí lo hizo. Era un buen bailarín, ese Jeremiah. Otras personas empezaron a bailar también, incluso Nicole. Conrad no lo hizo, pero no me importó. Apenas me di cuenta.

Bailé como si fuera 1999. Bailé como si mi corazón se estuviera rompiendo, y si lo estaba. La mayoría de las veces sólo sacudía mi cabello alrededor.

Estaba muy sudorosa cuando dije, — ¿Podemos nadar en la piscina? ¿Una última vez?

Jeremiah dijo, —Olvídate de eso. Vamos a nadar en el océano.

— ¡Sí! —sonaba como una gran idea para mí. Una idea perfecta.

—No—dijo Conrad, quien salió de la nada. De pronto estaba a mi lado—. Belly está borracha. No debe nadar.

Lo miré y fruncí el ceño. —Pero yo quiero, —le dije.

Se echó a reír. — ¿Y qué?

—Mira, soy una nadadora muy buena. Y ni siquiera estoy borracha —Caminé en línea semirrecta para probar mi punto.

—Lo siento, —dijo—. Pero sí lo estás.

Estúpido, aburrido Conrad. Se ponía tan responsable en los peores momentos.

—Tú no eres divertido —Miré a Jeremiah, quien estaba sentado en el piso.

—Él no es divertido. Y no es nuestro jefe. ¿Verdad?

Antes de que Jeremiah o cualquier otra persona me pudiera contestar, corrí por las puertas deslizantes y luego por las escaleras y hacia la playa. Me sentí como un cometa, una luz en el cielo, como si no hubiera usado mis músculos en demasiado tiempo y se sentía genial estirar mis piernas y correr.

La casa, iluminada con personas dentro, se sentía a un millón de millas de distancia. Sabía que él vendría detrás de mí. No tenía que dar la vuelta para saber que era él. Pero lo hice de todos modos.

—Regresa a la casa, —dijo Conrad. Tenía la botella de tequila en la mano. Tomé la botella y tomé un trago como si lo hubiera hecho un millón de veces antes, como si fuera el tipo de chica que podía beber directamente de la botella.

Estaba orgullosa de mí misma por no escupirla. Di un paso hacia el agua, sonriéndole enormemente a él. Lo estaba poniendo a prueba.

—Belly, —advirtió—. Te lo diré desde ahora, no voy a sacar tu cuerpo muerto del océano cuando te ahogues.

Rodé los ojos y sumergí un dedo en el agua. El agua estaba más fría de lo que había pensando. De repente, nadar ya no sonaba una buena idea. Pero odiaba dejar ganar a Conrad. Odiaba perder contra él. — ¿Me vas a detener?

Suspiró y miró hacia la casa.

Seguí, tomé otro trago de tequila. Cualquier cosa para que me prestara atención. —Lo digo, porque soy una mejor nadadora que tú. Soy demasiado, demasiado más rápida. Es probable que no pudieras alcanzarme aunque lo quisieras.

Me estaba mirando otra vez. —No voy a ir detrás de ti.

— ¿En serio? ¿En verdad no irás? —Di un gran paso, luego otro. El agua estaba hasta mis rodillas. Era marea baja, y estaba temblando. Realmente fue una estupidez. Ni siquiera quería nadar más. No sabía lo que estaba haciendo. Del otro lado de la playa, alguien disparó un petardo. Sonó como un misil. Parecía como un sauce de plata. Lo vi bajar hasta llegar al mar.

Y justo cuando comencé a sentirme decepcionada, justo cuando me había resignado al hecho que no le importaba, se movió hacia mí. Él me lanzó hacia arriba, sobre su hombro.



Tiré la botella en el océano.

— ¡Bájame! —le grité, golpeando su espalda.

—Belly, estás borracha.

— ¡Bájame ahora mismo!

Y por primera vez, escuchó. Me dejó caer, justo en la arena, sobre mi trasero.  
— ¡Ay! ¡Eso dolió!

No dolió mucho, pero estaba enojada, y más que eso, me daba vergüenza. Le pateé arena en la espalda y el viento la sopló en mi rostro. —Idiota, —le grité, farfuleando y escupiendo arena.

Conrad negó con la cabeza y se alejó de mí. Sus jeans estaban mojados. Se estaba alejando. Realmente se estaba alejando. Había arruinado todo otra vez.

Cuando me levanté me sentí mareada por lo que casi me caí de vuelta.

—Espera, —le dije, mis rodillas se tambalearon. Empujé mi cabello lleno de arena fuera de mi rostro y respiré hondo. Tenía que decirlo, tenía que decirle. Mi última oportunidad.

Él dio la vuelta. Su rostro era una puerta cerrada.

—Espera un segundo, por favor. Tengo que decirte algo. Siento mucho la forma en la que actué ese día —Mi voz era alta y desesperada, y estaba llorando, odiaba llorar, pero no podía evitarlo. Tuve que seguir hablando, porque tenía que hacerlo. Mi última oportunidad—. En... el funeral, fui horrible contigo. Fui horrible y estoy muy avergonzada de cómo me comporte. No fue como yo quería que las cosas fueran, no lo fueron en lo absoluto. Realmente, realmente, quería estar allí para ti. Es por eso que vine a buscarte.

Conrad parpadeó una vez y luego otra. —Está bien.

Me sequé las mejillas y la nariz. — ¿Qué quiere decir eso? ¿Tú me perdonas?

—Sí, —dijo—. Te perdono. Ahora deja de llorar, ¿De acuerdo?

Di un paso hacia a él, cada vez más cerca, y él no retrocedió. Estábamos lo suficientemente cerca como para besarnos. Estaba conteniendo la respiración, deseando que las cosas fueran como antes.

Di un paso más cerca y fue entonces cuando dijo, —Vamos de regreso a casa, ¿De acuerdo?

Conrad no esperó a que respondiera. Simplemente comenzó a alejarse, y yo lo seguí. Sentí como si me fuera a estar enferma.

Así como así, el momento había terminado. Fue en momento donde cualquier cosa pudo haber sucedido. Pero él lo había terminado.

De vuelta en casa, la gente estaba nadando en la piscina con sus ropas. Unas pocas chicas agitaban bengalas. Clay Bertolet, nuestro vecino, estaba flotando a lo largo del borde de la piscina. Me agarró de los tobillos—Vamos, Belly, nada conmigo, —dijo.

—Suéltame, —le dije, dándole patadas y salpicaduras a su rostro en el proceso.

Me abrí camino a través de todas las personas en el porche y me dirigí de nuevo a la casa. Accidentalmente pisé el pie de una chica y ella gritó, —Lo siento, —dije, mi voz sonando muy lejos. Estaba tan mareada. Sólo quería estar en mi cama.

Me arrastré por las escaleras con las manos, como un cangrejo, como solía hacerlo cuando era pequeña. Caí en la cama, y fue como dicen en las películas, la habitación estaba dando vueltas. La cama estaba dando vueltas, y entonces recordé todas las cosas estúpidas que dije y me puse a llorar.

Hice una tonta de mí misma en esa playa. Fue desbastador, todo. Susannah se ha ido, el pensar que esta casa ya no sería nuestra, dándole a Conrad la oportunidad de rechazarme otra vez. Taylor tenía razón: era una masoquista.

Me acosté en mi lado y abracé mis rodillas en mi pecho y lloré. Todo estaba mal, y sobre todo yo. De pronto, sólo quería a mi madre.

Me estiré a través de la cama para tomar el teléfono de la mesita de noche. Los números brillaban en la oscuridad. Mi madre respondió en el cuarto timbrado.

Su voz sonaba soñolienta y familiar de una manera que me hizo llorar más fuerte. Más que nada en el mundo, quería llegar a través del teléfono y tráela aquí.

—Mami, —dije. Mi voz salió como un graznido.

— ¿Belly? ¿Qué sucede? ¿Dónde estás?

—Estoy en casa de Susannah. En la casa de verano.

— ¿Qué? ¿Qué estás haciendo en la casa de verano?

—El Sr. Fisher va a venderla. Él la va a vender y Conrad está tan triste y el Sr. Fisher ni siquiera le importa. Él sólo quiere deshacerse de la casa. Quiere deshacerse de ella.

—Belly, tranquilízate. No puedo oír lo estás diciendo.

—Sólo ven, ¿De acuerdo? Por favor, sólo ven y arréglalo.

Y después colgué, porque de pronto el teléfono se sintió demasiado pesado en mi mano. Alguien estaba lanzando fuegos artificiales afuera, y sentía como si mi cabeza latía junto con ellos. Después cerré los ojos y fue peor. Pero mis párpados pesaban demasiado y pronto me quedé dormida.

# Capítulo 32



## *Jeremiah*

**D**espués de que Belly subió a dormir, boté a todo mundo hasta que sólo quedamos Conrad y yo. Estaba tendido boca abajo en el sofá. Había estado tumbado allí desde que él y Belly regresaron de la playa. Los dos estaban mojados y arenosos. Belly estaba borracha y había estado llorando, podía notarlo. Tenía los ojos enrojecidos. Por culpa de Conrad —no había duda sobre eso.

La gente había traído arena en el interior y estaba por todo el piso. Había botellas y latas por doquier, y alguien se había sentado en el sofá en una toalla húmeda y ahora el cojín tenía una mancha de color naranja. Lo volteé, —La casa es un desastre, —dije, dejándome caer en el La-Z-Boy—. Papá pegará el grito en el cielo si la ve así mañana.

Conrad no abrió los ojos, —Lo que sea. Lo limpiaremos en la mañana.

Lo miré, sólo sintiéndome molesto. Estaba enfermo de siempre limpiar su desastre. —Nos va a llevar horas.

Entonces abrió los ojos, —Tú fuiste el que invitó a todos.

Tenía un punto. La fiesta había sido mi idea. No era el desorden sobre lo que estaba molesto. Era Belly. Él y ella, juntos. Me ponía enfermo.

—Tus vaqueros están mojados —le dije—. Estás poniendo arena en todo el sofá.

Conrad se incorporó, se frotó los ojos. — ¿Cuál es tu problema?

No podía soportarlo más. Empecé a levantarme, pero luego volví a sentarme. — ¿Qué diablos sucedió afuera con ustedes?

—Nada.

— ¿Qué significa “nada”?

—Nada significa nada. Sólo déjalo, Jere.

Odiaba cuando se ponía así, todo estoico y distante, sobre todo cuando estaba molesto.

Siempre había sido así, pero era más y más en estos días. Cuando nuestra madre murió, él cambió. Conrad no daba una mierda sobre nada ni nadie. Me pregunté si eso incluía a Belly.

Tenía que saber. Sobre él y ella, saber cómo se sentía él, lo que él iba hacer al respecto.

Así que le pregunté, — ¿Aún te gusta?

Se me quedó mirando. Se sorprendió demasiado, me di cuenta. Nunca habíamos hablado sobre ella antes, no de esta manera. Probablemente fue bueno atraparle con la guardia baja. Tal vez diría la verdad.

Si decía que sí, todo había terminado. Si él decía que sí, me daría por vencido. Podría vivir con eso.

Si fuera cualquier otro y no Conrad, lo intentaría de todos modos. Le habría dado una última oportunidad.

En vez de responder la pregunta, dijo, — ¿A ti?

Podía sentirme a mí mismo sonrojarme. —No fui yo quien la llevó al baile de graduación.

Conrad pensó eso y luego dijo. —Yo sólo la llevé porque ella me lo pidió.

—Con. ¿Te gusta ella o no, caramba? —Dudé durante unos dos segundos y luego me arriesgué—. Porque a mí sí. Me gusta. Realmente me gusta. ¿Y a ti?

Él ni se inmutó, ni siquiera dudó. —No.

Eso realmente me molesto.

Él estaba lleno de mierda. A él le gustaba. Aún más que gustarle. Pero él no podía admitirlo, no tenía la hombría para hacerlo. Conrad nunca sería eso chico, el tipo de chico que Belly necesitaba.

Alguien que estaría allí para ella, alguien en quien contar. Yo sería. Si ella me lo permitía, yo sería ese chico.

Estaba molesto con él, pero tenía que admitir que me sentía aliviado, también. No importaba cuantas veces él la lastimaba, sabía que si él la quería de regreso, ella era de él. Ella siempre lo había sido.

Pero tal vez ahora que Conrad no estaba en el camino, ella también me vería allí.

# Capítulo 33

*05 de Julio*

**B**elly.  
Traté de darme la vuelta, pero luego lo escuché de nuevo, más fuerte.  
— ¡Belly! — Alguien estaba tratando de despertar.

Abrí los ojos. Era mi madre. Tenía círculos oscuros alrededor de sus ojos y su boca había desaparecido en una delgada línea. Llevaba los pants que usaba en casa, nunca salía de casa con ellos puestos, ni siquiera para ir al gimnasio. ¿Qué rayos estaba haciendo en la casa de verano?

Hubo un sonido el cual al principio pensé que era la alarma, pero luego me di cuenta de que era el teléfono, era la señal de ocupado lo que escuchaba. Y entonces me acordé. Había llamado a mi madre cuando estaba borracha. La había traído hasta aquí.

Me senté, mi cabeza latiendo con tanta fuerza que sintiera como si mi corazón estuviera latiendo dentro.

Así que esto era como se sentía una resaca. Me había dejado mis contactos puestos y mis ojos ardían. Había arena por toda la cama y alguna se había pegado en mis pies.

Mi madre se puso de pie; —Tienes cinco minutos para empacar tus cosas.

— Espera... ¿qué?

— Nos vamos.

— Pero no puedo irme todavía. Todavía tengo que...

Era como si ella no pudiera oírme, como si yo estuviera en silencio. Empezó a recoger mis cosas del piso, tirando las sandalias y pantalones cortos de Taylor en mi bolsa de viaje.

— ¡Mamá, detente! Sólo para por un minuto.

— Nos vamos en cinco minutos, — repitió, mirando alrededor de la habitación.

— Escúchame un segundo. Tenía que venir. Jeremiah y Conrad me necesitaban.

La mirada en el rostro de mi madre me hizo detenerme. Nunca la había visto enojada como ahora.

— ¿Y no sentiste la necesidad de decirme nada al respecto? Beck me pidió que cuidara a los chicos. ¿Cómo puedo hacerlo cuando ni siquiera sé que necesitan mi ayuda? Si estaban en problemas, debieron habérmelo dicho. En su lugar, me mintieron. Tú me mentiste.

—No te quería mentir, —empecé a decir.

Ella continuó. —Has estado aquí haciendo Dios sabe qué...

La miré fijamente. No podía creer lo que acaba de decir. — ¿Qué significa “Dios sabe qué”?

Mi madre se dio la vuelta, sus ojos salvajes. — ¿Qué se supone que deba pensar? Tú te escapaste antes con Conrad y pasaron la noche juntos. Ahora dime tú. ¿Qué haces aquí con él? Porque para mí parece que me mentiste para poder venir aquí y emborracharte y perder el tiempo con tu novio.

La odiaba. La odiaba tanto.

— ¡No es mi novio! ¡Y tú no sabes nada!

La vena en la frente de mi madre palpitaba. —Me llamas a las cuatro de la mañana borracha. Llamó a tu teléfono celular y va directamente al correo de voz. Llamó al teléfono de casa y todo lo que obtengo es la señal de ocupado. Conduje toda la noche, preocupada, y llegué aquí y la casa es un desastre. Latas de cerveza por todas partes, basura en todo el lugar. ¿Qué diablos crees que estás haciendo, Isabel? ¿Tan siquiera lo sabes?

Las paredes de la casa eran muy delgadas. Todos probablemente podían oír todo.

Dije, —Lo íbamos a limpiar. Esta fue nuestra última noche aquí. ¿No lo entiendes? El Sr. Fisher está vendiendo la casa. ¿No te importa?

Ella negó con la cabeza, la mandíbula apretada. — ¿De verdad crees que ibas a ayudar en el asunto entrometiéndote? Esto es algo que no nos corresponde. ¿Cuántas veces te lo tengo que explicar?

—Claro que nos corresponde. ¡Susannah nos hubiese querido que salváramos la casa!

—No me hables de lo que Susannah hubiera querido, —mi madre replicó—. Ahora vístete y toma tus cosas. Nos vamos.

—No, —jalé la sabana hasta mis hombros.

— ¿Qué?

—Dije que no. ¡No me voy! —Miré a mi madre tan desafiante como pude, pero podía sentir mi mandíbula temblando.

Se acercó a la cama y arrancó las sábanas. Tomó mi brazo, me sacó de la cama y me dirigió hacia la puerta, me zafé de su agarre.

—No puedes obligarme a que vaya, —lloré—. No puede decirme nada. No tienes ningún derecho.

Mis lágrimas no conmovieron a mi madre. Sólo ocasionaron que se enfadara más. Entonces dijo, —Estás actuando como una niña mimada. ¿No puedes ver más allá de tu propio dolor y pensar en los demás? No todo es acerca de ti. Todos perdimos a Beck. Sentir lástima por ti misma no ayuda a nada.

Sus palabras dolieron tanto que deseé hacerle daño un millón de veces peor que ella a mí con sus palabras. Por lo que le dije lo que sabía le dolería más que nada. Le dije, —Deseo que mi madre fuese Susannah y tú.

¿Cuántas veces no lo había pensado, deseándolo en secreto? Cuando era pequeña, Susannah era la que estaba allí, no ella. Me preguntaba cómo sería tener una madre como Susannah que me amara por lo que era y no se decepcionaba en los aspectos en los que no estaba a la altura.

Estaba respirando con dificultad mientras esperaba la respuesta de mi madre. Que llorara, que me gritara.

Más no hizo ninguna de esas cosas. En su lugar, dijo, —Que desgracia para ti.

Incluso cuando intentaba con todas mi fuerzas, no pude conseguir la reacción que quería de mi madre. Ella era impenetrable.

Le dije, —Susannah nunca te perdonará por esto, lo sabes. Por perder su casa. Por decepcionar a sus hijos.

La mano de madre impactó contra mi mejilla con tanta fuerza que me impulsó hacia atrás. No lo había visto venir. Me agarré la cara y de inmediato lloré, pero una parte de mí estaba satisfecha. Finalmente conseguí lo que quería. La prueba de que ella podía sentir algo.

Su rostro estaba blanco. Nunca me había golpeado antes. Nunca, en toda mi vida.

Esperé a que digiera que lo sentía. Para que dijera que no me quiso hacer daño, que no había querido decir esas cosas. Si lo hacía, entonces yo también. Porque lo sentía. Nunca quise decir las cosas que dije.



Cuando no habló, me aparté de ella, sosteniendo mi rostro. Entonces salí corriendo de la habitación, tropezando con mis pies.

Jeremiah estaba de pie en el pasillo, mirándome con la boca abierta. Él me miraba como si no me reconociera, como si no tuviera idea de quién era esta persona, la chica que le gritó y le dijo cosas terribles a su madre. —Espera, —dijo, tratando de detenerme.

Lo empujé y bajé las escaleras.

En la sala de estar, Conrad estaba recogiendo botellas de cerveza y tirándolas en una bolsa azul de reciclaje. No miró hacia mí. Sin embargo, sabía que él había oído todo.

Corrí por la puerta trasera y luego estuve a punto de tropezar bajando las escaleras hacia la playa. Me hundí en el suelo y me senté en la arena, sosteniendo mi mejilla ardiente en la palma de mi mano. Y luego vomité.

Oí a Jeremiah detrás de mí. Supe que era él de inmediato, porque Conrad sabía que era mejor no seguirme.

—Sólo quiero estar sola, —le dije, limpiándome la boca. No volteé. No quería que viera mi cara.

—Belly, —comenzó. Se sentó a mi lado y comenzó a poner arena sobre donde había vomitado.

Cuando no dijo nada más, lo miré. — ¿Qué?

Se mordió el labio superior. Luego se estiró y tocó mi mejilla. Sus dedos se sentían calientes. Se veía tan triste. Después dijo, —Debes irte con tu mamá.

Había estado esperando que dijera cualquier cosa, menos eso. Había venido hasta aquí y me había metido en tantos problemas, sólo para poder ayudarlo a él y Conrad, ¿y ahora quería que me marchara? Las comisuras de mis ojos se llenaron de lágrimas y las limpié con el dorso de mi mano. — ¿Por qué?

—Porque Laurel está muy molesta. Todo se ha ido a la mierda y es mi culpa. Nunca debí haberte pedido que vinieras. Lo siento.

—No me voy a ir.

—Muy pronto todos lo haremos.

— ¿Y eso es todo?

Se encogió de hombros. —Sí, supongo que lo es.

Nos sentamos en la arena por un rato. Nunca me había sentida tan perdida. Lloré un poco más y Jeremiah no dijo nada, por lo que le estaba agradecida. No había nada peor que tu mejor amigo viéndote llorar después de haber discutido con tu madre.

Cuando terminé, se puso de pie y me dio la mano. —Vamos, —dijo, poniéndome de pie.

Volvimos a la casa. Conrad no estaba y la sala estaba limpia.

Mi madre estaba fregando el suelo de la cocina. Cuando me vio, se detuvo. Puso el trapeador en el cubo de nuevo y se apoyó contra la pared. Justo en frente de Jeremiah, quien dijo, —Lo siento.

Lo miré, y se retiró de la cocina y subió las escaleras. Estuve a punto de detenerlo. No quería estar a solas con ella. Y tenía miedo.

Ella habló. —Tienes razón. He estado ausente. He estado tan obsesionada con mi propio dolor, no sabía lo que eso significaba para ti. Lo siento mucho.

—Mamá, —empecé a decir. Estaba a punto de decirle que yo lo sentía también, por haber dicho esa cosa tan horrible, la cual deseaba poder quitar. Pero ella levantó la mano hacia arriba y me detuvo.

—Sólo estoy... desequilibrada. Desde que Beck murió, me parece que no puedo encontrar el equilibrio —Apoyó la cabeza contra la pared—. He estado viniendo aquí con Beck desde que era más joven que tú. Me encanta esta casa. Tú lo sabes.

—Lo sé, —dije—. No quise decir lo que dije antes.

Mi madre asintió con la cabeza. —Vamos a sentarnos un minuto, ¿de acuerdo?

Se sentó en la mesa de la cocina y yo me senté frente a ella.

—No debí haberte golpeado, —dijo y su voz se rompió—.Lo siento.

—Nunca lo había hecho antes.

—Lo sé.

Mi madre se inclinó sobre la mesa y tomó mi mano entre las suyas firmemente. Al principio me tensé pero luego me relajé. Porque pude ver que era un consuelo para ella, también. Estuvimos sentadas así durante lo que pareció un largo tiempo.

Cuando me soltó, dijo, —Me mentiste, Belly. Nunca antes me habías mentido.

—No fue mi intención. Pero Conrad y Jeremiah son importantes para mí. Me necesitaban, por lo que lo hice.

—Me hubiese gustado que me lo hubieras dicho. Los hijos de Beck también son importantes para mí. Si algo está pasando, quiero saberlo. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

Y ella dijo, — ¿Has hecho tus maletas? Quiero evitar el tráfico del domingo en el camino de regreso.

La miré fijamente. —Mamá, no nos podemos ir. No con todo lo que está sucediendo. No puedes permitir que el Sr. Fisher venda la casa. Simplemente no puedes.

Ella suspiró. —No creo que pueda decir algo para cambiar su decisión, Belly. Adam y yo no coincidimos en un montón de cosas. No puedo evitar que venda la casa si eso es lo que está dispuesto a hacer.

—Sí puedes, sé que puedes. Él te va a escuchar. Conrad y Jeremiah, ellos también necesitan esta casa. Ellos lo necesitan.

Puse mi cabeza sobre la mesa y la madera se sintió fresca y suave contra mi mejilla. Mi madre tocó la parte detrás de mi cabeza, deslizando su mano a través de mi pelo enredado.

—Lo llamaré, —dijo al fin—. Ahora ve arriba y toma una ducha — Esperanzadoramente, la miré, vi la línea recta de su boca y sus ojos estrechados.

Sabía que todo esto aún no había terminado.

Si alguien podía hacer las cosas bien, era mi madre.

# Capítulo 34

## *Jeremiah*

**H**ubo una vez, creo que tenía trece años y Belly tenía once años, a punto de cumplir doce años. Ella había cogido un resfriado de verano y se sentía miserable. Estaba recostada en el sofá con bolas de pañuelos de papel a su alrededor, y además había estado en la misma pijama durante varios días. Y porque estaba enferma tenía el derecho de elegir lo que ella quería ver en la TV. La única cosa que podía comer eran paletas de helado de sabor uva, y cuando intentaba tomar una, mi madre me decía que Belly la debía tener. Aunque ella ya había tomado tres. Tuve que consolarme con una amarilla.

Era por la tarde, Conrad y Steven se habían ido a los juegos, cosa que se suponía yo no debería saber. Las mamás pensaban que estaban montando sus bicicletas hacia la tienda para comprar más gusanos de goma. Yo iba a ir con Clay a la playa para surfear, tenía mi traje de baño y una toalla en el cuello cuando me encontré con mi mamá en la cocina.

— ¿Qué vas a hacer, Jere? —preguntó.

Hice una señal. —Voy a surfear con Clay. ¡Hasta luego!

Estaba a punto de empujar la puerta corrediza cuando dijo, —Mmm. ¿Sabes qué?

Sospechosamente, le pregunté, — ¿Qué?

—Sería genial si te quedaras en casa y animar a Belly. Pobre chica, se merece un poco de ánimo.

—Oh, mamá...

— ¿Por favor, Jeremiah?

Suspiré. No quería quedarme en casa y darle ánimos a Belly. Quería ir a surfear con Clay.

Cuando no dije nada, añadió, —Podemos hacer una parrilla esta noche. Voy a dejar que te hagas cargo de las hamburguesas.

Suspiré de nuevo, esta vez más fuerte. Mi madre todavía pensaba que el dejarme encender la parilla y voltear las hamburguesas era un gran placer para mí.

No es que no fuera divertido, pero aún así. Abrí mi boca para decirle “no gracias,” pero luego vi la mirada cariñosa, la felicidad en su rostro, la única forma en la que ella sabía que siempre diría sí. Así que lo hice. —Bien, —dije.

Subí las escaleras y me cambié de mi traje de baño y luego me uní con Belly en la sala de entretenimiento. Me senté lo más lejos de ella como pude. Lo último que necesitaba era atrapar el resfrío y quedarme en casa por una semana.

— ¿Por qué aún estás en casa? —preguntó, sonándose la nariz.

—Hace demasiado calor afuera, —dije—. ¿Quieres ver una película?

—No hace demasiado calor.

— ¿Cómo lo sabes si no has salido?

Ella entrecerró los ojos. — ¿Tu mamá te pidió que te quedaras conmigo?

—No, —dije.

— ¡Ja! —Agarró el control remoto y cambió de canal—. Sé que estás mintiendo.

— ¡No estoy mintiendo!

Sonándose la nariz con fuerza, dijo, —ESP\*, ¿recuerdas?

—Eso no es real. ¿Puedo tener el mando a distancia?

Ella sacudió la cabeza y mantuvo el mando contra su pecho. —No. Mis gérmenes están por todas partes. Lo siento. ¿Aún hay pan tostado?

Pan tostado era lo que llamábamos al pan que mi mamá compraba en el mercado. Era cortado en rodajas y era blanco, espeso y poco dulce. Yo había tenido las últimas tres rebanadas de pan tostado por la mañana. Le había untado mantequilla y mermelada de morra, lo había comido muy rápido antes de que alguien más se levantara. Con cuatro chicos y dos adultos, el pan se terminaba muy rápido. Era sálvese quien pueda.

—No hay más pan tostado, —le dije.

—Conrad y Steven son unos cerdos, —dijo, sollozando.

Sintiéndome culpable, le dije, —Pensé que todo lo que querías comer eran paletas de helado de sabor uva.

Se encogió de hombros. —Cuando me desperté esta mañana quería pan tostado. Creo que tal vez estoy mejor.

No se veía mejor para mí. Tenía los ojos hinchados y su piel estaba grisácea, y no creía que se había lavado el cabello en días porque parecía enredado. —Tal vez

deberías tomar una ducha, —le dije—. Mi mamá dice que uno siempre se siente mejor después de tomar una ducha.

— ¿Estás diciendo que apesto?

—Um, no —. Miré por la ventana. Era un día despejado, sin nubes. Clay debía estar pasándosela genial. Y Steven y Conrad también. Conrad había vaciado su alcancía y encontró un montón de monedas. Tal vez se quedarían en los juegos toda la tarde. Me pregunté cuánto tiempo Clay estaría surfeando. Tal vez podría alcanzarlo en un par de horas; aún estaría el sol.

Tal vez Belly me vio mirando por la ventana, porque dijo, una voccecita. —Si quieres puedes irte.

—Ya te dije que no, —le espeté. Después tomé un respiro. A mi mamá no le gustaría ver a Belly molesta cuando estaba enferma. Y realmente se veía sola. Me sentí un poco mal por ella, estar atrapada en la casa durante todo el día. Tener un resfriado en verano es lo peor.

Así que le dije, — ¿Quieres que te enseñe a jugar al póquer?

—Tú ni siquiera sabes cómo jugar, —se burló—. Conrad te gana cada vez.

—Bien, —dije. Me puse de pie. No lo sentía tanto por ella.

—Olvídalo, —dijo—. Claro que puedes enseñarme.

Volví a sentarme. —Pasa las cartas, —le dije con brusquedad.

Me di cuenta de que Belly se sentía mal porque dijo, —No deberías sentarte demasiado cerca. Te enfermarás, también.

—Está bien, —le dije—. Nunca me enfermo.

—Tampoco Conrad, —dijo, y puse los ojos en blanco. Belly adoraba a Conrad, al igual que Steven.

—Conrad sí se enferma, se enferma todo el tiempo en el invierno. Él tiene un sistema inmunológico débil, —le dije, aunque no sabía si eso era cierto o no.

Se encogió de hombros, pero me di cuenta de que no me creyó. Ella me pasó las cartas.

—Sólo reparte, —dijo.

Jugamos póquer toda la tarde y fue realmente divertido. Dos días después me enfermé, pero no me importó mucho. Belly se quedó en casa conmigo y jugamos póquer y vimos *Los Simpsons*.

# Capítulo 35

## *Jeremiah*

**T**an pronto como escuché a Belly subir las escaleras, me reuní con ella en el pasillo. — ¿Y? ¿Qué está sucediendo?

— Mi mamá está llamando a tu padre, — dijo con gravedad.

— ¿Ella lo está haciendo? Wow.

— Sí, así que aún no hay que darnos por vencidos. Esto aún no ha terminado, — entonces me dio una de las sonrisas en las que arruga la nariz.

Después le di una palmada en la espalda y prácticamente salí corriendo por las escaleras. Ahí estaba Laurel, limpiando el mostrador. Cuando me vio, me dijo, — Tu padre vendrá. Para desayunar.

— ¿Aquí?

Laurel asintió con la cabeza. — ¿Puedes ir a la tienda y comprar algunas cosas que le gustan? Huevos y tocino. Mezcla para panecillos. Y unas cuantas toronjas.

Laurel odiaba cocinar. Ella nunca definitivamente le había hecho un desayuno. — ¿Por qué estás cocinando para él?, — le pregunté.

— Porque él es un niño y los niños están de mal humor cuando tienen hambre, — dijo de forma seca.

De la nada, le dije, — A veces lo odio.

Vaciló antes de decir, — A veces yo también.

Y luego esperé a que dijera, “Pero él es tu padre,” como mi madre solía. Sin embargo, Laurel no lo hizo. Laurel no se andaba con juegos. Ella no decía cosas que no quería.

Todo lo que dijo fue, — Ahora apúrate.

Me levanté y le di un abrazo de oso, y ella estaba rígida en mis brazos. La levanté en el aire un poco, al igual como solía hacerlo con mi madre. — Gracias, Laurel, — le dije—. Realmente gracias.

— Haría cualquier cosa por ustedes, chicos. Lo saben.

— ¿Cómo supiste para venir?

—Belly me llamó, —dijo. Luego entrecerró los ojos—. Borracha.

Ay, caramba. —Laurel...

—No comiences con “Laurel.” ¿Cómo pudieron dejarla beber? Cuento con ustedes, Jeremiah. Lo saben.

Ahora me sentía muy mal. Lo último que quería era que Belly se metiera en problemas, y odiaba la idea de que Laurel pensara mal de mí. Siempre había tratado de proteger a Belly, a diferencia de Conrad. Si alguien la había corrompido, era Conrad, no yo. A pesar de que fui yo quien compró el tequila y no él.

Le dije, —Lo siento mucho. Es sólo que mi padre vendiendo la casa, nuestra última noche aquí, y nos dejamos llevar. Te lo juro, Laurel, que nunca sucederá de nuevo.

Ella puso los ojos en blanco. — “¿Nunca sucederá de nuevo?” No hagas promesas que no podrás cumplir, cariño.

—Nunca va a suceder de nuevo en mi cargo, —le dije.

Frunciendo los labios, dijo, — Ya lo veremos.

Me sentí aliviado cuando ella medio otra mueca-sonrisa. —Date prisa y ve a la tienda, ¿vamos?

—Sí, sí, señor —Quería hacerla sonreír de verdad. Sabía que si seguía intentando, bromeando, lo lograría. Ella era fácil de esa manera.

Esta vez, realmente me sonrió.



# Capítulo 36



**M**i madre tenía razón. La ducha ayudó. Incliné mi rostro en la ducha y dejé que el agua caliente se deslizara sobre mí y me sentí mucho mejor.

Después de la ducha, volví a bajar como una mujer nueva. Mi madre llevaba lápiz labial, y ella y Conrad estaban hablando en voz baja.

Dejaron de hablar cuando me vieron parada en la puerta. —Mucho mejor, — dijo mi madre.

— ¿Dónde está Jeremiah? —Le pregunté.

—Jeremiah regresó a la tienda. Se olvidó de comprar la toronja, —dijo.

El temporizador sonó y mi madre sacó los panecillos del horno con un paño de cocina. Tocó accidentalmente el molde con la mano desnuda y gritó dejando caer el molde al suelo. — ¡Maldita sea!

Conrad le preguntó si estaba bien antes de que yo pudiera hacerlo. —Estoy bien, —dijo ella, poniendo agua fría sobre su mano.

Luego cogió el molde y lo puso sobre el mostrador, sobre la toalla. Me senté en uno de los taburetes del mostrador y vi a mi madre vaciar los panecillos en una cesta. —Nuestro pequeño secreto, —dijo.

Los panecillos se suponía deberían enfriarse un poco antes de sacarlos del molde, pero no le dije nada. Unos estaban aplastados pero se miraban bien.

—Toma un panecillo, —dijo.

Tomé uno, estaba demasiado caliente y se caía en pedazos, pero estaba bueno. Me lo comí rápidamente.

Cuando terminé, mi madre dijo. —Tú y Conrad saquen el reciclaje.

Sin decir una palabra, Conrad tomó dos de las bolsas más pesadas y me dejó la que estaba a la mitad. Lo seguí afuera hasta los botes de la basura al final de la calzada.

— ¿Tú la llamaste? —Me preguntó.

—Supongo que sí —Esperé a que me llamara un bebé por llamar a mi mamá al segundo que tenía miedo.

No lo hizo. Al contrario, dijo, —Gracias.

Lo miré fijamente. —A veces me sorprendes, —le dije.

No me miró cuando dijo, —Y tú casi nunca me sorprendes. Sigues siendo tú misma.

Lo fulminé con la mirada. —Muchas gracias —Tiré la bolsa de basura en bote y cerré la tapa con un poco más de fuerza.

—No, quiero decir...

Esperé a que él dijera algo, parecía que lo iba a hacer, pero luego el coche de Jeremiah apareció en la calle. Los dos lo vimos poner el coche en alto y bajarse con una bolsa de plástico en la mano. Se acercó a nosotros, sus ojos brillantes.

—Hey, —me dijo, balanceando la bolsa.

—Hey, —le dije. Ni siquiera podía mirarlo a los ojos. Había recordado todo mientras estaba en la ducha. Haciendo a Jeremiah bailar conmigo, huyendo de Conrad, y él cargándome y dejándome caer en la arena. Qué humillante. Qué vergüenza que me vieron comportarme de esa manera.

Luego Jeremiah dio un apretón a mi mano, y cuando lo miré, dijo, “Gracias,” con tanta dulzura que dolía.

Los tres caminamos de regreso a la casa. The Police estaba cantando *Message in a Bottle* y el equipo de música estaba demasiado fuerte. De inmediato mi cabeza comenzó a doler y lo único que quería era volver a la cama.

— ¿Podemos bajar el volumen de la música? —Pregunté, frotando mis sienes.

—No, —me dijo mi madre, tomando la bolsa de Jeremiah. Sacó una gran toronja y se la arrojó a Conrad—. Exprímela, —dijo, señalando a la licuadora.

La licuadora era del Sr. Fisher, y era enorme y complicada, era una del Jack Lanne de los infomerciales de la noche.

Conrad resopló. — ¿Para él? Yo no le exprimiré su toronja.

— Sí, lo harás —A mí mi madre me dijo—. El Sr. Fisher viene a desayunar.

Chillé. Corrí hacia ella y puse mis brazos alrededor de su cintura. —Es sólo un desayuno, —me advirtió—. No guardes esperanzas.

Pero ya era demasiado tarde. Yo sabía que ella lo convencería. Lo sabía. Y así lo hacían Jeremiah y Conrad. Ellos creían en mi madre y yo también—más que nunca cuando Conrad empezó a cortar la toronja por la mitad. Mi madre asintió con la cabe-

za hacia él como un sargento. Y dijo, —Jere, ve a poner la mesa, Belly tú haces los huevos.

Empecé a romper huevos en un bol, y mi madre hizo tocino frito en el sartén de hierro fundido de Susannah. Dejé la grasa del tocino para que yo hiciera los huevos en él. Moví los huevos alrededor, y el olor de los huevos y la grasa me dieron ganas de vomitar.

Sostuve mi respiración mientras seguía revolviendo, mi madre trató de ocultar una sonrisa mientras me miraba.

— ¿Te sientes bien, Belly? —Preguntó.

Asentí con la cabeza, los dientes apretados.

— ¿Planeando cuándo volver a beber? —Preguntó casualmente.

Negué con la cabeza tan duro como pude. —Nunca, nunca más.

Cuando el Sr. Fisher llegó media hora más tarde, estábamos preparados para él. Cuando entró miró a la mesa con asombro. —Wow, —dijo—. Esto se ve muy bien, Laurel. Gracias.

Él le dio una mirada significativa, la coconspiradora mirada típica de adultos.

Mi madre sonrió una especie de sonrisa de Mona Lisa. El Sr. Fisher no sabía lo que se le venía encima. —Sentémonos, —dijo.

Todos nos sentamos. Mi madre se sentó al lado del Sr. Fisher y Jeremiah enfrente de él. Me senté junto a Conrad. —Comamos, —dijo mi madre.

Vi al Sr. Fisher haciendo una pila de huevos en su plato, y luego cuatro tiras de tocino. Le encantaba el tocino, y realmente amaba la forma en que mi madre lo hacía—incinerados, casi quemados a cenizas. Yo descarté el tocino y los huevos, y en su lugar tomé un panecillo.

Mi madre vertió un vaso de toronja para el Sr. Fisher. —Recién exprimido, cortesía de tu hijo mayor, —dijo. Él lo tomó, un poco sospechoso. No lo podía culparlo. La única persona que había exprimido jugo para el Sr. Fisher era Susannah.

Pero el Sr. Fisher se recuperó rápidamente. Se llevó un bocado de huevos a la boca y dijo, —Mira, gracias por venir a ayudar, Laurel. Te lo agradezco mucho —Él miró hacia nosotros, sonriendo—. Estos chicos no estaban interesados en escuchar lo que tenía que decir. Me alegro de tener en alguien quien contar.

Mi madre le devolvió la sonrisa. —Oh, no estoy aquí para apoyarte, Adam. Estoy aquí para apoyar a los chicos de Beck.

Su sonrisa se desvaneció. Dejó el tenedor. —Laurel...

—No puedes vender esta casa, Adam. Lo sabes. Significa mucho para los chicos. Sería un error, —mi madre estaba calmada.

El Sr. Fisher miró a Conrad y Jeremiah, y luego otra vez a mi madre. —Ya he tomado una decisión, Laurel. No me obligues a ser el malo de la película aquí.

Después de respirar mi madre dijo. —Yo no te estoy haciendo esa cosa. Estoy tratando de ayudar.

Nosotros nos mantuvimos sentados completamente inmóviles mientras esperábamos a que el Sr. Fisher hablara. Estaba luchando para mantenerse calmado, pero su cara se estaba poniendo roja. —Te lo agradezco. Pero ya he tomado mi decisión. La casa está a la venta. Y, francamente, Laurel, tú no tienes un voto en esto. Sé que Susannah siempre te hacía sentir como si la casa fuera tuya, pero no lo es.

Casi me quedo sin aliento. Mis ojos se enfocaron en mi madre, y vi que ella también se estaba poniendo roja. —Oh, yo sé eso —dijo—. Esta casa es de Beck. Siempre ha sido de Beck. Este era su lugar favorito. Es por eso que los chicos la deberían tener.

El Sr. Fisher se levantó y empujó su silla. —No voy a discutir esto contigo, Laurel.

—Adam, siéntate, —dijo mi madre.

—No, no creo que lo haré.

Los ojos de mi madre eran casi brillantes. —Te dije, Adam, siéntate —Él la miró boquiabierto, todos lo hicimos. Y ella dijo—. Chicos, déjennos solos.

Conrad abrió la boca para discutir, pero lo pensó mejor, especialmente cuando vio la cara de mi madre y a su padre volver a sentarse. En cuanto a mí, no podía salir de allí lo suficientemente rápido. Todos salimos fuera de la cocina y nos sentamos en la parte superior de las escaleras, aguzando el oído.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. El Sr. Fisher dijo, — ¿Qué demonios, Laurel? ¿En verdad creías que podías hacerme cambiar de opinión?

—Discúlpame, pero vete a la mierda.

Me llevé las manos a la boca y los ojos de Conrad brillaban de admiración. Jeremiah, sin embargo, parecía que lloraría. Extendí la mano y la agarró y le dio un apretón. Cuando trató de retirarla, la sostuve con más fuerza.

—Esta casa era todo para Beck. ¿No puedes ver más de tu propio dolor y ver lo que significa para los chicos? Ellos la necesitan. No quiero creer que eres así de cruel, Adam.

Él no le respondió.

—Esta casa es de ella. No de ustedes. No me hagas que te detenga, Adam. Porque lo haré. Haré todo lo que esté en mis manos para mantener esta casa para los chicos de Beck.

El Sr. Fisher dijo, — ¿Qué vas a hacer, Laurel? — Parecía cansado.

—Haré lo que tenga que hacer.

Su voz era apagada cuando dijo, —Ella está en todas partes aquí. Está en todas partes.

Podría haber estado llorando. Casi sentí pena por él. Supongo que mi madre también lo hizo porque su voz era casi suave cuando dijo, —Lo sé. ¿Pero sabes, Adam? Fuiste un mal ejemplo de marido. Pero ella te amaba. Ella realmente lo hizo. Ella te aceptó de regreso. Traté de hablar con ella, Dios sabe que lo intenté. Pero ella no quiso escuchar, porque cuando ponía su mente en alguien, eso era todo. Y ella puso su mente en ti, Adam. Gánate eso. Demuéstrame que estoy equivocada.

Dijo algo que no pude oír. Y entonces mi madre dijo, —Tú haces esta última cosa por ella. ¿De acuerdo?

Miré a Conrad y dijo en voz baja, a nadie en particular, —Laurel es increíble.

Nunca había escuchado a alguien describir a mi mamá en esa forma, en especial a Conrad. Yo nunca había pensado en ella como “increíble.” Pero en ese momento, ella lo era. Ella realmente lo era. Dije, —Sí, lo es. Al igual que Susannah.

Me miró por un momento y luego se levantó y se fue a su habitación sin esperarse para escuchar lo que el Sr. Fisher diría. Él no lo necesitaba. Mi madre había ganado.

Ella lo había hecho.

Un poco más tarde, cuando parecía seguro, Jeremiah y yo fuimos abajo. Mi madre y el Sr. Fisher estaban tomando café de la manera que lo hacían los adultos. Sus ojos estaban enrojecidos, pero los de ella eran los ojos claros de un vencedor. Cuando él nos vio, dijo, — ¿Dónde está Conrad?

Cuántas veces no había escuchado al Sr. Fisher preguntar, “¿Dónde está Conrad?” Cientos. Millones.

—Está arriba, — dijo Jeremiah.

—Ve por él, por favor, Jere.

Jeremiah vaciló y miró a mi madre, quien asintió con la cabeza. Saltó hacia las escaleras y después de unos minutos, Conrad estaba con él. La cara de Conrad era de precaución.

—Te voy a hacer un trato, —dijo el Sr. Fisher. Este era el viejo Sr. Fisher, el agente del poder, el negociador. Le encantaba hacer negocios. Lo utilizaba para hacer tratos con nosotros. Como cuando nos llevaba al cochecitos de carrera si barríamos a la arena de la cochera. O cuando llevaba a los chicos a pescar si limpiaban las cajas de aparejos.

Con cautela, Conrad dijo, — ¿Qué quieres? ¿Mi fondo fiduciario?

La mandíbula del Sr. Fisher se tensó. —No. Te quiero de regreso mañana en la escuela. Quiero que termines tus exámenes. Si lo haces, la casa es tuya. Tuya y de Jeremiah.

Jeremiah gritó en voz alta. — ¡Sí! —Estiró la mano y envolvió al Sr. Fisher en un abrazo de hombre, el Sr. Fisher le dio una palmada en la espalda.

— ¿Cuál es el trato? —Preguntó Conrad.

—No hay trato. Pero tienes que tener por lo menos C's. No F's o D's —. El Sr. Fisher siempre se jactaba de manejar el negocio duro. — ¿Estamos de acuerdo?

Conrad vaciló. Supe de inmediato lo que estaba mal. Conrad no quería deberle nada a su padre. A pesar de que era esto lo que quería, a pesar de que fue por esto por lo que había venido aquí. Él no quería tomar nada de su padre.

—No he estudiado, —dijo—. Puede que no apruebe.

Lo estaba poniendo a prueba. Conrad nunca había “no aprobado.” Nunca había conseguido nada por debajo de una B, y las B's eran de vez en cuando.

—Entonces no hay trato, —dijo—. Esos son los términos.

Con urgencia, Jeremiah dijo, —Con, sólo di que sí, hombre. Te ayudaremos a estudiar. No es cierto, ¿Belly?

Conrad me miró, y yo miré a mi madre. — ¿Puedo, mamá?

Mi madre asintió con la cabeza. —Puedes quedarte, pero debes de estar en casa mañana.

—Toma el trato, —dije a Conrad.

—Muy bien, —dijo al fin.

—Entonces, hay que cerrarlo como un hombre, —dijo Mr. Fisher, tendiéndole la mano.

A regañadientes, Conrad extendió el brazo y ambos se tomaron de las manos. Mi madre me llamó la atención y dijo sin ningún sonido, “Cerrarlo como un hombre,” y sabía que estaba pensando que sexista el Sr. Fisher era. Pero no importaba. Habíamos ganado.

—Gracias, papá, —dijo Jeremiah—. En serio, gracias.

Abrazó a su papá otra vez y el Sr. Fisher le devolvió el abrazo, diciendo, —Tengo que regresar a la ciudad —Entonces se dirigió a mí—. Gracias por ayudar a Conrad, Belly.

Le dije, —No hay de qué —Pero no sabía por qué estaba diciendo “de nada” porque yo no había hecho nada. Mi madre había ayudado más a Conrad en media hora de lo que yo lo había hecho desde conocerlo.

Después que el Sr. Fisher se fue, mi madre se levantó y empezó a enjuagar los platos. Me uní a ella y metimos todo en el lavavajillas. Apoyé la cabeza en su hombro por un segundo. —Gracias, —le dije.

—De nada.

—Estuviste de poca madre, mamá.

—No maldigas, —dijo, las comisuras de su boca levantándose.

—Mira quién habla.

Luego de lavar los platos en silencio, mi madre tenía esa mirada triste en su cara y sabía que estaba pensando en Susannah. Y me hubiera gustado que hubiera algo que pudiera decir para quitarle esa mirada, pero a veces las palabras no eran suficientes.

Los tres la acompañamos hasta el coche. —Ahora, chicos, ¿ustedes la llevarán mañana a casa? —Preguntó, lanzando su bolso en el asiento del pasajero.

—Por supuesto, —dijo Jeremiah.

Después Conrad dijo, —Laurel —Dudo—. Regresarás, ¿verdad?

Mi madre se volvió hacia él, sorprendida. Estaba conmovida. — ¿Quieren a una anciana como yo a su alrededor? —Preguntó—. Claro, vendré siempre que me quieran tener aquí.

— ¿Cuándo? —Preguntó. Se veía tan niño, tan vulnerable hasta el punto de que mi corazón doliera un poco.

Supuse que mi madre se sintió de la misma manera, porque se acercó y tocó su mejilla. Mi madre no era la especie de mujer que tocaba mejillas. Simplemente no estaba en ella. Pero lo era Susannah. — Antes del que verano termine, y también vendré a cerrar la casa.

Mi madre se metió en el coche. Nos saludó cuando se echo hacia el camino de la entrada, sus gafas de sol puestas, la ventana bajada. —Nos vemos pronto, —dijo en voz alta.

Jeremiah saludó y Conrad dijo, —Hasta pronto.

Mi madre me dijo una vez que cuando Conrad era muy pequeño, él la llamaba “mi Laura.” “¿Dónde está mi Laura?” decía, dando vueltas buscándola. Ella decía que la seguía a todas partes, incluso al baño. La llamaba su novia y le traía cangrejos de arena y conchas de mar y los ponía a sus pies. Cuando me lo contó, pensé, ¿Qué no daría yo por tener a Conrad Fisher llamándome novia y que me trajera conchas?

—No estoy segura de que lo recuerde, —había dicho ella, sonriendo débilmente.

— ¿Por qué no le preguntas si lo hace? —Le dije. Me encantaba escuchar historias de cuando Conrad era pequeño. Me encantaba burlarme de él, porque la oportunidad de burlarse de él eran escasas.

Ella había dicho, —No, eso lo avergonzaría —Y lo le dije—. ¿Y qué? ¿No es ese el punto?

Y ella respondió, —Conrad es sensible. Tiene un montón de orgullo. Déjalo tener eso.

La forma en que me lo dijo, me di cuenta que ella en verdad lo entendía. Lo comprendía de una manera en la que yo no lo hacía. Estaba celosa de eso, de los dos.

— ¿Cómo era yo? —pregunté.

— ¿Tú? Tú eras mi bebé.

— ¿Pero cómo *era*?

—Acostumbrabas a perseguir a los chicos. Era tan linda la manera en que los seguías por todas partes, tratando de impresionarlos —Mi madre se echó a reír—. Ellos te hacían bailar y hacer trucos.

— ¿Al igual que un perrito? —Fruncí el ceño ante la idea.

Hizo una señal con la mano. —Oh, a ti te encantaba. Te gustaba ser incluida.



# Capítulo 37

## *Jeremiah*

**E**l día que vino Laurel, la casa era un desastre y yo estaba en mis calzoncillos planchando mi camisa blanca de botones. Ya estaba tarde para el banquete de los estudiantes de último año y estaba de mal humor.

Mi mamá había dicho apenas dos palabras durante todo el día e incluso Nona no podía hacerla hablar.

Se suponía que debía recoger a Mara, y ella odiaba cuando estaba tarde. Se ponía de mal humor y se sentaba quejándose durante el tiempo que la hacía esperar.

Había dejado la plancha por un segundo, para poder cambiar la camiseta por encima y acabé quemándome la parte detrás de mi brazo. — ¡Mierda! — grité. Dolía como los diez mil demonios.

Fue allí cuando Laurel llegó. Caminó por la puerta principal y me vio de pie en la sala de estar en calzoncillos, sosteniendo mi brazo.

— Pon un poco de agua fría sobre él, — me dijo. Corrí a la cocina y me sostuve mi brazo bajo el grifo durante unos minutos, y cuando volví, ella había terminado de planchar mi camisa y había comenzado con mis pantalones.

— ¿Los llevas con un pliegue por la parte delantera? — Me preguntó.

— Sí, claro, — le dije—. ¿Qué estás haciendo aquí, Laurel? Es martes — Laurel por lo general venía los fines de semana y se quedaba en la habitación de invitados.

— Sólo vine a ver cómo estaban las cosas, — dijo, la plancha en la parte de enfrente de los pantalones—. Tenía la tarde libre.

— Mi mamá ya está dormida, — le dije. — Con el nuevo medicamento que está tomando, duerme todo el tiempo.

— Eso es bueno, — dijo Laurel—. ¿Y tú qué? ¿Por qué te estás arreglando?

Me senté en el sofá y me puse mis calcetines. — Tengo el banquete para estudiantes de último año, — le dije.

Laurel me entregó la camisa y los pantalones. — ¿A qué hora empieza?

Miré el reloj de pie en el vestíbulo. —Hace diez minutos, —le dije, poniéndome los pantalones.

—Será mejor que te marches.

—Gracias por planchar mi ropa, —le dije.

Estaba agarrando las llaves cuando escuché a mi mamá llamándome desde su habitación. Me volví hacia su puerta y Laurel dijo, —Sólo vete a tu banquete, Jere. Tengo todo cubierto.

Dudé. — ¿Está segura?

—Al mil por ciento. Ve.

Aceleré todo el camino a la casa de Mara. Salió tan pronto como entré en su camino de entrada. Llevaba un vestido rojo que me gustaba y se veía bien, y estaba a punto de decírselo, pero entonces dijo, —Llegas tarde.

Cerré la boca. Mara no me habló por el resto de la noche, ni siquiera cuando ganamos La Mejor Pareja. Ella no tenía ganas de ir a la fiesta de Patan y yo tampoco. Todo el tiempo que pasamos en el banquete, yo estaba pensando en mi mamá y sintiéndome culpable por estar lejos tanto tiempo.

Cuando llegamos a la casa de Mara, ella no salió de inmediato, lo que era una señal de que quería hablar. Apagué el motor.

—Entonces, ¿Qué pasa? ¿Sigues enfada conmigo por haber llegado tarde, Mar?

Parecía afligida. —Sólo quiero saber si vamos a seguir juntos. ¿Sólo dime qué quieres hacer y lo haremos?

—Honestamente, no puedo pensar en este tipo de cosas ahora mismo.

—Lo sé. Lo siento.

—Pero si tengo que decir que no creo que vayamos a estar juntos cuando estemos en la escuela en el otoño, de larga distancia, —vacilé, y luego le dije—. Probablemente diría que no.

Mara se puso a llorar, me sentí como un verdadero pedazo de mierda. Debería haberle mentido.

—Eso es lo que pensaba, —dijo. Luego me dio un beso en la mejilla y salió corriendo del coche a su casa.

Así fue como nos separamos. Si voy a ser sincero, debo admitir que fue un alivio no tener que pensar en Mara nunca más. La única persona para la que tenía tiempo era para mi mamá.

Cuando llegué a casa, mi mamá y Laurel todavía estaban jugando a las cartas y escuchando música. Por primera vez en días, oí reír a mi mamá.

Laurel no se fue el día siguiente. Se quedó toda la semana. En ese momento, no me preocupe por su trabajo, o todas las que había dejado en su casa. Yo estaba agradecido de tener a alguien mayor a mi lado.

# Capítulo 38



Los tres caminamos de regreso a la casa. El sol me pegaba caliente en la espalda y pensé en lo agradable que sería echarse un rato en la playa, a dormir toda la tarde y despertar allí. Pero no había tiempo para eso, no cuando era necesario que Conrad estuviera listo para mañana dar sus exámenes parciales.

Cuando entramos, Conrad cayó sobre el sofá y Jeremiah se tiró en el suelo, —Qué agotador —se lamentó.

Lo que mi madre hizo por nosotros, por mí, fue un regalo. Ahora era mi turno de regresarlo —Levántate, —dije.

Ninguno de ellos se movió. Conrad tenía los ojos cerrados. Así que le tiré una almohada a Conrad y clavé mi pie en el estómago de Jeremiah. —Tenemos que empezar a estudiar, holgazanes ¡Levántense ahora!

Conrad abrió los ojos, —Estoy demasiado cansado para estudiar. Tengo que tomar una siesta en primer lugar.

—Yo también—dijo Jeremiah.

Cruzando mis brazos, los mire y dije, —Saben, yo también estoy cansada. Pero miren la hora; Ya es la una. Vamos a tener que trabajar toda la noche e irnos realmente temprano mañana por la mañana.

Encogiéndose de hombros Conrad dijo, —Trabajo mejor bajo presión.

—Pero...

—En serio, Belly. No puedo trabajar así. Déjame dormir solo por una hora.

Jeremiah ya estaba durmiendo. Lo vi. No puedo pelear contra los dos.

—Bien, pero solo una hora.

Fui la cocina y me serví una Coca-Cola. Tuve la tentación de tomar una siesta, pero eso sería un mal ejemplo.

Mientras dormían, puse el plan en marcha. Traje los libros de Conrad del auto, bajé su laptop, y establecí la cocina como una sala de estudio. Enchufé las lámparas, apilé los libros y carpetas por temas, saqué papel y lápiz. Por último, preparé una gran olla de café, y aunque yo no bebía café, sabía que estaba bien, porque le preparaba una taza a mi madre cada mañana. Entonces tomé el auto de Jeremiah y conduje a McDonald para recoger las hamburguesas con queso. Ellos aman las hamburguesas McDonald. Solían tener concursos de quien comía más hamburguesas con queso y las iban apilando hacia arriba como panqueques. A veces me dejaron jugar también. Una vez, gané. Me comí nueve hamburguesas con queso.

Los deje dormir media hora más, pero solo porque me costó un poco más tener todas las cosas listas. Luego llené la botella con rociador de Susannah, aquella que usaba para regar sus plantas más delicadas. Primero rocié a Conrad, directo a los ojos.

—Hey —dijo, despertando rápido. Se secó la cara con la parte de abajo de su camisa y le di otra rociada porque quería.

—Levántate y brilla,— Canté.

Entonces caminé hacia Jeremiah y lo rocié también. Ni pensó en despertarse. Siempre ha sido imposible despertarlo. Él podría dormir a través de un maremoto. Lo rocié una y otra vez, y cuando se volteó, abrí la botella y le vertí el agua directamente en la parte de atrás de su camisa.

Finalmente despertó y estiró sus brazos mientras continuaba echado en el piso. Me sonrió lentamente, como si estuviese acostumbrado a despertar de esta forma, — Buenos días—dijo. Podría haber sido difícil despertar a Jeremiah, pero nunca era cascarabias cuando finalmente lo hacía.

—No es de mañana. Son cerca de las tres de la tarde. Los dejé dormir, chicos, una media hora más. Así que mejor sean agradecidos —les espeté.

—Lo estoy— Jeremiah, estirando su brazo para que lo ayudara a levantarse.

A regañadientes le di mi mano y lo ayudé a levantarse, —Vamos —dije.

Me siguieron a la cocina.

—Que... — dijo Conrad, mirando todas las cosas alrededor del cuarto.

Jeremiah aplaudió y puso su mano para que le diera cinco, lo cual hice, —Eres asombrosa, —dijo. Luego olfateo y vio la bolsa grisácea de McDonald's y se ilumino—. ¡Sí! Hamburguesas con queso de Mickey D's, las puedo oler en cualquier parte.

Golpeé su mano lejos —No todavía. Aquí hay un sistema de recompensa. Conrad estudia y luego come.

Jeremiah frunció el ceño, — ¿Y qué hay de mí?

—Conrad estudia y tú obtienes comida.

Conrad levantó sus cejas hacia mí. — ¿Un sistema de recompensas, eh? ¿Qué más puedo obtener?

Me sonrojé. —Sólo las hamburguesas de queso.

Sus ojos se posaron sobre mí valorándome, como si tratará de decidir entre si quería o no comprar un abrigo. Pude sentir mis mejillas rojas cuando me miraba. — Por mucho que me guste como suena el sistema de recompensas, creo que paso, —dijo al último.

— ¿De qué estás hablando?—Preguntó Jeremiah.

Conrad encogió sus hombros. —Estudio mejor por mi cuenta. Tengo todo cubierto, pueden irse.

Jeremiah sacudió su cabeza disgustado. —Igual que siempre. No puedes aguantar el pedir ayuda. Bien, apesta ser tú, porque nos vamos a quedar.

— ¿Qué saben sobre la psicología de primer año?—dijo Conrad, cruzando sus brazos.

Jeremiah se enderezó, —Podemos averiguarlo—Me guiñó el ojo—. Bells, ¿Podemos comer primero? Necesito grasa.

Sentí como si hubiera ganado un premio. Como si fuera invencible. Buscando dentro de la bolsa. Dije, —Sólo una cada uno. Sólo eso.

Cuando Conrad volteó, para buscar la salsa Tabasco en el armario, Jeremiah extendió su mano para otros cinco. Le palmeé silenciosamente y nos sonreímos. Jeremiah y yo éramos un buen equipo, siempre lo habíamos sido.

Comimos nuestras hamburguesas con queso en silencio. Tan pronto como habíamos terminado, dije, — ¿Cómo quieres hacer esto, Conrad?

—Viendo como no quiero hacer esto del todo, dejaré que tú decidas —dijo. Tenía mostaza en su labio inferior.

—Bien, entonces, —Estaba preparada para esto—. Tú leerás. Yo trabajaré en las tarjetas de notas para psicología. Jeremiah resumirá.

—Jere no sabe como resumir, — se burló Conrad.

— ¡Hey!—dijo Jeremiah. Luego se volvió hacia mí y dijo—. Él tiene razón, soy malo resumiendo. Siempre término escribiendo toda la página. Yo haré las tarjetas de notas y tú resumes Bells.

Desgarré para abrir el paquete de tarjetas y se las entregué a Jeremiah. Increíblemente, Conrad escuchó lo suficiente. Agarró un libro de psicología de la pila de libros y comenzó a leer.

Sentado a la mesa, estudiando con la frente arrugada, él se parecía al viejo Conrad. Aquel que se preocupaba de cosas como los exámenes y que las camisas estuvieran planchadas a tiempo. La ironía de todo esto es que Jeremiah nunca ha sido un gran estudiante. Odia estudiar y los grados. Estudiar fue, siempre ha sido, lo de Conrad. Desde el principio, era el del juego de química, pensando en experimentos para qué nosotros hiciéramos como sus asistentes. Recuerdo cuando descubrió la palabra “absurdo” e iba diciendo por ahí todo el tiempo. “Esto es absurdo”, decía. O “descerebrado” su insulto favorito —que lo dice a menudo también. El verano que tenía diez, él trato de abrirse camino con la *Enciclopedia Británica*. Cuando regresamos al siguiente verano, iba en la Q.

De repente me di cuenta. Lo extrañaba. Todo este tiempo. Cuando pasabas sobre la superficie, ahí estaba. Siempre ha estado allí. Y aunque él estaba sentado a unos metros de distancia, lo extrañaba más que nunca.

Por debajo de mis pestañas lo miré, y pensé, *Regresa. Se tú, el que amo y recuerda.*

# Capítulo 39



**H**abíamos terminado con psicología y Conrad estaba trabajando en una guía de Inglés con sus audífonos puestos cuando sonó mi teléfono. Era Taylor. No estaba segura si llamaba para disculparse o para demandar que le trajera sus cosas de vuelta a casa de inmediato. A lo mejor una mezcla de ambos. Apagué mi teléfono.

Con todo el drama de la casa. No había pensado ni una sola vez en nuestra pelea. Solo había regresado a la casa de la playa por un par de días y, como siempre, ya había olvidado todo sobre Taylor y todo lo de la casa. Lo que importaba estaba aquí. Siempre había sido de esa forma.

Pero las cosas que ella dijo, hirieron. A lo mejor fueran verdad. Pero no sé si pueda perdonarla por decirlas.

Se estaba poniendo oscuro cuando Jeremiah se inclinó y me dijo en voz baja, — Sabes, si quieres, puedes irte esta noche. Puedes tomar mi auto. Lo recogería mañana, después de que Conrad termine sus exámenes. Podríamos salir o algo.

—Oh, no me iré todavía. Quiero ir mañana con ustedes.

— ¿Estás segura?

—Segura que lo estoy, ¿No quieres que los acompañe?— Estaba comenzando a herir mis sentimientos, la manera que estaba actuando como si estuviera imponiéndose, como si no fuéramos familia.

—Sí, claro que quiero —hizo una pausa como si estuviera a punto de decir algo más.

Lo apunté con el dedo acusador — ¿Estás asustado de que puedas tener problemas con Mara?— Estaba a punto de tomarle el pelo. Todavía no podía creer que no me haya dicho que tenía un tipo de novia. No estaba totalmente segura de porque importaba, pero importaba. Supuestamente éramos cercanos. O al menos solíamos serlo. Debería haber sabido si tenía una novia o no. Y ¿cuánto tiempo habían durado —roto— da igual? Ella no había estado en el funeral o al menos yo no lo creía. No era como que Jeremiah hubiera andado presentándola a la gente. ¿Qué clase de novia no va al funeral de la madre de su novio? Incluso la ex de Conrad había ido.

Jeremiah miro a Conrad y bajó la voz. — Te lo dije, Mara y yo terminamos.

Cuando no dije nada, él dijo, —Vamos, Belly. No te enojas.

—No puedo creer que no me hablaste de ella —dije, haciendo énfasis en la oración. No lo miré—. No puedo creer que lo mantuvieras en secreto.

—No había nada que contar, lo juro.

— ¡Ja! —dije. Pero me sentí mejor. Le eché un vistazo a Jeremiah y él me devolvió la mirada con ojos ansiosos.

— ¿Está bien?

—Bien. No me afecta de una manera u otra. Solo pensé que me hubieras dicho una cosa como esa.

Se relajó en su asiento, —No íbamos a nada serio, confía en mí. Solo era una chica. No era nada como con Conrad y...

Me removí y él me miró con aire de culpabilidad.

No era como fue con Conrad y Aubrey. Él la había amado. Hace algún tiempo, él había estado loco por ella. Nunca había sido así conmigo. Nunca. Pero yo lo había amado. Lo amaba mucho y realmente más que a nadie en toda mi vida y probablemente nunca amaría a nadie de esa manera de nuevo. Lo cual, para ser honesta, era casi un alivio.



# Capítulo 40

*06 de Julio*

Cuando desperté a la mañana siguiente, lo primero que hice fue ir a mi ventana. ¿Quién sabe cuántas veces más vería esta vista? Estábamos creciendo. Estaría en la universidad pronto. Pero lo bueno, lo reconfortante, era el conocimiento de que continuaría estando aquí. La casa no se iría.

Mirando hacia afuera de la ventana, era imposible ver dónde terminaba el cielo y comenzaba el océano. Había olvidado cuanta niebla podía haber aquí. Me quedé allí y traté de llenarme, traté de hacer mi último recuerdo

Entonces corrí hacia el cuarto de Jeremiah y Conrad, golpeando las puertas. — ¡Despierten! ¡Llevemos los traseros al auto! — les grité caminando por el pasillo.

Me dirigí hacia abajo a conseguir un vaso de jugo y Conrad estaba sentado a la mesa de la cocina, donde había estado cuando me fui a dormir alrededor de las cuatro a.m. Ya estaba vestido y haciendo anotaciones en su libreta de apuntes.

Comencé a salir de la cocina, pero levantó la vista — Bonita pijama, — dijo.

Me sonrojé. Estaba todavía usando la pijama de Taylor. Con el ceño fruncido le dije, — Nos vamos en veinte minutos, así que estate listo.

Mientras me dirigía hacia arriba, escuché a Conrad decir — Yo ya lo estoy.

Si él dijo que estaba listo, estaba listo. Pasaría esos exámenes. Probablemente con notas altas. Conrad no fallaba a nada de lo que se ponía en mente.

Una hora más tarde, estábamos casi en camino. Estaba cerrando la ventana corrediza de vidrio en el pórtico cuando escuché a Conrad decir — Deberíamos...

Me di vuelta, comencé a decir — ¿Deberíamos qué? — cuando Jeremiah salía de la nada.

— Sí. Por los viejos tiempos — dijo Jeremiah.

*Oh, no.* — De ninguna manera — dije —. De ninguna maldita manera.

Lo siguiente que supe fue que Jeremiah estaba agarrando mis piernas y Conrad tomó mis brazos y juntos me mecieron hacia delante y atrás. Jeremiah gritó — ¡Belly

al agua!—y me lanzaron por el aire, y cuando me hundí en la piscina, pensé, *Bien, ahí, están unidos finalmente en algo.*

Cuando salí, les grité — ¡Idiotas! — Eso los hizo reír más fuerte.

Tuve que volver a entrar y cambiarme mis ropas mojadas, ropas que llevaba el primer día. Me cambié por un vestido de verano de Taylor y unas sandalias de plataforma. Como ya había escurrido mi pelo con una toalla de mano, era difícil estar enojada. Incluso sonreí para mis adentros. Posiblemente el último Belly lanzamiento de mi vida y Steven no estaba allí para participar.

Fue idea de Jeremiah tomar solo un auto, así Conrad podría continuar estudiando en el camino. Conrad ni siquiera trató de tomar el asiento del frente, se fue directo hacia el de atrás y comenzó hojear sus notas.

Como era de esperar, lloré cuando nos alejamos. Estaba contenta de estar en el asiento delantero y usando lentes de sol así los chicos no pudieron burlarse sobre eso. Pero amaba esa casa y odiaba decir adiós. Porque, era más que una casa. Era cada verano, cada paseo en bote, cada atardecer. Era Susannah.

Estuvimos conduciendo en silencio por un rato y luego Britney Spears se escuchó por la radio y le subí el volumen. Falta decir que Conrad odia a Britney Spears, pero no me importó. Comencé a cantar y Jeremiah también.

—*Oh baby baby, I shouldn't have let you go* —canté, meneándome frente al tablero.

—*Show me how you want it to be*—cantó respondiéndome Jeremiah, moviendo sus hombros.

Cuando la canción cambió, era Justin Timberlake y Jeremiah hizo una imitación de Justin Timberlake increíble. Estaba tan inconsciente de sí mismo y era sencillo ser él. Me hizo desear ser como él también.

Él me cantaba —*And tell me how they got that pretty little face on that pretty little frame, girl* —Puse mi mano en mi corazón y fingí que me desmayaba, como una fan—. *Fast fast slow, whichever way you wanna run, girl...*

Lo respaldé con el coro —*This just can't be summer love . . .*

Desde el asiento de atrás, Conrad gruñó, —Chicos, ¿Pueden por favor bajarle a la música? Estoy tratando de estudiar aquí ¿lo recuerdan?

Me di vuelta y le dije —Oh, lo siento. ¿Te molesta?

Me miró con los ojos entrecerrados.

Sin decir una sola palabra, Jeremiah le bajó a la música. Conducimos por otra hora o algo y luego dijo, — ¿Necesitan ir al baño o algo? Voy a parar en la próxima la salida por gasolina.

Negué con la cabeza, —No, pero tengo sed.

Nos detuvimos en el estacionamiento de la gasolinera, y mientras Jeremiah llenaba el auto y Conrad dormía, corrí hacia la tienda. Tomé para Jeremiah y para mí una Slurpees, mitad Coca-Cola y mitad Cereza, una combinación que había perfeccionado a lo largo de los años.

Cuando volví al auto, me subí y le pasé su Slurpee a Jeremiah. Todo su rostro se iluminó —Ah, gracias Bells ¿Qué sabor me escogiste?

—Bébelo y lo verás.

Tomó un largo sorbo y asintió con la cabeza con admiración. —Mitad de Coca-Cola, mitad cereza, tu especialidad. Agradable.

—Hey, recuerdas aquellos tiempos... —comencé a decir.

—Sip —dijo—. Mi papá todavía no quiere que nadie toque su licuadora.

Puse mis pies en el tablero y me eché para atrás, tomando mi Slurpee. Pensé para mí misma, *La felicidad es una Slurpee y un popote rosa.*

Desde atrás, Conrad dijo irritado, — ¿Dónde está la mía?

—Pensé que seguías durmiendo—le dije—. Y tienes que beber un Slurpee al momento o se derrite... no le veía el punto.

Conrad me miró, —Bueno, al menos dame un trago.

—Pero odias beber Slurpees —Lo cual era cierto. A Conrad no le gustaban las bebidas azucaradas, nunca le habían gustado.

—No me importa. Tengo sed.

Le di mi vaso y me di vuelta para verlo beber. Estaba esperando que hiciera algún gesto o algo, pero solo bebió y me regresó el vaso. Y luego dijo, —Pensé que tu especialidad era la cocoa.

Lo miré fijamente. ¿Realmente dijo eso? ¿Se acordaba? El modo en que me devolvió la mirada, arqueando una ceja. Sabía que lo hacía. Y esta vez, fui yo la que apartó la mirada hacia otro lado.

Porque. Recordaba. Recordaba todo.

# Capítulo 4



Cuando dejamos a Conrad para su examen. Jeremiah y yo compramos sándwiches de pavo y palta en pan integral, y comimos sentados en el césped. Terminé primero; realmente tenía hambre.

Cuando él terminó, Jeremiah hizo una bola con el envoltorio en su mano y la tiró a la papelería. Volvió a sentarse en la hierba a mi lado. De la nada, me dijo, — ¿Por qué no viniste a verme después que mi mamá murió?

Tartamudeaba, —Lo hice, vine al funeral.

Jeremiah continuó mirándome, sin pestañar, —Eso no es lo que quise decir.

—Pensé que no me querías contigo ahí.

—No, fue porque tú no querías estar allí. Yo te quería allí.

Estaba en lo cierto. No quería estar allí. Yo no quería estar cerca de su casa. Pensar en ella hacía que mi corazón doliera; era demasiado. Pero el pensar que Jeremiah estaba esperando mi llamada, necesitando a alguien con quien hablar, dolió mucho, — Tienes razón— le dije—. Tendría que haber venido.

Jeremía había estado allí para Conrad, para Susannah. Para mí. ¿Y quién había estado allí para él? Nadie. Quería que él supiera que estaba aquí ahora.

Miró hacia el cielo, —Es duro, ¿Sabes? Porque quiero hablar de ella. Pero Conrad no quiere y no puedo hablar con mi padre, y tú no estabas ahí tampoco. Todos la queremos y nadie quiere hablar de ella.

— ¿Qué quieres decir?

Inclinó la cabeza hacia atrás, pensando, —Que la echo de menos. Realmente la extraño. Ella se fue hace dos meses, pero se siente como si fuera más. Y también se siente como si acabase de suceder, como si fuera ayer.

Asentí con la cabeza. Era exactamente como lo sentía.

— ¿Piensas que esté contenta?

Se refería a Conrad, la manera en que lo habíamos ayudado, —Sí.

—Yo también —Jeremiah dudó—. ¿Y ahora qué?

— ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, ¿Vas a volver este verano?

—Bueno, por supuesto. Cuando mi mamá venga, yo vendré también.

Asintió, —Bien. Porque mi papá estaba equivocado, tú sabes. También es tu casa, de Laurel y Steve. Es de todos nosotros.

De repente me llamó la atención la extraña sensación, de deseo, la necesidad de alcanzar y tocar su mejilla con la palma de mi mano. Para que él supiera, *sintiera* exactamente cuánto significaban esas palabras para mí. Porque a veces las palabras eran

tan lastimosamente inadecuadas, y yo lo sabía, pero tenía que intentarlo de todos modos. Le dije, —Gracias. Eso significa mucho.

Se encogió de hombros, —Es sólo la verdad.

Lo vimos venir de lejos, caminando rápido. Nos pusimos de pie y lo esperamos.

Jeremiah dijo, — ¿Te parece que son buenas noticias? Porque para mí parecen buenas.

Para mí también.

Conrad se acercó a nosotros, con los ojos brillando, —Lo maté— dijo con triunfo.

Era la primera vez que lo veía sonreír, realmente sonreír —alegre, despreocupado— desde que Susana murió. Él y Jeremiah chocaron los cinco con tanta fuerza que resonó en el aire. Y luego Conrad me sonrió y me dio vueltas alrededor tan rápido que casi me caigo.

Yo me reía — ¿Ves? ¿Lo ves? ¡Te lo dije!

Conrad me levantó y me tiró por encima del hombro como si no pesara nada, al igual que lo hizo la otra noche. Me reí mientras corría, yendo hacia la izquierda y derecha como si estuviera en un campo de fútbol. — ¡Suéltame!— Grité, tirando de la parte inferior de mi vestido.

Lo hizo. Me dejó en el suelo con suavidad, —Gracias— dijo, su mano todavía en mi cintura—. Por venir.

Antes de que pudiera decir algo, Jeremiah se acercó y le dijo —Todavía queda uno, Con —Su voz era tensa, y enderecé mi vestido.

Conrad miró su reloj, —Tienes razón. Voy al departamento de psicología. Esta será rápido. Me reuniré con ustedes en una hora o algo.

Cuando lo vi irse, un millón de preguntas pasaron por mi cabeza. Me sentí mareada y no sólo por haber dado vueltas en el aire.

De repente, Jeremiah dijo, —Yo voy a ir a buscar un baño. Nos vemos en el coche —Sacó las llaves de su bolsillo y me las arrojó.

— ¿Quieres que te espere?— pregunté, pero él ya estaba andando.

No se dio la vuelta, —No, sólo sigue adelante.

En lugar de ir directamente al coche, me detuve en la tienda estudiantil. Me compré una lata de refresco y una sudadera que decía Brown en letra imprenta. A pesar de que no hacía frío, me la puse.

Jeremiah y yo nos sentamos en el coche, escuchando la radio. Estaba empezando a oscurecer. Las ventanas estaban abajo y pude oír un pájaro cantando en algún lugar. Conrad terminaría su último examen pronto.

—Bonita sudadera, para el camino —dijo Jeremiah.

—Gracias. Siempre quise una de Brown.

Jeremiah asintió con la cabeza, —Lo recuerdo.

Toqué mi collar, girándolo alrededor de mí dedo meñique, —Me pregunto... — Deje sin terminar la oración, esperando a que Jeremiah me alentara, que me preguntará qué era lo que me preocupaba. Pero no lo hizo. Él no me preguntó nada.

Se quedó en silencio.

Suspirando, miré por la ventana y pregunté,, — ¿Alguna vez él pregunta por mí? Quiero decir, ¿Ha dicho alguna vez algo?

—No —espetó.

— ¿No qué?— Me volví hacia él, confundida.

—No me preguntes eso. No me preguntes por él—Jeremiah habló con una voz ronca, baja, con un tono que nunca había usado conmigo y que no recuerdo que lo utilizara con nadie. El músculo de la mandíbula temblaba con furia.

Retrocedí y me hundí en mi asiento. Sentí como si me hubiera abofeteado. — ¿Qué es lo que te pasa

Él empezó a decir algo, a lo mejor una disculpa o tal vez no y luego se detuvo, se inclinó y me atrajo hacia él, como por fuerza gravitacional. Me besó, fuerte, y su piel estaba sin afeitar y áspera contra mi mejilla. Mi primer pensamiento fue, *supongo que no tuvo tiempo para afeitarse esa mañana*, y entonces le estaba correspondiendo el beso, mis dedos serpenteaban a través de su cabello suave rubio y cerré mis ojos. Me besaba como si se estuviera ahogando y yo era el aire. Era apasionado y desesperado, y como nada que hubiera experimentado antes.

Esto era lo que quería decir la gente cuando decía que la tierra deja de girar. Se sentía como si el mundo afuera del auto, en ese momento, no existiera. Éramos sólo nosotros.

Cuando se alejó, sus pupilas eran enormes y fuera de foco. Parpadeó, y luego se aclaró la garganta, —Belly —dijo y su voz era como neblina. No dijo nada, sólo mi nombre.

—Todavía... — Te preocupas. Piensas en mí. Me quieres.

Bruscamente, él dijo ,—Si. Si, todavía.

Y luego nos besamos otra vez.

Él debe haber hecho algún ruido, porque los dos miramos hacia arriba, al mismo tiempo.

Nos apartamos. Allí estaba Conrad, mirándonos directamente. Se había parado a corta distancia del auto. Su cara estaba blanca.

Dijo —No, no se detengan. Yo soy el que está interrumpiendo.

Se dio la vuelta bruscamente y se fue. Jeremiah y yo nos miramos con un horror silencioso. Y entonces mi mano estaba en la manilla de la puerta y ya estaba caminando. No miré hacia atrás.

Corrí tras él, llamándolo, pero Conrad no se volvió. Le agarré del brazo y finalmente me miró, y había tanto odio en sus ojos que hice una mueca. A pesar de que,

en algún nivel ¿No era esto lo que quería? ¿Herir su corazón de la forma en que lo hizo con el mío? O tal vez, para que sintiese algo por mí que no sea compasión o indiferencia. Para que sienta algo, cualquier cosa.

— ¿Así que te gusta Jeremiah ahora? — Si quería sonar sarcástico y cruel, lo hizo, pero también sonaba a dolor. Como si se preocupara por la respuesta.

Lo que me hizo sentir feliz. Y triste.

Dije, — No lo sé. ¿Te importa si lo hago?

Me miró fijamente, y luego se inclinó y tocó el collar alrededor de mi cuello. El que había estado escondido debajo de mi camisa todo el día.

— Si te gusta Jeremiah ¿Por qué llevas mi collar?

Me mojé los labios, — Lo encontré cuando estábamos recogiendo tu dormitorio. Esto no quiere decir nada.

— ¿Sabes lo que significa?

Negué con la cabeza, — No lo sé — Pero por supuesto que lo sabía. Me acordé de cuando me había explicado el concepto de infinito. Un momento inconmensurable, uno que se extiende al siguiente. Me compró el collar. Él sabía lo que significaba.

— Entonces, devuélvemelo — extendiendo su mano y vi que estaba temblando.

— No — dije.

— No es tuyo. Nunca te lo di. Simplemente lo tomaste.

Fue entonces cuando por fin lo comprendí. Finalmente entendí. No era el pensamiento lo que contaba. Era la acción real de lo que importaba, el de mostrárselo a alguien. La intención detrás de esto no era suficiente. No para mí. Ya no más. No era suficiente saber que en el fondo él me amaba. Tenías que en realidad decírselo a alguien, demostrar que te importa. Y él no lo hizo. No lo suficiente.

Yo podía sentir que él esperaba que yo discutiera, protestara, rogara. Pero no hice ninguna de esas cosas. Luché durante lo que pareció una eternidad, tratando de deshacer el broche en el collar alrededor de mi cuello. Que no fue sorpresa, teniendo en cuenta que me temblaban las manos también. Finalmente conseguí librar la cadena y se lo devolví.

La sorpresa se registró en su rostro por un breve momento y luego, como siempre, se cerró nuevamente. Tal vez me lo había imaginado. Que a él le importo.

Se metió el collar en el bolsillo — Entonces vete — dijo.

Cuando no me moví, dijo bruscamente — ¡Vete!

Yo era un árbol, enraizado en el lugar. Mis pies estaban congelados.

— Ve con Jeremiah. Él es el que te quiere — dijo Conrad —. Yo no. Nunca lo hice.

Y entonces yo estaba tropezando, huyendo.



# Capítulo 42

No regresé al auto de inmediato. Todo lo que tenía enfrente de mí eran elecciones imposibles. ¿Cómo podía enfrentar a Jeremiah después de lo que había sucedido? ¿Después de besarnos, después de ir corriendo tras Conrad? En mi mente corría en un millón de diferentes direcciones. Continuaba tocándome mis labios. Entonces tocaba mi cuello, donde había estado el collar. Caminé alrededor del campus, pero después de un rato, me encaminé hacia el auto. ¿Qué decisión tomaré? No podía irme sin decirle a nadie. No era como si tuviera otra forma de regresar a casa.

Supuse que Conrad estaba pensando lo mismo, porque cuando volví al auto, él ya estaba allí, sentado en el asiento trasero con la ventana abierta. Jeremiah estaba sentado en el capó del coche, —Hola— dijo.

—Hola —Dudé, sin saber que era lo siguiente. Por una vez, nuestra conexión especial me falló, porque no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Su rostro era inescrutable.

Él se bajó del coche, — ¿Lista para ir a casa?

Asentí, y me tiró las llaves, —Tú conduces— dijo.

En el coche, Conrad me ignoró por completo. Yo ya no existía para él, y a pesar de todo lo que había dicho, me hizo querer morir. Nunca debería haber venido. Ninguno de nosotros estaba hablando el uno con el otro. Había perdido a los dos.

¿Qué diría Susannah si viera en el desastre que estamos ahora? Ella habría estado tan decepcionada de mí. No había sido una ayuda en absoluto. Yo sólo había hecho las cosas peores.

Justo cuando pensábamos que todo iba a estar bien, todo se vino abajo.

Había estado conduciendo durante lo que parecía ser para siempre, cuando empezó a llover. Comenzó con unos pequeños *chubascos* y luego vino con fuerza, en extensión

— ¿Puedes ver?— me preguntó Jeremiah.

—Sí, —le mentí. Apenas podía ver a dos pasos delante de mí. Los limpiaparabrisas se agitaban de ida y de vuelta con furia.

El tráfico se había estado deteniendo de a poco y luego se redujo casi a una parada. Había policías que iluminaban por delante.



—Debe haber sido un accidente, —dijo Jeremiah.

Nos habíamos detenido en el tráfico por más de una hora cuando empezó a granizar.

Miré a Conrad en el retrovisor, pero su rostro era impassible. Que bien podría haber estado en otro lugar, — ¿Deberíamos retroceder?

—Sí. Salte en la siguiente salida y vemos si podemos encontrar una estación de gas—dijo Jeremiah, mirando el reloj. Eran las diez y media.

La lluvia no cedía. Esperamos en el estacionamiento de la estación de gas por lo que parecía ser para siempre. La lluvia era muy fuerte, pero estábamos tan tranquilos que cuando mi estómago gruñó, yo estaba bastante segura de que ambos oyeron. Tosí para disimular el ruido.

Jeremiah saltó fuera del auto y corrió hacia el interior de la estación de gas. Cuando regresó corriendo, tenía el pelo mojado y enredado. Me lanzó un paquete de mantequilla de maní y galletas de queso sin mirarme —Hay un motel a unos pocos kilómetros—dijo, secándose la frente con el dorso de su brazo.

—Vamos a esperar a que pase—dijo Conrad. Era la primera vez que había hablado desde que habíamos partido.

—Amigo, la carretera está más o menos cerrada. No tiene sentido. Yo digo que solo durmamos durante unas horas y salimos en la mañana.

Conrad no dijo nada.

Yo no dije nada porque estaba demasiada ocupada comiendo las galletas. Eran de color naranja brillante, salado, arenoso y las metí en mi boca, una tras otra. Ni siquiera le ofrecí una a uno de ellos.

—Belly, ¿Qué quieres hacer?—dijo Jeremiah muy educadamente, como si fuera su prima de fuera de la ciudad. Como si su boca no hubiese estado en la mía solo horas antes.

Me tragué mi última galleta, —No me importa. Haz lo que quieras.

En el momento en que llegamos al motel, era medianoche.

Fui al baño para llamar a mi madre. Le dije lo que había sucedido y de inmediato me dijo, —Voy por ti.

Cada parte de mí quería decir que *Sí, por favor, ven en este mismo segundo*, pero su voz sonaba tan cansada, y ya había hecho tanto. Así que en vez de eso, dije —No, está bien, mamá.

—Está bien, Belly. No está tan lejos.

—Está bien, de verdad. Nos iremos mañana por la mañana temprano.

Bostezó, — ¿Esta el motel en una zona segura?

—Sí —A pesar de que no sabía exactamente dónde estábamos o si constituía una zona segura. Pero parecía lo suficientemente segura.

—Sólo ve a dormir y levántate temprano. Llámame cuando estés en el camino.

Después de colgar el teléfono me apoyé contra la pared por un minuto. ¿Cómo terminé aquí?

Me puse el pijama de Taylor y encima mi sudadera nueva.

Me tomé mi tiempo en lavarme los dientes y sacarme los lentes de contacto. No me importaba que los chicos pudieran estar esperando entrar al baño. Yo sólo quería un tiempo a solas, lejos de ellos. Cuando salí, Jeremiah y Conrad estaban en el suelo, a ambos lados de la cama. Cada uno de ellos tenía una almohada y una manta — Deberían acostarse en una cama— les dije, aunque sólo en parte su significado—. Ustedes son dos. Yo dormiré en el suelo.

Conrad estaba ocupado ignorándome, pero Jeremiah dijo, —No, tú tómala. Eres la chica.

En circunstancias normales, habría discutido con él sólo por el principio de, *¿Que tiene que ver ser chica si duermo o no en el suelo?* Yo era una chica, no una invalida. Pero me contuve. Estaba demasiada cansada. Y quería la cama.

Me arrastré hasta la cama y se puse las mantas. Jeremiah ajustó la alarma de su teléfono y apagó las luces. Nadie dio las buenas noches o sugirió si quería ver algo bueno en la televisión.

Traté de conciliar el sueño, pero no pude. Traté de recordar la última vez que los tres habíamos dormido en la misma habitación. No pude al principio, pero luego lo hice.

Habíamos levantado una tienda en la playa y rogué y rogué que me incluyeran finalmente, mi madre dejó que yo fuera. Steven, Jeremiah Conrad y yo. Jugamos, Steven y yo ganamos en las cartas, me dio los cinco cuando gané dos veces seguidas. De repente, eché tanto de menos a mi hermano mayor que quería llorar. Una parte de mí pensaba que si Steven hubiese estado allí, las cosas no habrían llegado tan mal. Tal vez nada de esto habría sucedido, porque yo todavía estaría persiguiendo a los chicos en vez de estar en el medio.

Pero ahora todo había cambiado y nunca podrían volver a ser las cosas como antes.

Estaba acostada en la cama pensando en todo esto cuando escuché los ronquidos de Jeremiah, lo que realmente me molestó. Él siempre había sido capaz de conciliar el sueño a voluntad, tan pronto como ponía la cabeza en la almohada. Supuse que no estaba perdiendo el sueño por lo que había sucedido. Supuse que yo tampoco debía. Me di la vuelta, dándole la espalda a Jeremiah.

Y entonces escuché decir a Conrad en voz baja, —Antes, cuando dije que nunca te quise. No quería decir eso.

Se me cortó la respiración. No sabía qué decir o si incluso debía decir algo. Todo lo que sabía, esto era lo que había estado esperando. Este momento exacto. Exactamente esto.

Abrí la boca para hablar y luego él lo volvió a decir, —Yo no quise decir eso.

Contuve la respiración, a la espera de escuchar lo que diría a continuación.

Todo lo que dijo fue, —Buenas noches, Belly.

Después de eso, por supuesto, no podía dormir. Mi cabeza estaba llena de cosas en que pensar. ¿Qué quiso decir? Que quería él, ¿Estar juntos? Él y yo, ¿De verdad? Era lo que había querido toda mi vida, pero estaba Jeremiah enfrentándome en el auto, abierto, perdido con ganas y con necesidad de mí. En ese momento, yo lo quería y lo necesitaba, también, más de lo que nunca había pensado. ¿Si hubiera estado siempre allí? Pero después de esta noche, ni siquiera sabía si me quería más. Tal vez ya era demasiado tarde.

Después estaba Conrad. *Yo no quise decir eso.* Cerré mis ojos y le escuché decir esas palabras una y otra vez. Su voz, viajando a través de la oscuridad, me acosó y emocionó.

Así que me quedé allí casi sin respirar, oyendo cada palabra. Los muchachos estaban dormidos y cada parte de mí estaba totalmente despierta y viva. Era como un sueño realmente increíble, y tenía miedo de quedarme dormida, porque cuando despertará, se habría ido.

# Capítulo 43

*07 de Julio*

**D**esperté antes que la alarma de Jeremiah sonará. Me di una ducha, me lavé los dientes, me puse la misma ropa que el día anterior.

Cuando salí, Jeremiah estaba al teléfono y Conrad doblaba la manta. Esperaba que él me mirara. Si tan sólo me miraba, sonriera, dijera algo, sabría qué hacer.

Pero Conrad no levantó la vista. Puso las mantas en el armario y luego se puso sus zapatillas. Se desabrochó los cordones y se los apretó más fuerte. Me quedé esperando, pero no me miraba.

—Oye—le dije.

Finalmente, levantó la cabeza —Hey —dijo—. Un amigo mío viene por mí.

— ¿Por qué?—Le pregunté.

—Es más fácil de esta manera. Me llevará de regreso a Cousins para que pueda recuperar mi auto y J te puede llevar a casa.

—Oh —dije. Me sorprendió mucho, me tomó un momento para la decepción, la incredulidad, para registrarlo.

Nos quedamos allí, mirándonos uno al otro, sin decir nada. Pero era la clase de nada que significaba todo. En sus ojos, no había ni rastro de lo que había pasado entre nosotros antes, y podía sentir algo dentro quebrándose.

Así que eso fue todo. Estábamos terminando, finalmente todo había acabado.

Lo miré, y me sentí muy triste, porque esta idea se me ocurrió: *Nunca te mirare de la misma manera nunca más. Nunca voy a ser esa chica de nuevo. La chica que regresa corriendo cada vez que la rechazabas, la chica que te ama de todas maneras.*

Ni siquiera podía estar enojada con él, porque era quien él era. Este era quien siempre había sido. Nunca había mentido sobre eso. Que dio y luego se apartó. Lo sentí en la boca del estómago, el dolor familiar, esa pérdida, ese sentimiento de pesar que sólo él podía darme. No quería nunca volver a sentirlo otra vez. Nunca, jamás.

Tal vez esto era por qué vine, para que yo pudiera realmente saberlo. Así que podría decir adiós.

Lo miré y pensé, *Si fuera muy valiente y muy honesta, le diría.* Lo diría, así lo sabría y yo lo sabría, y nunca podría recuperarlo. Pero yo no era tan valiente, ni honesta, así que todo lo que hice fue mirarlo. Y creo que lo sabía de todos modos.

*Te libero. Te echo de mi corazón. Porque si no lo hago ahora, nunca lo haré.*

Fui yo la que primero miró hacia otro lado.

Jeremiah colgó el teléfono y le preguntó Conrad, — ¿Dan está en camino por ti?

—Sí. Sólo voy a pasar un rato aquí y lo esperaré.

Jeremiah me miró. — ¿Qué quieres hacer?

—Quiero ir contigo —le dije. Tomé mi bolso y los zapatos de Taylor.

Se levantó y tomó el bolso de mi hombro —Entonces, vamos —A Conrad, le dijo—. Nos vemos en casa.

Me preguntaba a qué casa se refería, a la casa de verano o a su casa-casa. Pero supuse que no importaba realmente.

—Adiós, Conrad —dije. Salí por la puerta con los zapatos de Taylor en la mano y no me molesté en ponérmelos. No miré hacia atrás. Y allí mismo, lo sentí, el brillo, la satisfacción de ser la primera en irme.

A medida que caminamos por el estacionamiento, Jeremiah dijo —Tal vez deberías ponerte los zapatos. Podrías cortarte los pies en algo.

Me encogí de hombros —Son los zapatos de Taylor —dije, como si eso tuviera sentido. Añadí—. Son demasiado pequeños.

Él me preguntó — ¿Quieres conducir?

Lo pensé y luego dije —No, está bien, Conduce tú.

—Pero amas conducir mi auto—dijo, viniendo hacia el lado del pasajero y abriendo primero mi puerta.

—Lo sé. Pero hoy me siento muy molida.

— ¿Quieres desayunar primero?

—No —dije—. Sólo quiero ir a casa.

Pronto estuvimos en camino. Abrí la ventana todo el camino. Saqué la cabeza y deje que mi pelo volara por todas partes, porque sí. Steven me dijo una vez que la ba-

sura y las cosas quedan atrapadas en el cabello de las chicas cuando lo dejan volar por la ventana. Pero no me importaba. Me gustó la forma en que lo sentía. Lo sentía libre.

Jeremiah me miró y dijo —Me recuerdas a nuestro perro viejo, Boogie. Amaba pasear con la cabeza fuera de la ventana.

Él continuaba usando su voz educada. Distante.

Dije, —No has dicho nada. Sobre lo anterior— Mirándolo. Podía escuchar en mis oídos los latidos de mi corazón.

— ¿Qué queda por decir?

—No lo sé. Mucho —dije.

—Belly... —comenzó. Luego se detuvo y dejó salir el aire, sacudiendo su cabeza.

— ¿Qué? ¿Qué era lo que ibas a decir?

—Nada—dijo.

Entonces me estiré y tomé su mano, entrelazando sus dedos con los míos. Sentí que era lo más correcto que había hecho en un largo tiempo.

Me preocupé que me soltara, pero no lo hizo. Sostuvimos nuestras manos el resto del camino a casa.

## *Un par de años después*

**C**uando solía imaginar siempre, siempre era el mismo chico.  
En mis sueños, mi futuro estaba listo. Una cosa segura.

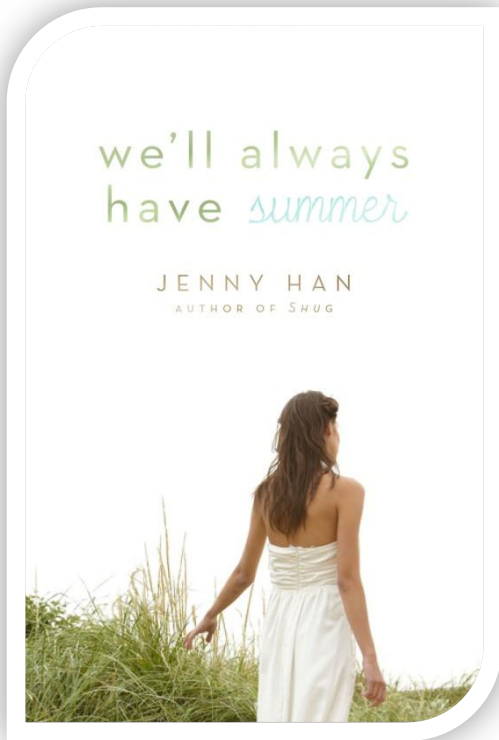
Esta no era la forma en que lo imaginé. Yo, en un vestido blanco en la lluvia torrencial, corriendo hacia el auto. Él, corriendo delante de mí para abrirme la puerta del pasajero.

– ¿Estás segura? – me preguntó.

– No – dije, subiéndome.

El futuro no era claro. Pero seguía siendo mío.

## We'll Always Have *Summer*



Han pasado dos años desde que Conrad le dijo a Belly que se fuera con Jeremiah. Ella y Jeremiah han sido inseparables desde entonces, incluso asisten a la misma universidad – pero su relación no ha sido precisamente el feliz para siempre que Belly había esperado que fuera. Y cuando Jeremiah hace el peor error que un chico puede cometer, Belly se ve obligada a cuestionar lo que ella pensaba era el verdadero amor. ¿Realmente tiene un futuro con Jeremiah? ¿Ha olvidado a Conrad? Es hora de que Belly decida de una vez por todas quien tendrá su corazón para siempre.



# Staff:

## ➤ Traducción

- Mery St. Clair
- Ester
- Cam
- Annaiss
- Andrea
- Skarlett

## ➤ Corrección

- Mery St. Clair
- Rocio
- Sol

## ➤ Diseño

- Mery St. Clair